

# Al otro lado

Relatos ganadores del Primer Concurso Iberoamericano de  
Cuento sobre Discriminación



2008

LX aniversario de la *Declaración Universal de los Derechos Humanos*  
LX aniversario de la *Declaración Americana de los Derechos y Deberes del Hombre*  
*Año Iberoamericano contra Todas las Formas de Discriminación*

© CONAPRED 2008

# Al otro lado

Relatos ganadores del Primer Concurso Iberoamericano de  
Cuento sobre Discriminación

Consejo Nacional para  
Prevenir la Discriminación  
Dante 14, col. Anzures  
Del. Miguel Hidalgo  
CP 11590, México, DF

Imagen de portada  
*Drawing hands,*  
M. C. Escher

Edición  
Arturo Cosme Valadez

Diseño y formación  
alejandropo para *Atril, excelencia editorial*

**ISBN 978-607-7514-06-0**

*Prohibida su reproducción en cualquier medio  
impreso o electrónico sin el permiso expreso  
y por escrito de los editores.*

Impreso en México  
*Printed in Mexico*

Distribución gratuita: prohibida su venta.

# Contenido

5 **Escribir para descubrir la persona  
secreta que somos -  
A manera de presentación -**  
GILBERTO RINCÓN GALLARDO

9 **Nota preliminar**  
ARTURO COSME VALADEZ

## CUENTO GANADOR

43 **Casacas de cuero negro**  
CARLOS ALBERTO GARCÍA MIRANDA

## MENCIONES HONORÍFICAS

55 **Bordón, esclavina: peregrino**  
JUAN CARLOS FERNÁNDEZ LEÓN

67 **Cosas de niños**  
MATÍAS EMANUEL GONZÁLEZ

- 81* **Entre lo real y lo virtual**  
LUIS MANUEL CORREA-POWER
- 101* **La maga**  
CLAUDIA MARÍA GABRIELA HASANBEGOVIC
- 121* **Los fantasmas del bosque encantado**  
SEBASTIÁN JORGI
- 141* **Mujer frontera**  
VICTORIA SANTILLANA ANDRACA
- 153* **Nueva Esperanza**  
RAMIRO GARCÍA MEDINA
- 173* **Glosario**

# Escribir para descubrir la persona secreta que somos

## A manera de presentación

“DESPUÉS DE MUCHOS AÑOS DE TRABAJO, pienso que ser escritor significa descubrir la persona secreta que uno alberga y el mundo interno que hace posible esa persona”. Con estas palabras, el escritor turco Orhan Pamuk marcó el punto climático del discurso que pronunció en diciembre de 2006, en Estocolmo, con motivo de la aceptación del Premio Nobel de ese año. Cuando un escritor de la talla de Pamuk recibe un premio como este no sólo es bienvenido por la calidad de la obra que se celebra, sino por la atención mundial que atrae un artista que, de otro modo, permanecería desconocido para el gran público. Porque escribir es un acto creativo que ocurre en soledad, pero una vez que se decide someter al escrutinio público el producto de la escritura, entonces se convierte en un medio para establecer un diálogo con el lector.

Pamuk señaló en aquella ocasión que escribir es también situarse fuera del mundo, pero con un profundo amor hacia éste, lo que motiva al escritor a querer situarse de nuevo entre los seres humanos para entablar un diálogo que no se agote en una sola generación y perdure a través del tiempo. El autor de *Nieve* es consciente de que para escribir hay que ser paciente y aceptar la soledad del encierro sin amar-

gura, sabiendo que la tarea de la creación literaria es “como cavar un pozo con una aguja”. Escribir desde la soledad e intentar entablar un diálogo con otros seres humanos en elementos tan personales e irrenunciables como la filiación política, la religión, el origen étnico o la identidad sexual y de género parece una empresa difícil, cuyo éxito no está garantizado de antemano. Por esta razón, considero que todos los participantes en el “Primer Concurso Iberoamericano de Cuento sobre Discriminación” merecen un reconocimiento por atreverse a descubrir la persona secreta que son y a entablar un diálogo con el mundo, precisamente en torno al tema de la discriminación, el cual muchos preferirían que permaneciera oculto.

Escribimos, pintamos, componemos música, esculpimos, fotografiamos, representamos en el teatro y en el espacio coreográfico, cantamos o simplemente creamos –como señalaba Pamuk– para descubrir a la persona secreta que somos, pero también con el propósito de sacar a flote las dimensiones del mundo que nos posibilita ser lo que de hecho somos. En cierto sentido, aspiramos a que ese proceso de descubrimiento sea enriquecido por la lectura que de nuestras vidas hacen las otras personas, quienes también están embarcadas en su propio viaje interior. Quizá nunca las conozcamos del todo, pero el diálogo que se plantea puede ser tan real como las conversaciones que entablamos a diario en nuestro mundo inmediato. Seguramente, muchos de los relatos que se presentaron al concurso abrevan de la experiencia en primera persona de la discriminación; quizás en otros casos los autores fueron movidos por una profunda inconformidad respecto de la invisibilidad de las exclusiones y desigualdades que vulneran la calidad de vida en Iberoamérica. Lo cierto es que los cuentos seleccionados por el Jurado evaluador tienen en común, por una parte, la valentía a la hora de denunciar un fenómeno –la discriminación– que en muchas de sus manifestaciones pasa inadvertido; y, por la otra, la evidente creatividad de los autores para revelarnos los contextos y consecuencias que definen la individualidad de quienes ven disminuida su calidad de vida a causa de este problema social.

Si, como señala Pamuk, escribir es como “cavar un pozo con una aguja”, los autores que participaron en este certamen pueden estar seguros de que su esfuerzo contribuirá a profundizar la comprensión de un tema –la discriminación y sus múl-

tiples manifestaciones— del que no hemos acabado de hacernos cargo como sociedad; y también de que sus relatos ayudarán a modificar la sensibilidad referida a las formas de desigualdad que aquejan a la región iberoamericana.

Entre la paradoja de estar y no estar en el mundo, que decide la situación del escritor y del creador en general, se determina el diálogo abierto e inconcluso que el arte siempre plantea. Se ha vuelto un lugar común afirmar que la vida debe poder ser vivida como una obra de arte, pero no se ha destacado lo suficiente la necesidad que tenemos los seres humanos de cierto margen de indeterminación para que sea posible el real ejercicio de las libertades y los derechos que nos definen como individuos. Debemos poder emular la libertad con que el escritor integra sus relatos en la manera como realizamos nuestras elecciones vitales: por ejemplo, respecto de la religión que abrazamos, la crítica que ejercemos hacia el pensamiento hegemónico, la persona de la que nos enamoramos, las formas en las que realizamos nuestra sexualidad como adultos responsables, las oportunidades laborales y educativas que queremos que orienten nuestra vida. Concebir la propia existencia como una obra de arte que permita exponer a otros la persona secreta que somos y el mundo que la hace posible significa entender nuestra estancia en el orbe como un diálogo continuo, en el que nadie tiene derecho a imponer a otro su visión de las cosas.

Por todas estas razones quiero expresar una felicitación a quienes optaron por descubrir su persona secreta en los relatos inscritos al concurso. También quiero reconocer la entusiasta participación de Ximena Mondragón y Arturo Cosme como responsables del certamen; y la seriedad y el profesionalismo con el que el personal del Secretariado Técnico de la Red Iberoamericana de Organismos y Organizaciones contra la Discriminación (RIOOD) y su titular, Alejandro Becerra Gelover, asumieron las tareas de logística y coordinación necesarias para llevar adelante este proyecto a escala regional. Finalmente, expreso mi agradecimiento a los integrantes del Jurado preseleccionador —Héctor Alejandro Palma, Alex Fleites, María Vázquez Valdez, Jorge Mancilla Torres, Ángel Santiesteban y Arturo Cosme—, y a los del Jurado final —Silvia Molina, Saúl Ibargoyen y Jorge Volpi—, por el tiempo invertido en esta tarea y, de manera implícita, por su complicidad en la lucha contra la discriminación.

El libro que ahora descansa en las manos del lector es por lo menos dos libros. Uno –del que ya he hablado– está constituido por las ocho poderosas narraciones que contiene, por la fuerza que cada una tiene para hacerse un mundo en el que se contextualiza el diálogo de quien la escribió y quien la lee. El otro, no menos relevante, se cumple en su carácter de obra plural y colectiva, que convoca, concentra y representa –a través de la R100D– la convicción y la fuerza de una región inmarcesible, que a pesar del cotidiano dolor de la exclusión, se dirige de manera crecientemente unida y resuelta a instaurar en su territorio la vida sin limitación de derechos y oportunidades, sin discriminación, sin cotos prefijados, como una obra de arte.

**GILBERTO RINCÓN GALLARDO**  
Presidente de la R100D

# Nota preliminar

“Creo que esto no se acostumbra: dejar cartas abiertas sobre la mesa para que Dios las lea”.

Juan José Arreola, *El silencio de Dios*

LAS COMPETENCIAS EN GENERAL gozan de una velada mala fama, lo cual es justificado. No obedece al azar que la susceptible diosa Eris (Discordia) ideara un concurso de talento y belleza como venganza por no haber sido invitada a la boda de Peleo, el héroe griego. La estratagema empleada fue simple y eficaz, como un cuchillo: colocó al centro del banquete nupcial una manzana de oro con la inscripción: “Para la mejor y más bella entre las diosas”. Lo demás sucedió sin su intervención.

La arrebatinga se armó de inmediato. Después de descalificar a las aspirantes menores quedaron en la liza Hera (Juno), incestuosa hermana y cónyuge de Zeus; Palas Atenea (Minerva), divinidad guerrera, artista y sabia; y Afrodita (Venus), voluptuosa deidad del amor corpóreo, surgida de la espuma de los mares. Ninguno de los inmortales fue tan osado o tan estúpido como para aceptar el papel de juez en el certamen, de suerte que tal honor recayó en el atolondrado Paris, hijo del rey Príamo de Troya. Las tres contendientes se propusieron cautivar al insensato príncipe con espléndidos obsequios: la primera le ofreció reinar en Asia y en Europa; la segunda, celebridad y poder militar; la tercera prometió que le apalabraría a la mujer

más bella del Egeo. Previsiblemente, el joven príncipe pastor, fatigado de la monótona sociedad de las ovejas, optó sin pensarlo por Helena, declaró su voto en favor de Afrodita y... literalmente, ardió Troya. Como cabía esperar, las diosas vencidas no quedaron satisfechas con el fallo y reservaron su divina tirria al desprevenido Paris y a su pueblo. Después de que éste raptara sin dificultad a la esposa de Menelao, rey de Esparta, su luna de miel se convertiría en nueve extensos años de sombra, desolación y muerte.

Fieles a nuestro hábito de tropezar innumerables veces con la misma piedra, persistimos tenazmente en la creación de concursos, a pesar de los ominosos antecedentes descritos y de la certeza de que una justa de esta índole no dejará nunca conformes a los participantes, con la conspicua excepción de quien obtenga el primer lugar. ¿Por qué, entonces, la Red Iberoamericana de Organismos y Organizaciones contra la Discriminación (RIOOD) convocó a un certamen literario como parte de su lucha? Aunque la pregunta no tiene una respuesta unívoca ni obvia, sí tiene una contestación satisfactoria, al margen de calamidades míticas y envidias celestiales. En las páginas que siguen procuraré dar cuenta de ella.

Conviene, sin embargo, adelantar un punto: la discriminación es *también* –y quizá *sobre todo*– un hecho cultural, no sólo político, económico y social. La creamos al crearnos y nos produce cuando la (re)producimos. Se esconde cautelosa en las leyes que decretan los Estados y pasea discreta o desenfadada por las actividades de los gobiernos; se alimenta en la casa de su hermana predilecta, la miseria, y recluta continuamente a los hijos de ésta; se desenvuelve en todos los niveles de la sociedad –a veces dama, a veces sirvienta– y ahí desequilibra toda relación y la hace inequitativa. La discriminación es, en consecuencia, *objetiva*, mas no por ello deja de habitar nuestras creencias. Al contrario, su efectividad reside en que los prejuicios que la constituyen y los estigmas que la nutren adoptan la forma de nuestro pensamiento. Por tanto, para capturar *in fraganti* a este elusivo fantasma no basta con mirar hacia fuera –entre las cosas del orbe– ni hacia nosotros –a no sé qué supuesto abismo de subjetividad–, sino hacer las dos cosas al mismo tiempo. Precisamos, pues, asomarnos a un espejo que revele nuestro rostro en el momento en que

nosotros lo desvelamos a él. Uno de los nombres que recibe esta curiosa superficie especular es *literatura*.

Siendo ello así, tiene sentido en principio organizar un concurso de cuento para enfrentar la discriminación: si ésta posee el oscuro poder de hacerse *invisible* por mimetismo con nuestro entorno y nuestras creencias colectivas, aquél tiene la fuerza de suspender cartesianamente el mundo, arrancarle su turbia capa de costumbres y desnudar a sus monstruos para que muestren con claridad el cuerpo infame.

Combatimos un hecho cultural con otro que lo contrarresta. Se señalará que no es bastante y ciertamente no lo es: la discriminación —ya lo dije— tiene aristas políticas, sociales y económicas que permanecen intocadas por el arma que hemos elegido. Tal cosa no implica que sea inútil, ni mucho menos. De hecho, el objetivo último de toda lucha contra la discriminación es no sólo cambiar las conductas que niegan derechos y limitan oportunidades, sino en última instancia las creencias que pretenden legitimar —con mala fe— tales actitudes. No sólo buscamos evitar que se discrimine; también deseamos que nadie quiera discriminar, que ninguna persona se figure que tiene derecho a excluir a un semejante. Para ello es indispensable aprender a vernos como otros sin perder nuestra identidad. Eso es justamente lo que sucede cuando leemos un (buen) cuento.

### **Organización: un acuerdo en la Torre de Babel**

La idea se concibió a inicios de 2008 en el Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación (CONAPRED) de México, organismo encargado a la sazón de la Presidencia y la Secretaría Técnica de la RIOD. Elaborado al vapor el proyecto, con el entusiasmo propio de la inconsciencia se hizo llegar rápidamente a los miembros de la Red. Algunos manifestaron su segura adhesión; otros, después de insistirles telefónicamente, su apoyo moral un tanto lejano; un tercer grupo, reducido, no respondió en absoluto y elegimos interpretar su silencio como un discreto consentimiento. El Instituto Nacional contra la Discriminación, la Xenofobia y el Racismo (Inadi) de Argentina comprometió oportunamente su participación, lo cual era en particular

relevante por ser la única institución, junto con el CONAPRED, a la que el proyecto solicitaba una contribución económica.

Se acordó, en efecto, que el Consejo sufragara los costes del galardón al primer lugar; del traslado del ganador desde su país de residencia a Buenos Aires, para recibir el premio; de cuatro menciones honoríficas; de la remuneración a los tres jueces finales; de los carteles para difundir el certamen y de la edición del libro que recoge los ocho trabajos seleccionados. Por su parte, el Inadi se obligaba a pagar la estancia del vencedor en la capital argentina y de tres menciones honoríficas.

Al resto de los organismos y las organizaciones de la Red se les pidió inscribirse en tres actividades: 1) que propusieran a un juez de su país, con probada trayectoria literaria, para hacer la preselección de los cuentos, previendo que una convocatoria a escala iberoamericana atraería a un gran número de concursantes; 2) que aportaran, en la medida de sus posibilidades, algún obsequio en especie para agradecer la dedicación de los jueces preseleccionadores, quienes no recibieron gratificación alguna por su arduo trabajo, y si había excedentes –pensábamos con un optimismo desbordado–, para darlos como recuerdos a los concursantes finalistas; y 3) que se difundiera la convocatoria al concurso y se estimulara la participación en él.

Respecto del primer punto ningún país respondió al llamado, con la sola excepción de Bolivia –a quien cumplidamente agradecemos–, a pesar de haber extendido el plazo para la recepción de propuestas en dos ocasiones, por 15 días cada una. En ningún caso se recibió aviso, explicación o comentario sobre el particular.

A propósito del punto número dos tampoco se registró cooperación –mucho menos excedentes–, esta vez sin excepciones.

En cuanto al tercer punto, ignoramos quiénes y con qué entusiasmo divulgaron el evento, pero no deja de ser elocuente que haya sido más abundante la participación de un país como Cuba, el cual no tiene representación en la RIOD, que la de cualquier nación miembro de la misma, con las salvedades de Argentina y México.

Me apresuro a corregir el aire resentido y lacrimoso que se pudiera atribuir –equivocadamente– a las líneas anteriores, para dar una segunda respuesta a nuestra pregunta original: es útil que un conglomerado como la RIOD contemple un

concurso entre sus tareas porque a través de él puede mensurar, evaluar y eventualmente replantear sus capacidades y su voluntad de cooperación, coordinación y comunicación. Lo digo sin asomo de ironía: reflexionar sobre la situación descrita es una oportunidad relevante para los integrantes de la Red que, si se hace con seriedad y autocrítica, puede orientar el quehacer hacia expectativas realistas y proyectos viables.

Al margen de lo anterior, fue salutífero que en un momento de inspiración insólita se le ocurriera a alguna persona –injustamente anónima– agregar en cierta convocatoria perdida ya en el vasto océano de los certámenes literarios la siguiente cláusula, brillante y precisa como moneda de oro, que tuvimos el buen juicio de copiar: “Los organizadores del concurso se reservan el derecho de resolver a su criterio los problemas no contemplados en estas bases”.

Blindados con este poderoso conjuro procedimos a reclutar escritores talentosos que consintieran, pese a su abultado palmarés, fungir con modestia como jueces preseleccionadores sin recibir nada a cambio, aunque no reflejaran con exactitud la policromía internacional de la *RIOD*. Los conseguimos, y muy buenos. A ellos expresamos nuestra más profunda gratitud por su desinteresado compromiso con la literatura y con la defensa del derecho a la no discriminación. Son los siguientes: Alex Fleites, Jorge Mansilla Torres, Héctor Alejandro Palma, Ángel Santiesteban Prats y María Vázquez Valdez. Aunque sea del todo innecesaria –dado que son ampliamente conocidos en los círculos literarios de Iberoamérica– de cada uno puede hallarse una breve noticia curricular en esta edición (véase cuadro 1).

Quien escribe el presente documento también figuró en la primera etapa de selección como juez, en su calidad de editor del *CONAPRED*. Cada miembro del jurado leyó un centenar de cuentos con la azarosa encomienda de elegir sólo a cinco de ellos para la fase final. Se empleó Internet como vehículo de información –decisión tomada desde la convocatoria para evitar gastos superfluos a los participantes– y en todos los casos los trabajos llegaron a sus sinodales sin ficha de identificación. Se procuró, y en la inmensa mayoría de los casos se consiguió, que la persona que evaluara un cuento fuese de distinta nacionalidad a la de su autor.

Se obtuvieron así los 30 relatos finalistas (véase cuadro 2) que se hicieron llegar sin comentario ni nota al Jurado final para su valoración. Éste se conformó por Saúl Ibargoyen, Silvia Molina y Jorge Volpi (véase cuadro 3). Sus buenos oficios contrastaron notablemente con un pago austero, más bien simbólico, al que dos de ellos se mostraron no sólo dispuestos sino deseosos de renunciar, lo cual no fue necesario.

El 23 de julio de 2008 —ocho días después de la fecha originalmente destinada al fallo, debido a la apretada agenda de uno de los jueces— se reunió esta triada de notables escritores en las instalaciones del CONAPRED para definir al trabajo ganador del concurso y a los siete merecedores de mención honorífica: los ocho cuentos que componen este volumen. Cabe observar que si bien se discutieron los defectos y las virtudes comparativas de los relatos finalistas, el veredicto fue unánime y el acuerdo sin aristas. Sirvió para que tal uniformidad no fuese cuestionada el hecho de que las menciones no respondan a jerarquía alguna, de manera que todas representan el mismo valor. En el acta final, la cual se reproduce en facsímil (véase cuadro 4), pueden apreciarse las firmas de los miembros del jurado. El orden en el que están listadas las menciones no responde más que al azar; la seriación en la que aparecen en este libro es correlativa al consecutivo alfabético de sus títulos. Insisto: el jurado no determinó escalafón alguno en las menciones.

Ahorro a los lectores, para su bien, el relato de los inverosímiles vericuetos burocráticos que es preciso sortear con el fin de cumplir lo comprometido en las bases. Sería injusto, en cambio, no mencionar a Ximena Mondragón, feroz cazadora de jueces, receptora y dispensadora de cuentos, dedicada organizadora de la justa literaria; a Elena Ríos Jasso y Jorge Torres, implacables cefalópodos que enlazaron y enlazan a la Presidencia y a la Secretaría Técnica de la RIODD con el resto de los miembros de Iberoamérica; a José Luis Gutiérrez Espíndola, quien apostó con buen ojo y con sensibilidad comprometida a un proyecto costoso; a Lourdes Díaz Cuevas y Viridiana Mayorga, mujeres inteligentes —la redundancia es válida— que estructuraron una base de datos robusta y abierta (cuyos resultados se comentarán más adelante); a los autores de las soberbias ilustraciones —Manuel Monroy, Elías Cruz, Griselda Ojeda, alejandropo, Gloria Magdalena Vargas Limón, Rubén Feria, Móni-

ca Peón y Luis San Vicente– que vistieron de lujo nuestra edición; y al elegante diseño editorial de Alejandropo. Sin las personas nombradas el presente libro simplemente no habría sido posible o, en todo caso, no tan bueno.

Revisando las líneas anteriores no resulta laborioso enunciar una tercera respuesta a la cuestión planteada al inicio: es benéfico que la RIOD convoque a concursar porque, por una parte, con ello se da a conocer ante un sector de su amplísimo público objetivo; por otra, imbrica, compromete y relaciona en un solo proyecto a una parte de él, en la cual cabe suponer la presencia de líderes de opinión, acercándolos entre sí y difundiendo el mensaje de la RIOD en círculos precisos, susceptibles de ampliarse a través de –entre otras cosas– el libro que el lector tiene en las manos.

### **Contando cuentos**

Entre el primer día de febrero de 2008 y el último de mayo del mismo año se recibieron en la dirección electrónica abierta para ese fin 598 textos destinados a participar en el “Primer Concurso Iberoamericano de Cuento sobre Discriminación”. Puesto que conforme llegaban los trabajos de los artistas se enviaban de manera progresiva y alícuota a los jueces preseleccionadores, advertimos hasta que cerró el certamen que cinco escritores –particularmente recelosos de la tecnología– habían inscrito más de una vez la misma obra, por si las moscas. Se admitieron en realidad 593 narraciones distintas, provenientes de 21 naciones. Tres pares de ellas fueron homónimas y cuatro –entre las seis provenientes de Brasil– fueron escritas en portugués. La convocatoria contemplaba el caso y en consecuencia se solicitó a Bibiana Gómez Muñoz (cuya desinteresada generosidad agradecemos) la traducción de tales textos, ninguno de los cuales llegó a integrar el panel de finalistas. Una media docena de trabajos fue descalificada, en un caso por haber excedido el número de caracteres permitido y en los restantes por no haber enviado los datos solicitados.

Toda vez que las bases del concurso no limitaban la cantidad de propuestas inscritas por candidato, el número de autores y autoras resultó lógicamente menor al de cuentos: 450. Tomando en cuenta este parámetro, encabezaron la lista 142

escritores(as) de México, seguidos muy de cerca por 138 argentinos(as) y, considerablemente lejos de ambos, por 32 cubanos y cubanas y 30 personas de Colombia (la relación completa se puede consultar en el cuadro 5). Conviene señalar aquí que, con toda probabilidad, los escritores de la isla y de países como España (12), no pertenecientes de manera formal a la R100D, se enteraron del certamen a través de Internet. Las naciones centroamericanas de habla hispana –es decir, todas, excepto Belice, que no concursó– tuvieron una limitadísima presencia: uno o dos representantes por país.

Si en vez de tomar en cuenta a los autores(as) se atiende el número de cuentos por país, el panorama no es muy diferente: México, con 188, y Argentina, con 175, encabezan la lista. Siguen Cuba con 50 y Colombia con 42 (véase cuadro 6).

Seguramente más importante que la participación por país –la cual depende sobre todo de la publicidad divulgada– es la división por géneros. De los 450 autores, 262 fueron varones y 188 personas del sexo femenino; es decir, 58.2% y 41.8% respectivamente. No resulta sorprendente, aunque quizá sí alentador. El dominio masculino no ha desaparecido, pero sí disminuido respecto de la media de los certámenes literarios de hace una década. Las mujeres no sólo participaron más; también –como veremos más adelante– se constituyeron en tema para ambos sexos en un sentido profundo, reflexivo y (auto)crítico. El *punto de vista femenino*, enunciado la mayor parte de las veces por mujeres, pero también por algunos hombres, pobló enriquecedoramente este concurso con miradas insólitas.

Otra variable significativa en nuestro certamen fue la etaria (véase cuadro 7). Siendo el tema de la discriminación, como tal, relativamente nuevo –piénsese, por ejemplo, que las reformas constitucionales y los organismos del Estado o la sociedad al propósito se han reproducido en Iberoamérica, con las posibles excepciones de España y Portugal, casi por completo en este siglo–, cabría esperar que hablaran de él personas jóvenes. Idea equivocada: el promedio de edad de los concursantes fue de 39.1 años. Se trata de un dato importante: las personas nacidas en los años 60 y 70 fueron las más interesadas en abordar el tópico. No es casual: acaso se requiera de cierta madurez para entender en un mundo tan turbulento el derecho a

la no discriminación y sus matices. El respeto a las garantías fundamentales y la idea de oportunidades equitativas para todos parece ser un pensamiento que conviene –por lo pronto– a gente más o menos mayor. La conclusión es, por cierto, apresurada. La edad que se repite con más frecuencia entre nuestros participantes es 28 años (18 personas); escribieron dos adultos mayores de 83 años en un extremo y seis jóvenes de 18 en el otro (se pidió esta edad mínima para participar, dado que el ganador recibiría como parte de su premio un viaje). En todo caso, el promedio parece confirmar que la reflexión sobre el significado de discriminar no puede lograrse a las primeras de cambio, a pesar de que el fenómeno sea padecido por la gran mayoría de la gente antes de la edad propicia para abordarlo. Otra posible lectura, por supuesto, es que se encuentra descuidada a escala iberoamericana la difusión del derecho en cuestión entre el público más joven y sólo quienes tienen una mayor proximidad a la información en general gozan de acceso a ella.

Acaso más significativos que los datos anteriores fueron los temas considerados como materia prima de los cuentos (véase cuadro 8). Al propósito conviene recordar el concepto enunciado en la convocatoria como requisito para concursar:

El tema debe estar vinculado [...] al fenómeno de la discriminación; es decir, la limitación o anulación de los derechos y oportunidades que –a través del estigma y el prejuicio sociales– padecen injustamente las personas en razón de su sexo, su orientación sexual, su edad, su origen étnico o nacional, sus creencias religiosas, políticas o espirituales, su condición de salud, su estado migratorio o cualquier otro motivo.

Es oportuno reproducir esta definición porque justamente el renglón más nutrido en esta clasificación del certamen (con 115 narraciones) fue, por desgracia, *fuera de tema*. Quizá se juzgó demasiado severamente a algunos textos en este respecto, pero es un hecho que un considerable número de escritores y escritoras se mostraron imprecisos, cuando no francamente confundidos, acerca de la idea de discriminación y de cómo abordarla. En escasas ocasiones –alrededor de una decena– se trató de personas que no leyeron ni siquiera el encabezado de la convocatoria, de suerte que enviaron textos por completo ajenos a la problemática planteada. Ni la buena voluntad, ni aceptar que la dimensión metafórica puede dilatarse al máximo

fueron capaces de justificar la presencia en el concurso de tales cuentos: simplemente no tenían nada que ver con el tópico central. Recuerdo uno de raigambre borge-siana, copioso de eruditas referencias bibliográficas y poblado por espejos umbríos y laberintos sutiles, que dada su buena factura fantástica podría haber figurado en varios premios literarios... excepto en este, ya que ni por asomo tocaba el argumen-to propuesto.

También se dio el caso, casi igual de numeroso al anterior, en el que el tema era pertinente, pero la forma de cuento faltaba por completo. Me refiero a reflexiones, arengas, testimonios personales más o menos vagos y lo que en las escuelas nos hacían llamar *composiciones*, que no desarrollaban en absoluto una trama ni conta-ban con personajes. Aunque algunos de estos trabajos contenían pensamientos pro-fundos u observaciones notables, no se les calificó como cuentos con tema, que en todo caso hubiera sido *discriminación en general*.

Una parte del resto de los documentos catalogados *fuera de tema* revela un curio-so y sutil prejuicio por parte de escritores y escritoras. Se trata de narraciones cen-tradas directamente en personajes pertenecientes a alguno de los grupos vulnerados por la discriminación, pero que no los retrataron en una situación discriminatoria, como si bastara con nombrarlos para ubicarse de lleno en la problemática del certa-men. Me viene a mientes, por ejemplo, la bella historia de amor de dos mujeres que únicamente debieron ser más tenaces que el azar que se empeñaba en separarlas para consolidarse como pareja. De igual manera, participó una robusta tropa de guerrilleros que luchaban por la revolución –pero que no declaraban por qué se les debía considerar excluidos sociales más allá de su asumida condición ilegal, como si ello se diera por supuesto–; de adultos mayores cuyas facultades mermaban sin más culpable visible que la propia edad; y de personas con discapacidad que mostraban lo terrible de llegar a ser sordos o ciegos, sin referencia a los obstáculos en los entor-nos físico y social.

No obstante, la confusión más habitual se dio con mucho en el empleo temático de la pobreza, ya que si bien es cierto que frecuentemente se es pobre por ser dis-criminado, y a la inversa, se discrimina casi siempre a los pobres, también es verdad

que una y otra cosa no son iguales. La serpiente se muerde la cola y muchos cuentistas cayeron inadvertidamente en su círculo. Se hacía la tenebrosa pintura de la miseria –a veces con pluma afortunada y matices verdaderamente desgarradores–, pero se olvidaba mostrar los vasos comunicantes entre tal situación y “la limitación o anulación de los derechos y oportunidades que –a través del estigma y el prejuicio sociales– padecen injustamente las personas”.

Conviene aclarar que ninguno de los relatos *fuera de tema* quedó por ello fuera del concurso; la clasificación aquí referida se realizó para fines exclusivamente estadísticos y los jueces no tuvieron acceso a ella.

Después del renglón arriba analizado el tópico más socorrido fue *discriminación por raza-etnia* (104 cuentos). La terrible situación de individuos y comunidades indígenas y afrodescendientes fueron las imágenes que encendieron con más ardor la imaginación o la memoria de los concursantes. Me atrevo a conjeturar que tal circunstancia está parcialmente asociada con el promedio etario de los y las escritoras. Quienes nacimos en la década de los 60 (o en sus alrededores) nos educamos –al menos en México– pensando que “discriminación” casi siempre refería a un contenido *racial*, al grado de que ambas palabras juntas nos llegaban a sonar redundantes. Ciertas series de televisión, las noticias recientes de los cambios en la política segregacionista de Estados Unidos, e incluso los resabios mediáticos de la Segunda Guerra Mundial –supimos por *Combate* o *Los héroes de Hogan*, y por innumerables películas, que los nazis rechazaban a la gente de piel no blanca– orientó a quienes fuimos niños o adolescentes en los años 70 en la creencia de que la discriminación era una conducta que se tenía –o más bien se había tenido– hacia los negros y, por extensión, hacia los indígenas. Es cierto que por entonces también la *revolución sexual* estaba en plena efervescencia y se hablaba con una mezcla de sorpresa, burla e incertidumbre de “discriminación a la mujer” y “liberación femenina”. Las activistas eran punta de lanza y su movimiento aún no permeaba la sensibilidad social; es decir, la mayor parte de la gente no lo tomaba en serio. Ni hablar de la importancia colectiva –hablo del entorno iberoamericano– de otros grupos, como los constituidos por homosexuales o transexuales. Sólo mucho después se fue expandiendo

masivamente el concepto de discriminación hasta referir a los conglomerados que hoy llamamos *vulnerados*, de suerte que incluye a personas con discapacidad, adultos mayores, niños, niñas y adolescentes, personas que viven con VIH-sida, etcétera.

Me doy cuenta, desde luego, que la anterior presunción no tiene valor probatorio, pero no parece descabellada. Lo es mucho menos la frecuencia con la que se repitió el siguiente tema: *discriminación por género* (81 narraciones). Tratándose de un grupo formado por algo más que la mitad de la humanidad, lo sorprendente aquí es que no ocupe el primer sitio entre los tópicos más recurrentes. Tal hecho puede explicarse, quizá, porque las mujeres –como se ha mencionado– tienen una participación menor en el número de concursantes (41.8%), y consecuentemente en la división por sexo de los temas (44.5%; véase cuadro 9). En el caso de ellas, la diferencia entre el número de cuentos que abordan la discriminación por género y el que trata de raza-etnia es mínima –44 y 46, respectivamente–, mientras que en los varones es muy pronunciada: 37 y 58 en el mismo orden. Para las mujeres el tópico representa prácticamente 16% de sus intereses (lo cual es alto considerando que se determinaron 14 rubros); para ellos, en cambio, sólo 10.75%.

Acaso ya se haya observado que el orden registrado en la tabla general de temas (cuadro 8) no se repite de manera idéntica entre hombres y mujeres (cuadro 9). El siguiente asunto más planteado fue la *discriminación por orientación sexual*, con 62 repeticiones. De éstas, 41 fueron narradas por varones y sólo el equivalente a la mitad de tal cifra por sus contrapartes femeninas; es decir, 21. Las escritoras encontraron este tópico interesante en 7.6%; los escritores en casi 12%. De los cuentos que abordaron algún aspecto de la comunidad lésbico, *gay*, bisexual, travestista, transgénero, transexual (LGBTTT), la inmensa mayoría versó sobre la homosexualidad masculina, seguida de lejos por la femenina; muy atrás aparece el tema de la transexualidad, con unos cuatro relatos; la bisexualidad no fue abordada explícitamente (aunque sí sugerida) y el travestismo no superó un par de trabajos. Para interpretar correctamente estas cifras sería preciso contar con datos adicionales, pues podrían obedecer a múltiples factores como la propia orientación de las y los cuentistas, la cantidad relativa de mujeres y hombres homosexuales, etcétera. De cualquier modo,

parece claro que tanto narradores como narradoras hallaron especialmente visible la discriminación a personas *gay*, lo cual concuerda con sociedades falocráticas que castigan con más rigor la pretendida *traición* del varón a su sexo que el *supuesto deseo de la hembra por ser macho*.

El siguiente tema –*discriminación por apariencia*– se presentó en 52 ocasiones. De ellas, 25 veces fue elaborado por mujeres, con lo cual es posible afirmar que lo consideraron más importante, o al menos digno de tratamiento, que el rubro anterior (21). Para los hombres no fue así: lo desarrollaron 27 veces (frente a 41 de discriminación por orientación sexual). No me parece asombroso. La presión que nuestra enloquecida civilización ejerce sobre los ciudadanos para imponerles una imagen determinada está dirigida en particular a las personas de sexo femenino. En contraste, sí resulta sorprendente que los argumentos en torno a la exclusión social que se ceba en la fealdad, la obesidad, el fenotipo asociado con las clases humildes, en el *otro* estigmatizado y prejuzgado por cómo se ve, no aceptado en el empleo porque carece de *buena apariencia*, fueran más recurrentes e inquietantes que los relativos a otros grupos tradicionalmente vinculados con el fenómeno discriminatorio.

De los 48 textos registrados por *discriminación a migrantes, refugiados y xenofobia*, 35 fueron firmados por hombres y sólo 13 por mujeres. ¿Se deberá, tal vez, a que los primeros emigran o solían emigrar más que las segundas? Es imposible saberlo con certeza. Lo que parece indudable es que varios de los relatos que tocaron el tema –muchos de ellos verdaderamente opresivos– son autobiográficos. En conjunto, abarcan un amplísimo espectro de situaciones y personajes –desde el campesino sin educación ni dinero que se escabulle en otro país buscando una vida digna de ese nombre, hasta el intelectual reconocido que es políticamente perseguido–, dando cuenta de la amplitud y complejidad del fenómeno migratorio. Como tal vez podría suponerse, también fue el tópico tocado con predilección por la única nación europea participante –España–, cuya gente de letras mostró un indignado rechazo y delicada sensibilidad respecto de la violación de los derechos humanos que a menudo sufren en su país los extranjeros ilegales, e hizo con ellos causa común. Tales actitudes son las que realmente hermanan a Iberoamérica.

Con el mismo total de cuentos (48) se abordó el tema de las personas con discapacidad, presentando mujeres y hombres casi idéntica cantidad de trabajos: 23 y 25 respectivamente. En este caso sólo me interesa destacar que en la mayoría de ellos se advirtió una consideración moderna de las discapacidades –intelectual, sensorial, motriz y mental–, centrada en la relación de la persona con el contorno arquitectónico y con sus semejantes, y no en su salud. Curiosamente, la visión *médico-asistencialista* que sobre el tema conservan aún muchas autoridades especializadas en este expediente a lo largo de Iberoamérica fue rebasada por varios autores y autoras de la región. Aunque no es posible asegurarlo, hay razones para suponer que varias de las escritoras y escritores que la abordaron lo hicieron desde su propia experiencia, fuera directa o indirecta (la convivencia cotidiana con una persona con discapacidad).

Sobre el resto de las líneas argumentales –que el lector puede consultar en los cuadros 8 y 9– hay mucho que decir, pero poco tiempo y breve espacio para hacerlo. Acaso convenga aclarar que el renglón *discriminación en general* refiere sobre todo a narraciones un poco más generales, abstractas e intelectuales que las demás, no centradas en un grupo vulnerado específico. Sin embargo, recuerdo al menos un relato muy concreto que nos resultó por completo inclasificable: refería la historia de una niña cuya melliza no se había logrado, presentando al nacimiento de ambas cierto carácter fetal que la gente del sitio interpretó en el sentido de que la sobreviviente “se había comido a su hermana”. A partir de tal hecho la pequeña queda excluida y relegada de la vida social de su cerrada comunidad, la cual le adjudica cualquier calamidad caída sobre el pueblo. Al margen del desenlace, que sigue otros derroteros, ¿cómo definir la modalidad de discriminación sufrida por la protagonista? No son sus actos, preferencias, costumbres, creencias políticas o religiosas ni sus características físicas las que la condenan al rechazo, sino las creencias de quienes la rodean. Ahora bien, ¿no es así en todos los casos? Quizá las personas e instituciones que nos dedicamos a la defensa del derecho a la no discriminación deberíamos abandonar una tipificación de la misma definida por las características de los grupos a los que se vulnera –color de piel, orientación sexual, credos religiosos– y sustituir-

la por un catálogo de las creencias de los agentes discriminadores. De esa manera quedaría al menos claro que es la conducta de quienes violan los derechos humanos, y no algún elemento intrínseco a sus víctimas –adoptado o connatural–, la única y efectiva causa de la discriminación. *Siempre.*

Me resisto a cerrar estos apuntes sin comentar el –al menos para mí– sorpresivamente bajo número de participantes que eligieron el tema *discriminación a quienes viven con VIH-sida* (nueve en total, cinco hombres y cuatro mujeres), considerando la cantidad de recursos (siempre escasos) que se destinan en Iberoamérica y en el mundo para sensibilizar a la población sobre el particular.

Desde luego, omitiendo toda referencia a presupuestos, lo dicho es también válido para los tópicos que recibieron menor atención –*discriminación por condición social y/o económica* (23); *a niños, niñas y adolescentes* (21); *a adultos mayores* (13); *por opiniones políticas* (11); y *por creencias religiosas* (8)–, pero, parafraseando al maestro Arreola, *no se acostumbra dejar cartas abiertas sobre la mesa para que Dios las lea.*

Huelga decir que la abundante y específica información arrojada por el certamen ha sido en las líneas anteriores apenas esbozada, y que constituye una cuarta razón, realmente poderosa, para justificar la realización del concurso. Aunque las conclusiones arriba sugeridas no pueden sino considerarse provisionales y especulativas, surgen de cifras que propician la reflexión y sobre las que conviene meditar. Con mayor tiempo y talento los datos recabados hubieran mostrado o sugerido correlaciones más complejas, enriqueciendo nuestro pensar sobre el fenómeno discriminatorio.

**ARTURO COSME VALADEZ**  
Editor

## Cuadro 1

### Relación de jueces que hicieron la preselección de los cuentos

**Alex Fleites.** Poeta, guionista, narrador, editor, crítico y periodista nacido en Caracas, Venezuela, en 1954. Es, sin embargo, ciudadano cubano, licenciado en Filología por la Universidad de La Habana. Ha sido jefe de redacción de importantes revistas y periódicos culturales de la isla. Ha publicado 10 libros, ocho en Cuba y dos en Italia. Aparece antologado en importantes colecciones de poetas cubanos editadas en el país y el extranjero. Algunos de sus poemas y trabajos en prosa han sido traducidos al ruso, francés, búlgaro, serbio, italiano, alemán, portugués, inglés, moldavo y vietnamita. Ha traducido del portugués a muchos de los principales poetas de esa lengua. Ha escrito argumentos y guiones cinematográficos para directores de diversas nacionalidades. Ha realizado lecturas y dictado conferencias en universidades de Estados Unidos, Venezuela, Brasil, República Dominicana y Canadá.

Ha obtenido los siguientes premios: Nacional de Poesía “Julián del Casal”, Nacional de Periodismo “26 de Julio”, “13 de Marzo” de crítica literaria y “13 de Marzo” de poesía. Entre sus obras se encuentran: *Primeros argumentos* (poesía); *A dos espacios* (poesía); *Hacer el amor* (selección, notas y prólogo al libro de cuentos); *De vital importancia* (poesía); *Ómnibus de noche* (poesía); *Viaggio nell'identita'di un'isola* (guía cultural de Cuba); *Un perro en la casa del amor* (poesía); *La violenta ternura* (poesía).



**Jorge Mansilla Torres.** Periodista, poeta y humorista nacido en Llallagua, Potosí, Bolivia, en 1940. Desde 2006 es embajador plenipotenciario de Bolivia en México. Ha sido editor, editorialista, coordinador de suplementos, epigramista, reportero y corresponsal de diversos periódicos y revistas, como *Excelsior*, *Revista de Revistas* y *Últimas Noticias*, de México, o *Pulso* y *La Razón*, de Bolivia. También ha fungido como locutor de informativos y fue el creador de varios programas

## Cuadro 1 - continuación -

culturales y de crítica social. Ha cultivado la poesía, la sátira política y el aforismo. Entre sus obras se encuentran: *Breverías, aforismos bolivianos a más no joder*; *Coco Manto en boca ajena* (disco compacto de su poesía); *Con premeditación y poesía*; *De puño y letra*; *Pienso, luego exilio*; *Arriesgar el pellejo* (biografía de Mauricio Lefebvre), *Huelga de hambre, mujeres mineras* (cronología periodística).

De los muchos premios y reconocimientos que ha recibido cabe destacar: Boliviano Clase Mundial, categoría “Creatividad”, otorgado por la Federación Latinoamericana de Periodistas; Premio a la Dignidad de la Prensa “Luis Espinal Camps”; Premio Nacional de Poesía “Ramón López Velarde”; primer premio de poesía en el certamen “Efraín Huerta”; primer premio de poesía en el xiv concurso anual de literatura “Franz Tamayo”.

Ha sido parte del jurado de Casa de las Américas, La Habana, Cuba; y representante en México de la Sociedad Boliviana de Escritores.



**Héctor Alejandro Palma.** Nació en la ciudad de Puebla, México, en 1962. Es autor del libro de cuentos *Cementerio de moscas*, y de los libros inéditos *Luz de un minuto* (novela) y *Los perezosos estupores* (cuentos). Ha dirigido y colaborado en secciones de cultura y suplementos literarios en periódicos de la ciudad de Puebla; además, ha impartido talleres de lectura y escritura. Desde 1994 radica en la ciudad de México.



**Ángel Santiesteban Prats.** Nació en La Habana, Cuba, en 1966 y se graduó en dirección de cine. En 1989, con su tercer cuento escrito, ganó mención en el concurso Juan Rulfo, convocado por Radio Francia Internacional; el relato fue publicado en *Le Monde Diplomatique*, *Letras Cubanas* y en la revista *El cuento*, de

Cuadro 1 - continuación -

México. Ha obtenido los siguientes premios: Nacional de los Talleres Literarios; Nacional del Gremio de Escritores de Cuba (UNEAC); “César Galeano”, convocado por el Centro Literario Onelio Jorge Cardoso; “Alejo Carpentier”, que organiza el Instituto Cubano del Libro, con el conjunto de relatos *Los hijos que nadie quiso*; y Casa de las Américas en el género de cuento, con el libro *Dichosos los que lloran*.

Ha publicado en México, España, Puerto Rico, Suiza, China, Inglaterra, República Dominicana, Francia, Estados Unidos, Colombia, Portugal, Martinica, Italia, Canadá, Argentina, Brasil, Australia, Venezuela, Finlandia, Corea del Sur, Islandia, Eslovenia y Alemania.



**María Vázquez Valdez.** Poeta, editora y fotógrafa mexicana. Estudió periodismo y comunicación en la UNAM, oficio que ha desempeñado en diversos medios como fotógrafa, periodista y editora. Textos, fotografías y poemas suyos se han incluido en varios libros y antologías de México y otros países.

Ha publicado los poemarios *Caldero* y *Estancias*, y el libro bilingüe de entrevistas *Voces desdobladas / Unfolded voices*. También es autora de *Rayuela de museos* (sobre museos del mundo); *Estaciones del albatros* (ensayos); y *Dentro de otro tiempo: reflejos del Gran Cañón* (traducción). Ha sido miembro del jurado de certámenes como el Premio Nacional de Poesía de Tijuana. Es directora editorial de la revista *Arcilla roja* y coordinadora editorial de la revista *GPMX*, de Greenpeace México. Desde 1996 ha sido miembro de la revista de poesía *Alforja*, donde ha colaborado como codirectora, jefa de redacción, editora de varios libros y miembro del Consejo Editorial.

## Cuadro 2

## Relación de cuentos finalistas

País	Cuento	Autor o autora
Cuba	<i>Al margen del guión</i>	William María García Ternblom
México	<i>Aquí la paso chido</i>	Irma Ramírez Orozco
España	<i>Bordón, esclavina: peregrino</i>	Juan Carlos Fernández León
Argentina	<i>Buen ojo para los negocios</i>	Gonzalo Luis Jaén
Venezuela	<i>Campanas inquisidoras</i>	Luis Manuel Correa-Power
Perú	<i>Casacas de cuero negro</i>	Carlos Alberto García Miranda
Uruguay	<i>Conversación con un guapo egipcio</i>	René Fuentes Gómez
Argentina	<i>Cosas de niños</i>	Matías Emanuel González
México	<i>De vuelta en Capilla</i>	Marcelo Raúl Rey Balmaceda
Colombia	<i>El camino del apestado</i>	Daniel Ferreira Gómez
Argentina	<i>El desamparo</i>	Mariano Cicowicz
Nicaragua	<i>El hombre del jardín</i>	Arquímedes González Torres
Venezuela	<i>Entre lo real y lo virtual</i>	Luís Manuel Correa-Power
Paraguay	<i>Espejos en el río</i>	Christian Antonio Olmedo Benítez
Argentina	<i>¡Hip... hip... hurra!</i>	Gustavo Eduardo Green
Cuba	<i>Hombre y mujer-mujer y hombre</i>	Andrés Vicente Casanova Guerrero
Argentina	<i>La cara oculta de la luna</i>	Mariana Pessah
México	<i>La confesión</i>	Luís Carlos Augusto Gutiérrez Negrín
Argentina	<i>La maga</i>	Claudia María Gabriela Hasanbegovic
Cuba	<i>Los cuentos de Chago</i>	Alberto Alejandro Morales Domínguez
Argentina	<i>Los fantasmas del bosque encantado</i>	Sebastián Jorge
México	<i>Mujer frontera</i>	Victoria Santillana Andraca

Cuadro 2 - continuación -

<b>País</b>	<b>Cuento</b>	<b>Autor o autora</b>
Colombia	<i>Nueva esperanza</i>	Ramiro García Medina
México	<i>Oración desde Alabama</i>	Germán Jiménez Martínez
Colombia	<i>Otro día para los olvidados</i>	Hilda Isabel Lubo Gutiérrez
Cuba	<i>Pablo, el dieciocho</i>	Genco Estrada Vinajera
Argentina	<i>Una culpa latente</i>	Ángel Belzarino
México	<i>Valentina Espiritu</i>	Ismael García Marcelino
Argentina	<i>Vuestras naciones</i>	Mariano Catón
México	<i>Zorullo</i>	Gustavo Pérez Negrete

### Cuadro 3

#### Relación de los miembros del Jurado final

**Saúl Ibargoyen.** Poeta y narrador uruguayo-mexicano. Ha publicado más de 50 títulos entre poesía, cuento, novela, testimonio y antologías poéticas de autores latinoamericanos. Fue Premio Nacional de Poesía de los “xxxiv Juegos Florales de San Juan del Río” en 2004; Premio Nacional de Poesía “Carlos Pellicer” en 2002; Premio Nacional “Ministerio de Instrucción Pública”, Uruguay, en 1963; Premio “Ayuntamiento de Montevideo”, en 1959. Su obra ha sido traducida a más de 12 idiomas. Ha fungido como jurado en certámenes de poesía, cuento, novela y periodismo en Costa Rica, Cuba, Uruguay, México y Panamá.



**Silvia Beatriz Pérez Celis.** Nació en la ciudad de México en 1946. Escribe con el seudónimo de Silvia Molina. Es licenciada en lengua y literatura hispánicas por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Ha sido directora editorial de varias casas del ramo, agregada cultural en la Embajada de México en Bruselas y coordinadora nacional de literatura del Instituto Nacional de Bellas Artes (INBA).

Ha recibido, entre otras, las siguientes distinciones: becaria del International Writing Program, de la Universidad de Iowa y del Fideicomiso para la Cultura México-Estados Unidos; miembro del Sistema Nacional de Creadores de Arte; y con los premios “Xavier Villaurrutia” (poesía); “Juan de la Cabada” (literatura infantil); y “Sor Juana Inés de la Cruz” (novela), entre otros. Su obra ha sido traducida al inglés, francés, alemán e italiano.

De su vasta bibliografía destacan: *Leyendo en la tortuga* (antología); los volúmenes de cuento: *Dicen que me case yo* y *Un hombre cerca*; de ensayo: *Encuentros y reflexiones*; de literatura para niños: *Los cuatro hermanos*. *Leyendas nahuas de la creación*, *El misterioso caso de la perra extraviada*, *Mi familia y la Bella Durmiente cien años después*, *El abuelo ya no duerme en el armario*, *Quiero ser la que seré*,

Cuadro 3 - continuación -

*Mi abuelita tiene ruedas, Le comieron la lengua los ratones*; de novela: *La mañana debe seguir gris, Ascensión Tun, La familia vino del norte, Imagen de Héctor, El amor que me juraste, y Muchacha azul*; de teatro: *Circuito cerrado*; y de varia invención: *Campeche, imagen de eternidad* (crónica de viaje).



**Jorge Luis Volpi Escalante.** Es licenciado en derecho y maestro en Letras Mexicanas por la UNAM; y doctor en filología hispánica por la Universidad de Salamanca, España. Se ha desempeñado como funcionario público; jefe de redacción y editor; consejero cultural de la Embajada de México en Francia y director del Instituto de México en París; académico en diversas disciplinas, tanto en México como en el extranjero y conferencista en las más prestigiadas universidades de México, España, Estados Unidos, Inglaterra, Israel, Alemania, Bélgica, Italia y Francia, entre otras naciones; es colaborador editorial de *El País* de Madrid y *Proceso* de México. Actualmente dirige el Canal 22 de televisión cultural.

Entre las distinciones que ha recibido se encuentran las siguientes: becario “Salvador Novo” del Centro Mexicano de Escritores-INBA-Colmex; del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes; del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología; del Instituto de Cooperación Iberoamericana de la Agencia Española de Cooperación; y de la Fundación John Simon Guggenheim. Es miembro del Sistema Nacional de Creadores de Arte de México. Ha recibido los siguientes premios: Premio Latinoamericano “Plural” (ensayo); Biblioteca Breve; Nacional de Cuento San Luis Potosí; Deux Océans-Grinzane Cavour (a la mejor novela latinoamericana publicada en Francia, por *A la recherche de Klingsor*); *In cerca di Klingsor*, versión en italiano de la novela, obtuvo el “Premio a la Mejor Traducción” del Instituto Cervantes de Roma.

Cuadro 3 - continuación -

Ha participado como juez en un sinnúmero de certámenes, entre ellos: el Concurso Latinoamericano de Cuento “Edmundo Valadés”; los premios Joaquín Mortiz para “Primera Novela” y para “Novela”; el Premio Juan Rulfo convocado por Radio Francia Internacional; el Premio de la Crítica de la Fundación Bartolomé March; el Premio de Novela IMPAC-Dublín; y el Premio de Narrativa Americana Innovadora de la Casa de las Américas.

Su copiosa obra –más de medio centenar de títulos– incluye las siguientes novelas: *A pesar del oscuro silencio*, *La paz de los sepulcros*, *El temperamento melancólico*, *Sanar tu piel amarga*, *En busca de Klingsor*, *El fin de la locura*, *No será la Tierra*.

## Cuadro 4

### Facsímil del fallo del Jurado

Siendo las 15:00 horas del día 23 de junio del año 2008, en las instalaciones del Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación, se reunió el jurado calificador para la selección de ganadores del Primer Concurso Iberoamericano de Cuento sobre Discriminación, integrado por la señora Silvia Molina, el señor Saúl Ibergoyen, el señor Jorge Volpi y un representante del Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación, con voz pero sin voto, salvo en caso de empate persistente.

El jurado procedió a realizar la selección de un ganador a primer lugar y de ocho menciones honoríficas, de un total de 30 cuentos preseleccionados.

El resultado del escrutinio quedó como sigue:

#### Primer lugar

"Casacas de cuero negro"

De Carlos Alberto García Miranda

Perú

---

#### Menciones honoríficas

1.- "Nueva esperanza"

De Ramiro García Medina

Colombia

2.- "Entre lo real y lo virtual"

De Luis Manuel Correa-Power

Venezuela

3.- "Mujer fronterera"

De Victoria Santillana Andraca

México

Cuadro 4 - continuación -

4.- "Borrón, esclavina: peregrina"  
De Juan Carlos Fernández Ladrón  
España

5.- "La maga"  
De Claudia María Gabriela Hasanbegovic  
Argentina

6.- "Los fantasmas del bosque encantado"  
De Sebastián Jorqi  
Argentina

7.- "Cosas de niños"  
De Melisa Emanuel González  
Argentina

Dando por terminada la elección de los cuéritos ganadores del Primer Concurso  
Iberoamericano de Cuento sobre Discriminación, los integrantes del jurado  
calificado del mismo procedieron a la firma de la presente acta.  
Los abajo firmantes, después de determinar el trabajo ganador y las menciones  
señaladas, consensuamos que son los seleccionados el día 23 de julio de  
2008.

La día que firmamos la sesión siendo las 18:00 horas del día 23 de julio de 2008.

Firmas de la y los integrantes del jurado

Silvia Molina  
Jueza

---

Cuadro 4 - continuación -



Cuadro 5

**Número de autores(as) por nacionalidad**

Argentina	138
Bolivia	15
Brasil	5
Chile	10
Colombia	30
Costa Rica	2
Cuba	32
Ecuador	2
El Salvador	1
España	12
Guatemala	1
Honduras	1
México	142
Nicaragua	2
Panamá	1
Paraguay	5
Perú	20
Puerto Rico	8
República Dominicana	3
Uruguay	9
Venezuela	11
<b>Total</b>	<b>450</b>

Cuadro 6

**Número de cuentos por nacionalidad**

Argentina	175
Bolivia	20
Brasil	6 (4 en portugués)
Chile	13
Colombia	42
Costa Rica	3
Cuba	50
Ecuador	5
El Salvador	1
España	13
Guatemala	1
Honduras	1
México	188
Nicaragua	2
Panamá	1
Paraguay	7
Perú	21
Puerto Rico	9
República Dominicana	9
Uruguay	12
Venezuela	14
<b>Total</b>	<b>593</b>

Cuadro 7

**Número de autores(as) por edad** (la suma de las y los escritores es aquí un poco inferior a la referida anteriormente debido a que no todos registraron este dato en sus fichas, aunque era requisito)

Edad	Número de autoras (es)
18	6
19	9
20	3
21	5
22	4
23	11
24	10
25	12
26	14
27	10
28	18
29	12
30	14
31	8
32	13
33	13
34	13
35	10
36	7

Edad	Número de autoras (es)
37	9
38	13
39	12
40	13
41	8
42	14
43	17
44	13
45	8
46	9
47	7
48	11
49	7
50	7
51	3
52	7
53	9
54	11
55	8

Edad	Número de autoras (es)
56	7
57	8
58	5
59	4
60	7
61	2
62	7
63	4
64	2
65	2
66	1
67	2
68	3
69	2
70	1
71	1
72	1
74	1
83	2

Cuadro 8

**Número de participantes por tema según tipo de discriminación** (el resultado es superior a la cantidad de cuentos debido a que algunas de las narraciones abordaron de manera explícita más de un tipo de discriminación en el mismo relato; por ejemplo, mujer indígena –discriminación por género y por raza-etnia).

Discriminación a adultos mayores	13
Discriminación a migrantes, refugiados, xenofobia	48
Discriminación a niños, niñas y adolescentes	21
Discriminación a personas con discapacidad	48
Discriminación a personas con VIH	9
Discriminación en general	25
Discriminación por apariencia	52
Discriminación por condición social y/o económica	23
Discriminación por creencias religiosas	8
Discriminación por género	81
Discriminación por opiniones políticas	11
Discriminación por orientación sexual	62
Discriminación por raza-etnia	104
Fuera de tema	115
<b>Total</b>	<b>620</b>

Cuadro 9

**Número de participantes por tema según tipo de discriminación y sexo**

	<b>Mujeres</b>	<b>Hombres</b>
Discriminación a adultos mayores	6	7
Discriminación a migrantes, refugiados, xenofobia	13	35
Discriminación a niños, niñas y adolescentes	16	5
Discriminación a personas con discapacidad	23	25
Discriminación a personas con VIH	4	5
Discriminación en general	10	15
Discriminación por apariencia	25	27
Discriminación por condición social y/o económica	13	10
Discriminación por creencias religiosas	2	6
Discriminación por género	44	37
Discriminación por opiniones políticas	4	7
Discriminación por orientación sexual	21	41
Discriminación por raza-etnia	46	58
Fuera de tema	49	66
<b>Total</b>	<b>276</b> (44.5%)	<b>344</b> (55.5%)

Argentina \* Bolivia \* Brasil \* C  
pública Dominicana \* Ecuador \* T  
onduras \* México \* Nicaragua \* T  
uerto Rico \* Uruguay \* Venezuela  
ombia \* Costa Rica \* Cuba \* Rep  
lor \* España \* Guatemala \* Hon  
raguay \* Perú \* Portugal \* Puerto  
\* Bolivia \* Brasil \* Chile \* Co  
minicana \* Ecuador \* El Salvador

Chile \* Colombia \* Costa Rica \* Cu  
El Salvador \* España \* Guatemala  
Panamá \* Paraguay \* Perú \* Por  
\* Argentina \* Brasil \*  
ública De Ecuador \* E  
uras \* México \* Uruguay \* Par  
o Rico \* Uruguay \* Venezuela \* E  
lombia \* Costa Rica \* Cuba \* Rep  
os \* España \* Guatemala \* Hon



**Al otrocobsi**  
Relatos ganadores del Primer Concurso Iberoamericano de  
Cuento sobre Discriminación



...al carro. También obedeció. Se...  
...minutos. Y mientras sentía el frío del metal en su rostro, escuchó voces, cas...  
...rificados que provenían del interior del auto. Como voltear y mirar a través...

Perú

# Casacas de cuero negro

CARLOS ALBERTO GARCÍA MIRANDA

A MEDIA CUADRA DE LA ESQUINA de Wilson y la Colmena los vio. Eran tres muchachos con casacas de cuero negro. Uno levantó el brazo para que se detuviera. El taxista pensó que podrían estar borrachos y hacerle problemas. Lo mejor era seguirse de frente. Iba a hacerlo, pero la luz roja del semáforo lo detuvo. Entonces los muchachos se le acercaron. El que levantó la mano apareció en la ventanilla. Tenía el pelo rubio y sonreía nerviosamente.

–Llévanos hasta Corpac –dijo.

El taxista se iba a negar, pero ya los otros habían abierto la puerta del asiento trasero. Subieron. El rubio se sentó junto a él.

–Cinco soles –dijo el taxista.

–No hay problema –respondió una voz desde atrás.

El coche se deslizó raudo por la avenida Wilson. Iba a seguir hasta coger la avenida Arequipa, pero el rubio le sugirió que fuera por el zanjón.

–Por ahí es más rápido –dijo.

Entonces dobló por Paseo Colón hacia la Plaza Grau y tomó la Vía Expresa. Poco después, al pasar al lado del Estadio Nacional, sintió el frío tubo de una pistola en su nuca. Luego siguieron las risas y los intercambios de palabras entre ellos.

–Sigue de frente, hasta Chorrillos –dijo uno.

El taxista, sorprendido, quiso voltear, pero el rubio lo detuvo.

Al otro lado 45

–Mira el volante, no te espongas.

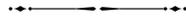
Y él no se expuso. El taxi continuó su marcha hacia Chorrillos en silencio. Uno de los que estaban atrás comenzó a fumar. El otro seguía apuntándole en la nuca y el rubio, con el brazo apoyado sobre la ventanilla, miraba impávido la autopista. El taxista comenzó a pensar en lo que le sucedería. “Seguro quieren el auto –se decía–. A mí me dejarán abandonado en algún pampón”. Hacía unos años, cuando trabajaba de repartidor para una fábrica de embutidos, otros tipos, con una metralleta, lo asaltaron y se llevaron la Combi con toda la mercadería. A él y su ayudante los abandonaron, después de golpearlos, en un descampado de Lurín. El robo le costó el trabajo, pero logró recuperarse. “Seguro ahora harán lo mismo”, pensó. Imaginó entonces al rubio dándole golpes mientras los otros lo sujetaban. Tratarían de dejarlo inconsciente. No lo matarían, estaba seguro, sólo querían el auto. Su auto. Betty lloraría de consternación cuando lo viera llegar todo magullado y sin el taxi. Sus amigos tratarían de consolarlo. Tal vez el Grasoso le preste uno de sus Volkswagen. O de repente esos muchachos después de utilizar el coche en algún robo lo abandonarían por ahí, y podría recuperarlo. En ese momento, cuando estaban por llegar a Chorrillos, el rubio le indicó que tomara una desviación. El taxista siguió por esa ruta de tierra afirmada por casi media hora. Se detuvieron al lado de un pequeño cerro. Ahí lo obligaron a bajar. “Me van a golpear”, pensó. Junto con él, bajó el rubio. Los otros se quedaron en el auto.

–Voltéate y pon las manos sobre el carro –dijo. El taxista hizo caso–. Ahora las manos en la nuca y el rostro pegado al carro.

También obedeció. Se quedó en esa posición durante varios minutos. Y mientras sentía el frío del metal en su rostro, escuchó voces, casi gritos que provenían del interior del auto. Quiso voltear y mirar a través del parabrisas trasero, pero el rubio lo detuvo.

–¡Quieto, carajo! –En ese instante sintió miedo. Le asustaba que no lo golpearan de una vez. Pensaba que tal vez querían matarlo. Esa idea lo atormentó durante esos minutos que permaneció de cara a la maletera del auto. Comenzó a sentir un profundo ahogo en el estómago, también náuseas. Iba a vomitar, pero se contuvo.

No quería hacer nada que precipitara alguna acción por parte de sus captores. De pronto, escuchó que se abría la puerta del carro. Los que estaban dentro salieron. Al rato, el cielo, que en ese instante comenzaba a pintar azules por todas partes, anunciado el amanecer, se oscureció bruscamente. Habían cubierto su rostro con una bolsa de tela gruesa. Y entonces le inyectaron en el brazo izquierdo una dosis de ácido. El taxista sintió el líquido penetrar en sus músculos. Pero no sabía qué era. Así que comenzó a forcejear con sus captores, y ellos empezaron a golpearlo. Sintió la cacha de la pistola reventándole la cabeza y golpeándole la espalda. Al caer, muchas patadas y puñetes cayeron en sus piernas, pecho y cabeza. Gritó, está seguro que gritó como nunca lo había hecho. Lo hizo hasta quedar inconsciente. Cuando los muchachos se percataron de que ya no se movía, le ataron las muñecas y los pies con un cordel, y la boca con un pañuelo. Luego lo metieron en la maletera, montaron otra vez en el auto y siguieron por aquella carretera pedregosa y polvorienta.



El Toyota se deslizaba raudo por la autopista soleada. Iba al sur. En la maletera, el taxista, con las rodillas casi hasta el mentón, sentía que su cuerpo era una especie de bulto, algo rígido y casi muerto. Mientras, en el interior del auto, el Freso, con las manos en el volante y la radio encendida, miraba a través del parabrisas el paisaje desértico. Veía unos cerros pelados, grandes arenales, casuchas de cartón y madera al borde de la pista. Poco después, al subir uno de esos cerros y doblar a la izquierda vio el mar plateado bajo el sol de la mañana. De pronto se sintió como si estuviera yendo a un día de playa. Eso lo hizo sonreír. “Un día de playa con un tipo en la maletera”, pensó. Tras él iban los otros dos. El Pelirrojo estaba frenético. No dejaba de moverse en su asiento y sacar la cabeza por la ventanilla y dar gritos, sintiendo el viento feroz en el rostro. Era la primera vez que se embarcaba en un asunto así. Su compañero, Lucas, en cambio, se veía tranquilo. Pensaba en el dinero que le tocaría. Sabía que sería suficiente para largarse por lo menos unos meses de su casa. Estaba harto de sus viejos. Sí, era un vago, no quería seguir ninguna

carrera como sus hermanos, sólo flotar en la vida como una especie de boya inútil en el mar. Ese mar que ahora se levantaba ante sus ojos.

–Esto me recuerda a una película –dijo Freso–. Eran tres tipos como nosotros. Querían ir a ver un concierto. Y claro, no tenían plata. Entonces caminaron algo así como cincuenta cuadras. Mientras lo hacían conversaban sobre el grupo al que irían a ver. Hablaban con tanta convicción que daba ganas de creerles. Los malditos eran unos verdaderos fanáticos. Bueno, la historia termina cuando llegan a su destino. Y no era el concierto, sino un hospital donde se compraba sangre. Los muy putas iban a vender litros de su sangre para pagarse el concierto.

–¡Qué locos! –comentó el Pelirrojo–. Yo nunca haría eso. Ninguna banda vale una onza de mi sangre.

–Eso pensé yo –dijo Freso–, por eso mejor sacrificamos a un tipo, como el que tenemos en la maletera.

Y luego estallaron en risas.

Después, mientras miraba a través de la ventanilla, el Pelirrojo recordó en forma de ráfagas las cosas que sucedieron la noche anterior. Se vio en aquel viejo bar de la calle Quilca con Freso y Lucas, tomando ron con Coca-Cola. Les narraba su encuentro con Rulo.

–Fue en un *Pub* bien caleta del Rímac –contó Freso. Y recordó las luces y el humo invadiendo el terral que servía de pista de baile. Estaba con Tere, su loca favorita. Luego, después de bailar hasta sudar como unos cerdos, se sentó en la barra con ella. Tomaban cerveza. En ese instante se les aparecen Rulo y Lola, viejos conocidos de la onda subte de hace unos cinco años. Ambos soñaron con integrar una banda de metal hacía varios años (fue casi al terminar la secundaria). Luego de los saludos, hicieron grupo y se fueron a sentar en una de las mesas al fondo del local. Lola y Tere también se conocían.

–Y bueno –dijo Freso–: chelas van, chelas vienen y el Rulo me cuenta el *pase*: “Estoy forrado de dinero”, me dijo.

–¿Y cómo pues, hermano?

–Ah, mira, que se vayan las hembritas y te cuento.

Y así fue. Ya muy entrada la madrugada las dos parejas abandonaron el local. Cuando iban caminando por la avenida Abancay, el Rulo le cuenta el asunto.

—Pasando Cerro Azul hay un ranchito —le dijo—. Ahí va mucha gente de plata a pasar el fin de semana. Pero no cualquier gente con plata, sino un grupo bien selecto. Son banqueros, políticos y empresarios. Van ahí a hacer sus cochinadas. Son cabros, ¿entiendes? Y no te imaginas viejo: misas negras, orgías, y todo bien caleta.

Las muchachas iban delante de ellos. Freso recuerda que miraba sus traseros cuando Rulo le soltó el rollo.

—En ese lugar hay un tipo llamado Paco. Es un flaco pelucón. Un tipo que también estuvo metido en la onda subte. Bueno, él es el proveedor del negocio. Él compra negros bien macetas. Sí, te paga hasta mil dólares por un negro.

—¿Pero, cómo es eso, para qué los quieren?

—No sé exactamente, tampoco pregunto viejo: yo sólo cobro, pero me imagino que será para sus cochinadas.

Con ese dato, Freso al día siguiente fue a buscar a Lucas y al Pelirrojo.

—Mil *luquitas* verdes —les dijo.

Y ellos no demoraron en aceptar. Entonces planearon robarse al primer negro fortachón que se les parara enfrente. El asunto resultaba algo loco. Tan loco como para hacerlo. Ahora el Pelirrojo se ve llegando a La Colmena: levanta la mano, un taxi se detiene. Rápidamente los otros suben. Él los sigue. Y cuando ya están todos adentro, se miran y en milésimas de segundos deciden que ese taxista sería su víctima. Y entonces Freso le pone el revólver en la nuca.

—¡Qué loco! —exclama ahora el Pelirrojo.

Lucas lo mira, y hace un ademán indicando que su actitud le parece propia de un enfermo mental, y también sonrío. Pocos minutos después, por la ventanilla se ve el letrero de bienvenida a Cerro Azul.



El Toyota se detuvo al lado de un enorme árbol, a pocos metros de una antigua casona bien conservada. Rápidamente bajaron y fueron a abrir la maleta. Con

mucho esfuerzo sacaron al taxista. Le quitaron la bolsa de tela gruesa con la que le habían cubierto el rostro y vieron que no estaba tan golpeado como creían. Apenas unos moretones en el pómulo izquierdo y algo de sangre en la comisura de los labios.

Cúbrele la cara otra vez –dijo el Pelirrojo.

Y así lo llevaron a la casona. Una vez en la puerta, Freso pensó que tal vez sería mejor mantener la mercancía en secreto hasta no ver la paga, como en las películas. Y le dijo al Pelirrojo y Lucas que mejor se llevaran al tipo al coche y ahí esperarían. Ellos entendieron la idea. Luego, Freso tocó el timbre. Tocó varias veces. Minutos después salió un tipo robusto.

–Busco a Paco –dijo Freso.

–¿Para qué lo buscas?

–Le traigo *viveres* –esa era la contraseña, según el Rulo. El tipo lo miró detenidamente.

–Está en el taxi –se adelantó a decir Freso.

–Espera aquí –dijo el tipo robusto y se metió a la casa. Regresó con Paco.

–¿Quién te mandó?

–Un amigo –dijo Freso.

–¿Quién?

–El Rulo.

–Bien.

El aspecto de Paco era deplorable. Tenía el cabello largo, pero una pelada asomaba al centro de su cabeza. Vestía un polo negro desteñido y pantalón jean, también desteñido.

–Está en el carro, ¿no?

–Sí.

–Bien, vamos a verlo.

Los tres fueron hacia el taxi. Al ver que se acercaban, el Pelirrojo y Lucas bajaron, dejando dentro al taxista.

–Sácalo –ordenó Paco. El tipo robusto lo sacó–. Ahora quítale la bolsa.

El tipo obedeció. Paco lo miró detenidamente.

–Esta así porque le inyectamos algo de ácido –dijo el Pelirrojo.

–Bien, entremos a la casa.

–No, hagamos el trato aquí mismo –dijo Freso.

Paco dudó. Luego volvió a mirar al taxista y dijo:

–Bien, entonces ¿cuánto?

–Mil quinientos –respondió Freso.

–No, no te equivoques conmigo patita, el precio es quinientos.

Los tres muchachos se miraron. No seas pendejo, Rulo habló de mil. Rulo es un bocón, te engañó. ¿Y el auto?

–¿Cuánto nos da por el auto? –se apresuró a decir Freso.

–Ese no es mi negocio, respondió Paco.

–Pero igual lo puedes comprar, ¿no?

–Ya te dije: quinientos –sentenció Paco.

Nuevamente los muchachos se miraron.

–Es tuyo –dijo Freso unos segundos después.

–Bien –respondió Paco acercándose más al taxista–, pero todavía falta algo: ¿lo curaron?



El taxista estaba dentro del coche con la bolsa en la cabeza. Un sinnúmero de imágenes flotaba en su mente llena de ácido. Afuera, los muchachos echaban suertes con pajitas. La más corta pierde. Le tocó a Lucas. Inmediatamente sacaron al taxista del coche y a empujones lo llevaron hacia unos matorrales. El taxista forcejeaba con ellos. Luego, le bajaron el pantalón y el calzoncillo. Freso y el Pelirrojo lo obligaron a ponerse en ángulo recto. En ese instante, Lucas comenzó a frotarse el miembro. Minutos más tarde, cuando lo sintió un poco erecto, intentó penetrarlo mientras sus compañeros lo sujetaban. Pero, por más que Lucas empujaba contra las nalgas del taxista no lograba hacerlo. Le echó saliva en el ano para lubricarlo, pero aun así no entraba.

—¡No puedo, maldita sea, no puedo!

Freso comenzó a maldecir.

—Sigue intentándolo —le decía.

Y Lucas seguía empujando sin resultado. Estuvo en esa situación casi un cuarto de hora. Finalmente, se dio por vencido. Entonces Freso decidió intentarlo. También fracaso. Lo mismo sucedió con el Pelirrojo. Mucho después, ya con el taxista otra vez en el auto discutieron el asunto.

—Vamos otra vez con Paco, que nos dé lo que quiera —dijo el Pelirrojo.

Y eso hicieron. Pero Paco no quiso aceptar. Dijo que un tipo que no está *curado* siempre trae problemas con los clientes. Freso insistió: “Dame lo que quieras, no queremos regresar con él”. Fue inútil. Paco no aceptó. Así que volvieron a la autopista con el taxista en la maletera. La atmósfera era tensa. Freso no dejaba de lanzar maldiciones. Unos kilómetros más adelante, al llegar a un pequeño poblado, detuvieron el auto.

—Espérenme aquí —dijo Freso y bajó. Al rato regreso con una tapita de vaselina. Encendió el coche decidido a regresar donde Paco. Lucas y el Pelirrojo entendieron que iban a intentar *curar* al taxista otra vez. Minutos después entró a una desviación. Se detuvo cerca de unos arbustos. Hasta aquellos arbustos llevó al taxista. En esta oportunidad el Pelirrojo y Lucas sujetaron a la víctima, mientras Freso untaba su miembro y el ano del taxista con la vaselina. Acto seguido, comenzó a penetrarlo. Los gritos del taxista se escucharon a varios metros a la redonda.



Poco después de tocar la puerta de la casona volvió a salir el tipo robusto. Al verlos, nuevamente entró, y regresó con Paco.

—Ya está *curado* —dijo Freso.

El taxista, con los ojos negros y llorosos, lo miraba. Era evidente que lo habían hecho. Entonces Paco y el tipo robusto soltaron una sonora carcajada. Freso y sus compañeros no entendían. Luego se darían cuenta de que todo fue una maldita broma de Rulo. No existía tal antro donde se compraban tipos para satisfacer su-

cios instintos de gente adinerada e importante. Paco y el tipo robusto se dedicaban al cultivo clandestino de marihuana en esa zona. Y cada cierto tiempo el Rulo, un asiduo comprador, les enviaba muchachos con el mismo cuento. En un inicio Freso intentó golpear a Paco y a su acompañante, pero éstos sacaron a relucir sus armas. Una 45 y un FAL. Suficientes para que dieran media vuelta de regreso a casa.



Nuevamente en la autopista, Freso se mordía la lengua de rabia. Junto a él iba el Pelirrojo y atrás Lucas y el taxista, esta vez sin la bolsa de yute en la cabeza. Un par de kilómetros antes de llegar a la garita de control, Freso detuvo el coche y bajó a mear. Después, ya sentado al volante nuevamente, preguntó:

—¿Y ahora qué hacemos con él?

Un silencio seco rodeó el ambiente dentro del Toyota. Luego se habló de abandonarlo en algún lugar de la carretera o de llevarlo a la ciudad. Unos minutos más tarde, todavía indeciso, Freso emprendió la marcha. Y mientras avanzaba veía a través del parabrisas la superficie desértica de la costa. Más al fondo, el sol de la tarde resplandecía en el mar.



El cielo era difuso, casi como de humo. A ratos surcaban unas enormes nubes espumosas. Unas nubes en las que de pronto refulgía en su interior un leve color amarillento, aunque también pudo haber sido rojo o azul.

Después de media hora llegaron a un barranco. Freso miraba ese cielo indefinido, mientras tomaba un sorbo del ron que el Pelirrojo compró medio kilómetro antes.

—Era un buen negocio, ¿no? —dijo Freso mirando hacia el taxista, que estaba en el Toyota.

—De la puta madre —dijo Lucas.

—Y sobre todo tan fácil —intervino el Pelirrojo.

–¿Qué hubieran hecho ustedes con la plata? Yo me hubiera ido con mi loca a Chile. Muero por volver a Santiago y hacer mancha con los punk de Lovalle. El circuito subte ahí es maldito.

–El mejor circuito es el de Buenos Aires. La meca del rock latino, hermano... ¿Me hubieras acompañado, Lucas?

–A lo mejor. En realidad, yo hubiera ido a cualquier parte, con tal de estar lejos de mi casa.

Desde que llegaron se sentaron sobre unas piedras, casi al borde del barranco. Tras de ellos las olas hacían un ruido largo. Era como una línea de aire atravesando sus cabezas.

–A mi loca le hubiera gustado conocer el cerro Santa Lucía y el barrio Mapocho. Ahí vive mi pata Moraga. Tiene un culo de material subte –balbuceó Freso antes de empujarse un trago.

Otra vez el ruido de las olas cortándolo todo, haciendo que la voz se hiciera opaca, casi inaudible. Luego el viento corriendo feroz bajo los algarrobos. Y las ráfagas de aire cayéndoles en toda la cara.

–Entonces qué dicen, ¿lo bajamos? –dijo el Pelirrojo mientras le pasaba el trago a Lucas.

–¿Hay otra posibilidad?

–Creo que no –sentenció Freso.

El ruido de las olas seguía allá abajo. De pronto Freso se paró y fue hacia el carro en busca del taxista. Lucas y el Pelirrojo lo siguieron.

–¡Hey tú! –gritó Freso. El taxista volteó. Al parecer estaba algo recuperado. De inmediato lo sacaron del auto.

–Llévenlo hacia esas piedras –dijo Freso. Entonces lo cogieron de los brazos y lo arrastraron hasta el pedregal que estaba al lado del barranco.

–¿Ya estás bien?

–Llévense el auto. No me hagan daño –susurró el taxista.

–¿Por qué dices eso?

–¿No me van a matar?

Freso se acercó y lo cogió de los cabellos.

–Eso ya no importa, negro huevón.

Y lo empujó, haciéndolo caer de bruces. Luego, sentados otra vez en las piedras, volvieron a beber mientras miraban al taxista.

Durante varios minutos permanecieron en silencio. Poco después se acercaron a su víctima. Vieron su rostro ensangrentado. El Pelirrojo se reía. El taxista empezó a sudar frío. Y por un instante tuvo la impresión de encontrarse lejos de esa escena. Sólo le llegaba, con una extraordinaria nitidez, el ruido de las olas. Luego la mirada de Freso se cruzó con la de Lucas y el Pelirrojo. Fue algo fugaz, como cuando decidieron raptarlo. Entonces Freso sacó la pistola y le disparó dos tiros en el pecho.

–Ahora ustedes, dijo. Y Lucas y Pelirrojo hicieron lo mismo.

Después todo sucedió muy rápido. A duras penas lograron llevarlo hasta el precipicio. Allí lo sentaron sobre unas piedras. El cielo pintaba violetas y ahora el mar era de un color indefinido.

Y lo dejaron caer.

Segundos después se escuchó un golpe seco en las rocas.

–¡Vamos, vamos! –gritó Freso ganando la puerta del Toyota.

Tras de ellos estallaba un ruido de olas y gritos de pájaros.





España

*Bardón, esclavina:  
peregrino* JUAN CARLOS FERNÁNDEZ LEÓN

LA MAÑANA SE DESPEREZA COMO UN GIRASOL en el mismo cogollo de la ciudad. El cielo es incapaz de relucir con el esplendor de un panel de vidrio bruñido. Largas procesiones de coches atascan la cañería de asfalto de todas las avenidas, al tiempo que hacen sonar sus cláxones con impaciencia, ese nuevo canto de gallo de cresta metalizada. En la ciudad los amaneceres tienen un aspecto de desamparo, de alocado frenesí que no conduce al blanco de ninguna diana. Alguien dijo que en todos los despertares del mundo se cifraba una misma cautela, el privilegio de desconocer los hechos que se van a producir, lo que se esconde en el magín de lo inesperado, la sorpresa. En la ciudad se vende orfidal y siempre alguien está corriendo.

En el otoño las palomas saltan en los parques con mucha menos precisión. Los bancos están fríos y tatuados con enigmáticas iniciales. Hay siempre una boca de Metro cerca y a veces llueve con desgana como en una película francesa. A estas horas todo está comenzando, parece que miles de mentes despertaran de golpe e idearan planes descabellados con los que arreglar el futuro, pero nadie los comenta y poco importa que se pierdan en la nada de las ensoñaciones. Todos esconden sus lamentos, por dentro todos están rumiando quejas en rescoldo, maldiciendo en silencio su puta mala suerte y la mierda de vida que les ha tocado vivir. En el semáforo un hombre llama a su oficina informando de que va a llegar tarde, de que otra

vez un accidente está ralentizando el tráfico. Con la otra mano se toca mientras observa pasar a una adolescente que blande su cadera al trote de las prisas. Le gustaría tumbarla en ese mismo instante, allí bajo la lluvia, allí mientras espera ese maldito semáforo que tarda tanto en estar preparado. En la ciudad cada mañana los deseos vuelan comprimidos en cápsulas herméticas. No hay nadie que no quisiera estar en otro sitio. No hay nadie que no masque la angustia de sus errores.

La Plaza de España está empotrada entre la Gran Vía y la calle Princesa. Desde ahí se puede oler el fragor fresco de los jardines del Palacio Real. Tiene una fuente de la que mana el agua de las ilusiones y algunas estatuas ecuestres de alguien que recorrió mundo. A veces un pintor callejero retrata la verdad caricaturesca de algún modelo atrevido. Otras veces un mimo paraliza el tiempo en una mueca de horror. Aún no hay nadie acomodado en los bancos. El peregrino clava su bordón y extiende su esclavina por el suelo.

El peregrino siente el frío de los desamparados. Se restriega las manos para entrar en calor y para advertir que todavía sigue vivo. Se escupe un chorro de aliento en las manos y cambia de posición las piernas. Ve pasar a la gente con una indiferencia de despedida. Teme que alguien le diga cualquier cosa, que se dirija a él con los modos revenidos de la autoridad, que la ciudad le aprese y le convierta en una más de sus efigies, en una estatua o en un mero guijarro del camino. Teme quedarse por siempre aislado en el mismo excremento de su penuria, teme vivir 30 años más en esa habitación que alquila por días en un zaguán de Tribulete, que huele a orina y a humedad, que sabe al perfume de los solitarios, de los desclavados del mundo, de los expatriados. El peregrino se siente débil y fuerte al mismo tiempo, se sabe la hoja desprendida de un álamo y el tronco fornido de un roble. Es negro y blanco, extranjero y nativo, pobre y millonario. El peregrino tiene muchos pensamientos aunque pone cara de no pensar, busca siempre un gesto de inconcreta impavidez, pero a menudo cree que el pensamiento se le encarna en el rostro y que todo el mundo lee lo que piensa. Por eso tiene miedo y procura no cavilar en exceso. El peregrino se sitúa en una orillita de la calle, con timidez, como pidiendo permiso por las afrentas que pudiera causar. Las nubes se estacionan gruesas sobre

las cabezas de los que padecen urgencias, de los que vagan lentos, de los niños que acarrear molestas carteras, de los ancianos sin bastón, de los perros lazarillos y sus ciegos, de los expresidarios, de los toxicómanos, de los policías infiltrados de paisano, pero no se decide a llover. El día está oscuro como la cueva de una entraña.

El peregrino no nació aquí o eso es lo que indica el color de su piel y el modelaje de su cuerpo. Tampoco conoce el idioma: le dijeron que sería sencillo aprenderlo pero no tiene con quién hablar. Se sabe sus propios precios y poco más. Sólo números. Sabe por ejemplo que tiene 32 años, tres hijos y un alquiler de 235 euros. Sabe que un devedé lo vende a tres euros o cinco si le compran dos. Sabe que la línea 10 del Metro le deja en 15 minutos en Plaza España, que a las dos y media se come una bolsa de *snacks* que suele contener 22 piezas grasientas y ásperas de patatas fritas. Sabe también que su país está a exactamente 4,324 kilómetros de distancia de donde se halla ahora y que si puede al final de mes manda 55 euros a su mujer para que alimente a su trío de hijos. Sabe que tiene un corazón y dos manos, pero lo que ignora es el número de días que le restan para que sea feliz. Alguien se detiene y le señala un producto. Le hace una pregunta que el peregrino no comprende y al poco indica con su índice otro distinto.

–Tres euros –dice el peregrino.

–¿Tres euros? –pregunta un hombre con vestimenta moderna.

–Tres euros –confirma el peregrino.

Se trata de una carátula con la imagen de cuatro figuras disfrazadas de superhéroes. Unos tipos que seguramente salvarán al mundo en una ciudad asolada de malvados. El peregrino no sabe de qué trata la película. Hace mucho tiempo que no va al cine, acaso no haya ido nunca, y no disfruta siquiera de un televisor. No hace mucho escuchaba canciones de Charles Aznavour de una emisora francesa, en una pequeña radio que se oía mal si la movía.

–Buena calidad –afirma el peregrino.

–Seguro– contesta el moderno, extrayendo de su cartera un billete de cinco euros.

El peregrino ignora lo que son las leyes contra la piratería, el *copyright* y todas esas prohibiciones que alarman a los responsables de ventas de las discográficas, de

las productoras o de las editoriales. Ninguno de ellos vive en un cuarto al que se le desconchan las paredes con la mugre de la miseria. Al peregrino lo único que le importa es que no lo pesquen los de la policía y le confisquen lo poco que le da de comer. Eso es lo verdaderamente importante: tener algo que llevarse a la boca.

El peregrino siempre está inquieto, desconoce lo que es la tranquilidad de una oficina o la de un puesto de trabajo estable. Rastreó las obras mendigando su oportunidad, pero siempre se encontró con que un Mohamed o que un Wilson Esteban le arrebataban la vacante. Salió de su país una noche siguiendo la estela de una estrella que iba disminuyendo su brillo a medida que se acercaba a ella. Atravesó mares funestos sin asimilar el engranaje de sus olas, sin comprender por qué la luna no ilumina más a los que la necesitan. De lucernas sirvieron sus ojos, amplios y abiertos como la herida de un hachazo. Después de ese peregrinaje nocturno se le quedó cuerpo de erizo. Apenas puede ver lo que mira sin que una de sus espinas le aflore al exterior. Apenas puede ver lo que mira porque un antifaz de miedo se ubica sobre sus ojos cuando observa, cuando escruta lo que ocurre en torno a él. Quizá salga a la calle con un capuchón de reo. Acaso sus verdugos no sepan de indulgencia. Comprende que la ciudad es muy competitiva y que él no dispone de muchos recursos para subir al podio central. Acaso esconda una carrera universitaria en uno de sus cartapacios o tal vez simplemente haya escapado de una guerra civil. Tiene un nombre impronunciado y un pasado desconocido. El peregrino no posee más que algunos objetos arrebatados a un contenedor de basura. Algo de ropa de su talla, unas viejas fotografías y una *Biblia* en español, que no sabe leer. Tampoco sabe que el mundo encierra una historia de peregrinación.

Al peregrino le han dicho que en el sur hay trabajo. Tiene un amigo que se llama Salim y que le informa sobre cómo son las españolas en la cama. Salim vende alfombras y cazadoras de cuero al precio de 20 euros. Duerme en el cuarto de al lado y ronca y ayuna a la fuerza y se tira muchos pedos y canta o reza cuando no puede dormir. Hablan en un francés mestizo de Marsella. Salim estuvo en Almería y ganó mucho dinero. Recolectaba el pimiento o la lechuga o el tomate y le pusieron casa. Pero a Salim le dijeron que en Madrid había mucho trabajo, que ganaría muchos

más euros, y peregrinó hasta aquí. Salim vende condones que nunca se rompen y alfombras que vuelan hacia la nada de todos los sitios. Tiene el elixir de la alegría diáfano en su mandíbula y los domingos marcha a la discoteca a ligar cincuentonas o a recibir una buena hostia. Salim le ha asegurado al peregrino que en el sur hay trabajo.

El peregrino lo ha pensado mucho. Ha calculado sus posibilidades en una suerte de ecuación y ha decidido marchar al sur. Mantiene sus ahorros en un bote de Colacao. Es un bote amarillo, despojado de etiqueta, al alcance de todo aquel que se lo quiera sustraer. Un banco modesto de chocolate, sin intereses, sin latrocinios. Tras recontar su dinero, aglutina su superávit en una bolsa arrugada del Carrefour y marcha a la estación a comprar su billete.

Los altavoces anuncian la llegada de una patera con dirección al sur. Se trata de un convoy compuesto por una decena de cayucos bien ataviados para un largo viaje. Dispone de literas pobres y de un sumidero en el que se puede orinar con cierto asco. Un enjambre de seres anónimos sigue la miel de la esperanza y se dirige hacia la embarcación. Acarrean pequeños enseres apresados bajo cordeles y bolsas de mano y un niño pequeño que moquea y babea y alguna que otra ilusión. No hay dios que no lleve una foto familiar. El peregrino mira muchas veces a su alrededor, como ametrallando su entorno con ráfagas de mirada. Tiene miedo de que alguien le golpee el hombro y le diga: “acompañeme, queda usted detenido, su mercancía es del todo ilegal, tiene derecho a guardar el silencio de los culpables o hable ahora lo que desee o calle para siempre jamás de los jamases”. Tiene miedo de que alguien le señale con el dedo y le confirme que fue él el que cometió ese crimen que ignora, que le detallen con todo lujo de arabescos que se encontraba allí sin duda donde todo eso ocurrió. Lo cierto es que no conoce a nadie, que la ciudad tiene la virtud de afrontar sus días con el anonimato de los que apenas se comprometen. Tan sólo conoce a Salim y a todos esos clientes que se despojaron de rostro una vez que hubieron pagado su compra. Tan sólo a Delio, el camarero peruano de La Fuente de la Edad, el bar en el que tomaba el té y los pinchitos morunos y a veces la sopa y el cocido. Tan sólo a Gloria, la puta dominicana que se asentaba en uno de los cuartos

de Tribulete y que una vez le masturbó y le decía muchas veces: “vamos papi, vamos papi, córrete ya”. Él no es nadie, lo sabe. Sólo un tipo de casi dos metros que tiene los ojos encharcados en estrías púrpuras y las palmas de las manos tan blancas como el vientre de una nube. No es culpable más que de intentar prosperar, de llevar los gusanitos al pico de sus polluelos, de buscar un lugar donde todo sea un poco más fácil, un lugar en el que no se sienta de paso, prófugo o usurpador, de no sabe qué riqueza. Sólo quiere un nido, un recodo, una pequeña esquina asfaltada de paz, de sosiego, de cualquier benigno atributo exento de violencia, de pólvora, de hambre.

El peregrino se instala con remordimientos en la plaza que ha pagado reventando sus ahorros. ASIENTO 12V, TURISTA, 68 EUROS IDA, PROHIBIDO FUMAR, GRACIAS POR CONFIAR EN NOSOTROS, RENFE, todo ello inscrito en una tarjeta amable de embarque que es difícil extraviar. Es lo único que lo diferencia de su viaje anterior. Entonces también pagó su pasaje reventando sus ahorros, pero no le concedieron a cambio un rectángulo de cartulina que le habilitaba para el viaje: le empujaron a bordo y le pidieron que rezara lo que supiera o que al menos imaginara cosas hermosas que le tranquilizaran; por ejemplo, le sugirieron: “Imagínate lo poderoso que se puede sentir uno que camine con unas zapatillas Nike, lo alto que puede saltar, las puertas que se le pueden abrir, los relevos que le pueden dar. Imagínate –añadieron también– lo cómodo que puede ser rastrear el mundo subido en un bemeuve negro, de llantas gruesas, con ropa de diseño italiano, con el estómago repleto de hamburguesas del burgerking y con la cartera preñada de billetes de 500 euros que se van a multiplicar sin duda en ti mismo a poco que seas astuto. Imagina cosas hermosas”, le recomendaron. El peregrino les hizo caso. Fantaseó sobre quién sería el ser que les enviaba un relente tan frigidísimo, un oleaje tan sañudo, una oscuridad tan absoluta. Imaginó cosas hermosas: un ruiseñor despertándole bajo el mar con una letanía que nunca nadie había escuchado ni podría escuchar, que se la dedicaba a él en exclusiva, porque había nacido del nido de su propio corazón, el lugar de donde surgen únicamente los sentimientos positivos, los que se visten con las galas de la magia.

Las puertas del compartimento se abren con la desgana de una arcada momentánea. A una mujer aún joven la impulsan dos vástagos en edad de escuela, una niña

con las viruelas de un aparato bucal y un niño acosado de gigantismo. Miran su billete de acogida y comprueban sus asientos. La madre junto a la niña, el niño gigante junto al peregrino. Son las leyes del azar que juega a capricho. Probablemente sea una divorciada que viaje al amparo de sus padres. Tal vez le espere un marido en la estación del sur con una sonrisa sin caries y con pocas ganas de entretener a sus hijos. Es la clase de mujer que ha perdido su encanto en inciertos combates de lactancia, la que escribe a consultorios de revista y la que lee de fijo su horóscopo cada semana buscando lo que desea escuchar. Es el tipo de mujer que increpa a su suerte en cada insomnio y la que se atiborra de Valium cuando le aviene la regla y cuando no. La que protesta ante el director del colegio porque a sus hijos no se les trata como es debido, la que protesta ante su espejo porque no le devuelve la imagen prometida, la que se sienta cerca del peregrino y les dice a sus hijos que sí, que es un poco negro, pero que no mancha. El tipo de mujer que el peregrino necesita para recordar a la suya, tan abnegada, tan entregada a sus hijos como esa que está dando su vida por ellos, por una niña blanquecina que sonrío desmedidamente como en una fábula de ogros, por el niño que es el ogro mismo, un giboso peludo apedreado por los habitantes de una ciudad alarmada de horror, de error, y de conjuras apelonadas en una equívoca mente colectiva. El peregrino mira a la mujer y parece que está viendo a la suya, transitando ciudades polvorientas en pos de un alimento barato y fértil en vitaminas con cualquier letra del abecedario. El peregrino mira a los niños y le recuerdan a los suyos, la cara de alarma triste que compusieron cuando les comunicó que en muy poco tiempo los volvería a ver, que cuando se despertaran en un puñado breve de noches él estaría allí, junto a ellos, besándoles sus carrillos mullidos, relatándoles un cuento que les permitiera dormir con la bondad de un inocente.

La patera oscila, cimbreo, se agita como el descorche lento de una prerrogativa. Nada parece indicar que las olas no arrastren la embarcación hacia la deriva de ninguna parte. Cae la noche cerrada sobre los objetos que se pierden en el cénit de su manto. Un hombre vestido de uniforme postula billetes. El peregrino ha advertido que los hombres de uniforme siempre piden algo, alguna especie de papel, re-

visan una verdad que se imprime sobre un miserable documento. Algunos incluso llevan armas, pero todos adoptan la misma cara de perro de presa hambriento. El revisor se detiene ante él, le escruta con el detenimiento de un impostor dudoso, y extiende la mano exigiéndole lo que piden todos: un papel, un miserable documento que atestigüe que está en orden y a la par de todo el mundo. El peregrino posee el billete que le posibilita viajar con placidez en esa patera de dios, pero no dispone de las credenciales que le aseguran la legalidad de su estancia en ese país de ensueño, esos legajos que barrunta en la oscuridad de una fila compuesta por mendicantes de lo justo, de lo convenido, de lo prevaricado. Se lo entrega, el peregrino le da al revisor lo que pide y espera que le diga algo semejante a “rece lo que sepa e imagine cosas hermosas”. Pero no es así, el revisor le sonrío y le desea buen viaje y se va perdiendo por el pasillo como bailando una danza de olas.

El peregrino se deja caer en su asiento apresado por un fugaz regocijo que le captura con alevosía, que acelera su pulso, que enciende el botón de su energía y le engaña, le confunde, le da a entender que aún quedan esperanzas, que aún puede esperar una resolución digna, amable, hermosa. La peregrinación es una batalla del hombre contra un medio adverso, una aventura que provoca angustia, tristeza y nostalgia, pero también el placer de la ilusión. El peregrino imagina un futuro en donde la pobreza fuera sólo un recuerdo pasajero, una pequeña lágrima negra alojada en un remiendo del corazón. Un futuro en el que Dios exista y sus hijos y su mujer y él convivan en un mismo hogar.

Al peregrino le cuesta mucho soñar un poco porque la madre no deja de reprender a sus hijos, que se levantan, se menean y también gritan. La madre habla en exceso y les chilla a sus hijos que lo de los videojuegos se acabó, que si siguen comportándose tan mal les quita el móvil y ni un regalo más. Tiene en la cara un cartel de socorro que advierte del final de su paciencia. Por fin se dirige al peregrino, le mira con cara de cierto sonrojo y le dice:

–Usted no tenga hijos, no sabe lo que son, yo no puedo con ellos, si por mí fuera haría lo mismo que usted, viajar e ir de un sitio a otro, buscando, no sabe cómo le envidio.

Del asiento de la derecha se remueve un señor con el rojo encendido de la ira. Acarrea la solemnidad de una chaqueta prendida de viejas insignias de una olvidada época. Se vuelve a la madre y le comunica que uno de sus hijos le ha soltado una patada y además se ha burlado de él con una lengua roja y blanca de chucherías, que está muy enfadado y que va a llamar al revisor. Del asiento contiguo surge una cabeza inconcreta que opina en alto que a esos niños lo que les falta es una buena hostia, un buen sopetón en los morros para que aprendan. Dos jóvenes atrincherados más atrás escuchan a medias un no sé qué de música que los hermana, que los convierte en modernos siameses unidos por el cordón umbilical del emepetrés. El hombre del periódico no se desliza de su lectura pero sin duda está pensando en algo, en algún cálculo para que su hipoteca le haga sufrir un poco menos cada mes. Un poeta de la desdicha cotidiana rellena *sudokus* como si fueran enneasílabos neuróticos. Dos niñas de escasos 16 se comen las lenguas en un ritual de *piercings* que abrasan de electricidad, de deseo y de inconsciencia. El aroma de un bocadillo de chorizo se confunde con el son de una ranchera flamenca. Los militares del fondo amenazan con fumar-se una trompeta de *jas* que llevan liada en la faltriquera de su petate. El peregrino no entiende ni una sola palabra de las que le llegan, asediando sus oídos con vértigo de maremoto. No sabe a qué juegan esos niños que le miran como si contemplaran un sainete de espectros, ni sabe qué le dice la madre cuando se dirige a él con rostro de impaciente nerviosismo, ni se puede imaginar qué se cuece en esa patera que simula un cóctel molotov fabricado por un jesuita del infierno.

La patera desciende vertiginosa hacia el sur rotulando una cicatriz en el mapa frío de la península, arando los raíles metálicos con disciplina de tenedor, de astrolabio o de caja negra del infortunio. El peregrino salta al pasillo para escapar de los dientes enjaulados de la niña, del acné a punto de explotar del niño, de la mirada de aguja de todo aquel que no tiene otra cosa que mirar. Comprueba que decenas de microcosmos quedan aislados en las burbujas de sus asientos, que quizá la vida se trate de poco más que de contemplar la existencia de centenares de millones de burbujas que van creciendo en progreso hasta que explotan y se pierden y desaparecen en la nada de las nadas y entonces parece como si nunca hubieran florecido,

pero luego se comprueba que surgen nuevas burbujas, pompas de jabón, gárgaras de espuma, algunas más transparentes o más tibias, indudablemente, que se anexionan las unas a las otras como celdillas de una colmena. El peregrino surca los pasillos de la patera esquivando los vaivenes de sus bandazos, zigzagueando los coletazos imprevistos de ese reptil airado, procurando mantenerse en pie y erguido ante las acometidas de un destino oscuro y presumiblemente cruel. Va recorriendo a su paso un aroma de distintas sensaciones, diferentes percepciones, como si estuviera transitando continentes opuestos, como si ese pasillo supusiera una vereda que aísla, que enchirona, que sepulta. El peregrino llega al fin a un remanso del camino, a un lugar libre de vegetación, de agua, de *locus amoenus*, un lugar en el que no está enclavado nadie, donde nadie traza la calceta de la espera ni un mísero crucigrama que asevere que es el mejor y que su cultura etimológica es envidiable, donde nadie lee la novela de moda ni la revista de cotilleo ni un *fanzine manga* ni el menú previsto para su boda ni los preceptos de su contrato laboral y ni siquiera las líneas agraces de la palma de su mano. Se acerca a una ventana y adhiere sus ojos al cristal. Sólo ve cómo la noche hormiguea en todo lo que está y en lo que no y cómo a lo lejos una estrella brilla con una intensidad de esperanza.





# Al otrocabo!

Relatos ganadores del Primer Concurso Iberoamericano de  
Cuento sobre Discriminación



3

# Argentina

## Casas de niños

MATÍAS EMANUEL GONZÁLEZ

POR AQUEL TIEMPO VINO A VIVIR CON NOSOTROS la abuela de mi padre, como no podía ser de otra manera, nos enamoramos perdidamente. Una noche la oí decir que se suicidaría con un frasco de dulce de leche San Ignacio. Ella, claro, era diabética.

Para protegerla tomé algunas precauciones. Endulzaba mi propio pan de la merienda con mermelada *diet* (no podía permitir que se tentase) o le regalaba dibujos con soles inmensos de crayón amarillo; esto, según recuerdo, pretendía ser un mensaje subliminal de vida. Todas las noches le hacía prometer algo, no importaba qué (cualquier pavada constituía mi póliza), importaba la creación de un plazo: no concebía que alguien pudiera suicidarse mediando un trato pendiente.

Medía con atención las marcas de su alegría. El talle menor era el *monalisa*: algo que hacía con la cara para que se le ablandase. Un mayor despliegue de arrugas significaba sonrisa completa, pero yo necesitaba su carcajada: es decir, temblor de panza y agüita en los ojos... de ser posible, que al final tosiera. Todo este asunto me preocupaba especialmente de noche. Por algún motivo imaginaba que los suicidios ocurrían de noche, y suponía que nadie podría suicidarse si un rato antes se había reído. Entre las medidas adoptadas hubo cierta misión... digamos que arriesgada, pero ineludible: debía requisar su placard. Como no sabía qué aspecto tenía el frasco de la marca San Ignacio, un extraño ungüento me sobresaltó (felizmente se trataba de una especie de cera). Entre lo que parecían sus cosas más preciadas

encontré la estampita de mi bautismo. Me envanecí al instante. Con un beso firme en la pequeña imagen (una pálida madona) y juré absoluta lealtad a su causa. Bajo la pirámide de zapatos había una caja. Levanté la tapa con el lento terror de hallar el frío brillo de una cuchara... pero sólo había algunos australes enrollados con gomita elástica. No me atreví a tocarlos: como decía un primo de mi padre, “a los fajos de guita los carga el diablo”. Ella encontró todo revuelto y me surtió un espléndido cachetazo, pero yo no me excusé, ni lloré; esa era la idea que tenía de un héroe, y yo, como todos, sabía que si uno no es un héroe la vida no vale la pena.

Aunque me dieran pudor sus bombachas, no cedí en mis intromisiones. Con el tiempo me especialicé: usé guantes de cocina contra las huellas dactilares y hurgué con la cautela de un cirujano. Cuando dejó de notar mi espionaje, volvimos a ser los mejores amigos.

Por la noche se sentaba al borde de mi cama y abría en su falda *El tesoro de la juventud*. Sergio (mi hermano), que tenía escuela de mañana, dormía profundamente. La respiración acompasada de Sergio, el cono de lámpara que nos bendecía y el susurro de la abuela le daban a todo un aire mistagógico. Mi madre siempre aguaba nuestro discreto aquelarre: cuando velábamos las imágenes centrales del misterio irrumpía en el cuarto con su greñas malhumoradas y un camión demasado cotidiano como para que la aceptásemos como sacerdotisa.

—¡Pero, doña Antoña! —decía, en un tono prosaico que sentaba de culo nuestro encantamiento—. ¡Se me despabila el chico!

La abuela, amonestada, bajaba la voz, pero mi atención se agachaba para restablecer el mismo absoluto en una escala más pequeña. Y leía, leía como si exorcizase; su voz era mejor que la flauta de Hamelin: desalojaba las ratas y convocaba un vendaval de cisnes: cisnes de acero, a los que ningún matón de vanguardia les podía torcer el cuello.

Una noche leyó un cuento que sobresalió entre sus cuentos. Sucedían cosas extrañas: los personajes cambiaban de nombre y, aunque para mi oído había muchos “entonces”, decidí que se trataba del mejor cuento del mundo. Tenía un final

abrupto y explícito; todavía recuerdo la oración final, revolucionaria de los finales cantarinos: “Y colorín colorado... a la pucha con todo”. Me dio un beso y yo simulé prepararme al sueño, me rebujé de frazadas y puse cara de ángel exhausto... Pero ya nada sería lo mismo, había tomado la decisión más importante de mi vida, un fallo irrevocable: jamás volvería a dormir. Mi vida era demasiado importante como para perderla babeando almohadas. Al principio costaría, pero ¡quién tiene tiempo para siestitas! “¡Qué cerca están las verdades que necesitamos!”, pensaba, y me reprochaba el malgasto de tantas noches, con sus comparsas pobres de ensoñaciones deslucidas. Mientras la humanidad se echara a olvidar, yo apretaría el manubrio y pedalearía como E. T. Pero bien, primero a pisar la pelota: a los grandes entusiasmos les conviene el orden. Como un ángel irradiante y a la vez ustorio, tenía que situar mi luz en el mundo si no quería quemarme vivo. En primer lugar, le haría la tarea a Sergio y barrería la casa para alivianar a mamá: esto, según pensaba, aumentaría el flujo de felicidad familiar (plataforma básica de cualquier emprendimiento). Recién entonces, mis ejercicios físicos, algunas lagartijas, abdominales bolita, sentadillas: *mens sana in corpore sano*... En cuanto a mi entrenamiento espiritual, leería al azar algún pasaje de la *Biblia*... Surgieron, sí, algunas dudas biológicas: temía que una vigilia constante acelerase mi crecimiento, y esto, claro, complicaría las cosas; envejecería pronto y moriría a los treinta y pico: la vida se habría precavido de que le hicieran trampa... De todas formas tomaría el riesgo, estaría a tiempo de parar con todo cuando descubriese la punta precoz de una barba. En la organización de mi dieta mental percibía la jurisdicción de los dos cerebros: por un lado, comenzaría con método a leer todos los cuentos del planeta. ¿Cuántos serían? Doscientos, trescientos... no importaba, habría tiempo; para completarme, me avocaría a la resolución de gigantescas columnas de números; si mis especulaciones no fallaban sería científico antes de los 15: porque yo, claro, sabía muy bien que si uno no es un genio la vida no vale la pena.

Mis proyectos no tendrían por qué impedirme algunos logros inmediatos. Haría, por ejemplo, planos detallados para obtener una táctica ventajosa en la *escondida*,

mediciones cronométricas que me indicaran el punto de fuga, no el de Brunelleschi, el otro: el momento exacto en que uno debía largarse a la carrera. Yo, claro, sabía que la vida no vale una minga si uno no libra para todos los compañeros.

Cuando mamá me trajera a la cama el vaso de Nesquik fingiría desperezarme, podría fabricarme lagañas postizas con bolitas de Boligoma seca y revolverme el pelo hasta erizarme de pirinchos apócrifos. La primera semana redactaría el plan general de objetivos. Para eso necesitaba un cuaderno que no fuese el de la escuela. Tendría que robar algunas monedas o malvender mi tarro de bolitas entre los compañeros de colegio que llevaban plata para el kiosco. Ellos habrían creído joderme, pero la burla es el precio a pagar por los que pasamos a otro plano. ¿Qué lugar tenía Dios en todo esto? A veces de apoyo incondicional, acá nomás, casi podía verlo, levantando el pulgar como en una caja de cereales; pero también me solía asaltar mi teología vacilante: ¿y si no existía?

“La fe es el chamullo que le conviene a los que no existen”, decía papá. “Mejor”, me decía a mi vez, y me frotaba las palmas para escapar de ese escalofrío: nadie derrumbaría mi torre de Babel. Cuando fuese grande, a los 18 o 19 años, sería un científico reconocido y podría ayudar a Rolandi. Le compraría una casa en calle de asfalto, le revocaría esa carie entre los paletones y le pagaría un aparato de ortodoncia que se los enderezara. Rolandi era uno de mis compañeros de grado, y aunque nunca tomara la leche en casa, se acercaba a mi corazón con la misma certeza rodante con que me pasaba la pelota. Los dos jugábamos adelante, pero volvíamos a defender, las piernas rápidas, la moral dura y firme en el pecho. Era fácil ayudar a Rolandi: una vez que le taparan la carie y le pintaran de blanco arriba, sólo quedaba prestarle un poco de ropa y recordarle que pronunciara la “c” en inyección y en doctor. Listo, Rolandi solucionado.

Y así toda la noche, con el carrete del bocho chispeando como si hubiera ensartado un misil con el anzuelo. Mi pura pólvora infantil ardía mejor que un reguero de cocaína pura.

A eso de las 5:00 o 6:00 AM no resistí más y mis planes se disolvieron en una mezcla fangosa de calma negra. Para despertarme mamá me aplicó en los glúteos

unas descargas con su chispero de cocina (que es como se despierta acá a los que tienen sueños pesados).

Fue una mañana horrible y malhumorada, mi primera experiencia de una resaca.



Nunca he sido de releer, soy (¿era?) un lector por yardas, un corre caminos. Más de una vez es amor, dicen, y el amante *total* devora como un Pacman y se aleja del fornicio. Pero aquella vez volví: revisé la sección “El libro de las narraciones interesantes” de *El tesoro de la juventud* tomo por tomo (eran 20). Como no me había dicho nada acerca de un título tuve que leer cada comienzo, pero no reconocí nada que se pareciera al cuento que esa noche me había leído la abuela; recién entonces, y bajo el influjo secular de mi madre que desaprobó el desparramo de libros en el *living*, me enteré de que todo había sido la imaginación viva de aquella bruja blanca que cada tanto perdía los anteojos.



Aunque no hubiera visto una sola valija, ni entendía que se fuera sin saludarme, me dijeron que la abuela se había ido a Buenos Aires: si me decían al Cielo yo me iba a dar cuenta de que estaba muerta. Sin la abuela, empecé a mirar más tele y a dormir más temprano; al tiempo (¿un año después?) trasladé todas mis energías al ámbito social. Mis ambiciones perdieron altura, pero ganaron realismo: tenía que aumentar mi tarro de bolitas y tratar de impresionar a la reina de mi grado. ¿Cómo? Con buenas zapatillas, por ejemplo (nadie exagerará demasiado el impulso que los guardapolvos socialistas le dieron a la industria del calzado).

Corrían los tiempos en que el pastor de pueblos, el musulmán Me-he-ném Al Yomá, aún no separaba tanto las aguas (¿88?); no toda casa grande se convertía en una *school*; y la sarmientina Escuela Normal, como débil reflejo de los principios de igualdad de oportunidades, albergaba “un amplio espectro social”.

Entre los pupitres de las aulas estatales se repetía la distribución espacial de los barrios ciudadanos. Rolandí, por ejemplo, centraba el gueto más alejado. En el ala

derecha, hacia la segunda fila, rodeada por la envidia sonriente de sus damas de compañía y custodiada lo más cercanamente posible por su séquito de aduladores: *ta ta ta TÁAN*: con su pelito suelto de Botticeli, sus ojitos aguadísimos, su vestuario infinito y atinado, su cartuchera rebosante como el carcaj de un Cupido galáctico, sus cuadernos tapa dura, forrados como sólo puede hacerlo el temor prolijo de una empleada doméstica, sus dientes cinco estrellas, su talle yogurísimo: ella: la Reina. Yo, debo confesarlo, ocupaba en la corte un lugar destacado. Todo mi sudor de entonces quedaba en la sorda, pero feroz batalla, que librábamos por el favor de la soberana. Desde lejos, y con una mosca (de las verdes) en el pecho, veía a Rolandi mascar su resignación seca.

Las cosas se mantuvieron estables, hasta que a mitad de curso una infección pulmonar jubiló prematuramente a la maestra. Llegó una *señorita* flamante, con los ánimos frescos de sonriente pedagogía y la voz estentórea de su garganta inaugural. Aunque la escuela no las suministrara, ella traía de su casa una caja con tizas de colores y remarcaba con rojo las alertas de nuestros intelectitos. Como radical medida de su mandato prometió la pronta redistribución del espacio público: según adujo, la agrupación en cuadrillas distraía nuestras capacidades. Amenazado, el barrio alto dispuso una activa campaña en su contra: se organizaron olvidos colectivos del arsenal didáctico (mapa político de América del Sur, victoriosas figuritas de la Independencia, monocotiledón germinado). Una hábil red *sub-pupitrea* diseminaba panfletos injuriantes, al tiempo que la superficie de caritas displicentes se encargó de sabotear cada técnica de motivación que la *nueva* acometía con entusiasmo. Tratándose de un colegio estatal, fracasó el *lobby* que, por medio de una sistemática interposición de quejas a los padres, intentó llegar a la directora; se cayó en la llorosa evocación de los méritos de la predecesora; se llegó incluso a decir que el *ancien régime* era duro, sí, pero se aprendía. En cuanto al prevaricato manifiesto de las súbitas siestas en que solía caer la maestra *vieja*, se decía, bajo nueva lectura, que se trataba de una bondad sabia y modesta, con la que se introducía una recreación consciente y necesaria a los fines educativos más augustos.

Días más tarde, la *nueva*, con mano firme, enumeró los bancos y dispuso a sorteo las nuevas posiciones. El gordo Fernández ofició de escribano frente al bol que revolvía nuestros destinos. El azar, con su macabra ironía de telenovela, juntó como compañeros de banco a Rolandi y a la Reina.

La corte se desperdigó a lo largo y ancho del aula. Aunque me confinaron a una punta, y de nada me valieran mis excusas de miope, acaté aquello con algún oculto sentimiento de justicia. La Reina no quedó del todo aislada: delante de ella, como un guardia fiel que traspasa el alambrado aleatorio con sesudo cuerpo a tierra, se erguía Isabel, muy bonita por cierto, y también, claro, de alcurnia agrimensurada.

Tras la diáspora, la corte esperó el recreo con mayor ansiedad. Una vez en el patio, un renovado sentimiento de grupo reforzó las murallas. Una jaula de cotorras en la que cada una quería dar su noticia de oriente; de pronto, una gota de voz meliflua nos aplacó:

–¡Ay! –dijo la Reina, con voz de blanca nieve que se pincha el dedo, y frunció levemente su hociquito– Rolandi tiene olor.

Yo no pude reír con la corte, apenas si sonreí por táctica, giré disimuladamente y me alejé en busca de un paquete de *tutucas* (se trataba de cereal inflado, recubierto con azúcar y colorante, no se si lo seguirán vendiendo). Caminé así, degustando mis *tutucas* pensativas, como quien fuma, y me perdí en la parte más solitaria del patio. Busqué paz detrás de unos arbustos, cerca de donde arrumbaban el mobiliario viejo... entonces lo vi: Rolandi se comía con fervor una manzana. Si Rolandi comía una manzana era, claro, porque no tenía para el kiosco; si un miembro de la corte comía una manzana, se trataba, claro, de un *touch* de elegancia naturalista. Lo incomodé, pero logró disimularlo. Me senté a su lado y recién entonces comprendí que la presunta manzana era un tomate: ¡Mierda! ¡Un tomate! Y bien maduro a juzgar por las llaguitas en su piel rojísima. La *tutuca* me giraba en la garganta sin acertar el descenso. Si el fruto prohibido hubiese sido un tomate, Eva lo habría escupido y hoy estaríamos todos hueveando en el paraíso.

–Mañana la final –dije.

–Ajá –contestó. Rolandi hablaba de a pedacitos, había que empujarlo; pero esta vez siguió solo–. Nos toca en el parque Ferré –dijo–. Es una cagada, la cancha toda poceada.

–Sí –contesté– pero los pozos no juegan para nadie.

–Sí que juegan –me corrigió–: juegan para el que sabe menos con la pelota. Tenía razón y, bien mirado, sabiduría.

–¿Te gusta la nueva? –pregunté, y dentro de la pregunta latía lo del sorteo.

–Parece buena –dijo.

Miré ese tomate en el extraño contexto de su mano, sin sal ni mayonesa, cachado a mordiscones, sin su otoñal tapiz de orégano sobre la superficie partida, totalmente alejado de la obvia compañía de una milanesa.

–Te cambio –le dije. Rolandi fingió mirar lejos–. *Bué*, no importa –agregué– en casa tengo uno.

Con Rolandi era difícil fingir: él sabía que yo sabía que él sabía. Le extendí la bolsita con tutucas. Rolandi encogió los hombros y aceptó. Él sabía que yo sabía que él sabía. Qué sabrosa debe ser el hambre, pensé, si hace que uno pueda comerse ese tomate podrido. Cuando me lo acerqué a la boca se me encogió la campanilla. Mastiqué lo menos posible. Rolandi, en cambio, depositaba cada tutuca como si fuese una hostia autógrafa y esperaba a que se disolviera.

–Ta'bueno –dije, y me relamí las encías: esa era la idea que yo tenía de un héroe, y todos sabemos: la vida vale bosta si uno no es un héroe.

Tuve esperanzas de que para los recreos siguientes el tema se hubiera esfumado, pero la corte se empecinó en hablar del olor de Rolandi. Los varones desataron un juego floral que motivaba las afectadas arcadas de las damas.

–Rolandi tiene olor a pie, con aceite de torta frita –dijo Micol, y todos acordaron en la receta.

–No –dijo Marco–, a repasador y a cuarto de servicio.

Marco no tuvo adhesión: demasiado abstracto.

–Yo sé –dijo el gordo Fernández, cuya resignación a no gustar le permitía cierta libertad escatológica a la hora de escandalizar damas–: es olor a culo, a culo mierdoso de negro.

Las risas se mezclaron con los mohines que registraban el mal gusto (pero bien que lo gustaron). Faltaba mi parte. Tenía la necesidad de compensar mi linaje torcido con la constante puesta a prueba de mi ingenio, pero salí del paso:

—No puedo oler nada —dije, y aduje un resfrío.



El sábado, en el Parque Ferré, la gran final del intercolegial. Rolandi me la pasó de taquito, yo corrí hasta el borde del área y con una maniobra (hoy reconozco que involuntaria) pasé de caño al último defensor. Nada más quedaba el arquero, que salió como un oso rampante con sus guantes profesionales. A mi derecha corría Rolandi. Se la dejé servida, Rolandi amagó y, magnánimo como un ángel abotinado, me la devolvió para que yo rematara, para que la red de la guarida del oso se inflara como se nos inflaba el pantalón de gimnasia cuando pensábamos en la Reina. Rolandi le abrió el telón a su carie y, como tantas otras veces, corrimos a abrazarnos. Yo sentí vergüenza, vergüenza de hombre, pero mientras Rolandi me estrechaba, lo olí.

En el vestuario charlamos de cualquier cosa; lo noté raro, como si todavía le durase el sabor a tutuca.

—¿Andás contento vos?

—Y claro, si ganamos.

—No, pero como más contento.

Rolandi chasqueó la lengua.

Lo vi irse con el paso más ancho; se dio vuelta y me saludó con un grito. Y eso que Rolandi no gritaba nunca, le tenía respeto al aire. Entonces caí: Rolandi estaba enamorado. (*Si vos sabés que todos sabemos, y yo un poco te quiero por eso*).

Sentí lástima y, arriba, ese alivio recóndito y vergonzante que nos producen las desgracias ajenas.



Días después, ya sin espíritu de burla, más bien con irritación de derechos del consumidor, la Reina insistió en el olor de Rolandi.

–Le voy a pedir a papá que me cambie de escuela –dijo.

Entonces pasó un aire que a los varones les recorrió, escalofriante, el espinazo. A las damas les desenroscó, efervescente, en el estómago, la víbora fresca del alivio y enseguida relumbró en sus ojos la esperanza sucesoria.

–Es cierto –comentó Isabel (la segunda), que también compartía el sector infecto–. Ustedes porque no lo aguantan, pero para nosotras... es realmente asqueroso.

Como si intuyese que aún debía esgrimir un perjuicio objetivo, agregó:

–En la prueba de matemáticas no nos dejó concentrar.



Esa semana el olor de Rolandi se convirtió en una cuestión de Estado. El lunes Isabel vino preparada. Cuando formamos para la bandera, con escondida jactancia de terrorista, me mostró el interior de su mochila. Un tubo atómico, o algo así.

–Desodorante de ambientes –me informó–: me lo compró mi mamá... dice que tengo derecho a respirar aire sano.



Con la disciplina relajada del caso, esperábamos en el aula a la maestra. De pronto, la Reina hizo una breve señal con la cabeza e Isabel desenrolló su rol.

–¡Ay! Cheeé –dijo–. No sienten un olor como feo?

–Sí –respondió alguien–, tipo fiambrería, ¿no?

–Sí, ¿no? –sumó por ahí algún otro cortesano.

–Bueno –dijo Isabel, en el tono de quien se arremanga (pero con algo de guión dramático)–. Yo traje esto.

Y sacó la enorme poronga insecticida. Todos la miraron sorprendidos; ella, con maneras sueltas, fs, roció un puntito (•) para ensayar. Roció otro poco, ya no un puntito, *fsfsfsfsfsfsfsfs* (–), y degustó sobre la raya invisible que se dispersaba en esencias de pino silvestre. Después roció cerca de la Reina, que asintió, como si aceptase el vino en nombre de la mesa. Isabel continuó por todo el aula. Todos celebraron

su extravagancia. De a poco, distraídamente, Isabel se acercó a Rolandi. Como quien sigue el vuelo casual de una mariposa, recayó la mira del vaporizador sobre Rolandi, y con un manejo profesional de la malicia se detuvo más de la cuenta.

Ronaldi tosió.

No quiero pensar. Todo pasó tan rápido. Pero es que la Reina me clavó sus ojos celestísimos y me dedicó una sonrisa cómplice y blanquísima. Era realmente hermosa, y yo, bueno... no tuve más remedio... Yo también sonreí. Ella giró y siguió con otra cosa, pero yo quedé cara a cara con Rolandi, con sus ojos que sabían que yo sabía. Entonces me acordé de la abuela, de su cuento, y me chupé para adentro las ganas de llorar... porque supe, justo en ese momento, que yo no era un héroe, y ya sabemos que pasa si uno no es un héroe.



A fin de año descubrimos que la Reina gustaba de un chico dos grados más arriba; todos sufrimos, pero sin dudas el más afectado fue Marco, quizá porque tenía mayores posibilidades. Marco, como todos, conocía cada gesto de la Reina. Tenía una boca muy activa: sonreía con elasticidad, se mordía el labio superior, sostenía la gomita mientras se juntaba el pelo, saboreaba chupetines cabezones y de los pirulines hacía pucherito y se llevaba con regular obsesión la punta de la birome a la boca. Marcos estudió la venganza y en el recreo reunió en el baño una junta masculina. Todo había sido urdido: éramos parte del plan, no sus cómplices. Marco puso su mejor cara de ladrón de joyas y sacó una birome: todos la reconocimos. El resto es previsible, salvo que Rolandi pasó por ahí, venía de mear y se acercó con curiosidad. La exposición de Marco tenía el doble propósito de deshonar a la Reina y mostrarnos su verga que, a falta de mejores noticias, consideraba grande. La sacó como si revelase la llave de algún camión de caudales; ahora ponía cara de mago de feria. Descorrió el prepucio y, con la parte de atrás de la birome se rodeó el alero del glande lentamente, arando unos cuantos miligramos de ricota.



La birome yacía sobre el pupitre monárquico con su pálpito escondido de bomba de tiempo. Era el centro de un tejido de miradas que rebotaban como láser por toda el aula. Rolandi entrecruzaba los dedos o apretaba el puño como si pulverizara piedras: me pareció que respiraba con dificultad. La voz de la maestra flotaba lejana. Micol se arreglaba nerviosamente el pelo, y era el único que se animaba a enviar el tic de una sonrisa telegráfica, y hasta guiñaba el ojo, como si no concibiese prescindir del contacto cómplice en la intensidad del momento. El gordo Fernández miraba demasiado a la Reina, sin disimulo, y Marco miraba al gordo con furia, no fuera a ser que cagara todo; pero el gordo estaba embobado, parecía esperar la escena porno de una película. La maestra acabó su discurso y se abocó al pizarrón. Alerta máxima. Significaba que había que copiar. La Reina estiró su manita inocente y empuñó la birome. Comenzó a dibujar las letras (distinguí el movimiento de una coma), bajó de renglón y, en un punto y aparte, como quien aprovecha la pausa para mojar el tintero, encaminó la inevitable birome hacia sus labios. Rolandi largó un manotazo violento y la birome rodó lejos. La rueda se trabó: la maestra detuvo su muñeca sobre una *f* y el tiempo se pinchó sobre nosotros como un gas asfixiante que todavía me aprieta la garganta; yo me abracé como si tuviera frío y me preparé a oír lo irremediable.

Negro sucio –gritó la Reina, y se paró con los puños cerrados–. Envidioso –agregó, y caminó hasta el frente–. Muerto de hambre –remató, y corrió llorando aula afuera.

Entonces, lo juro, cantó un gallo.





# Al otrocabo!

Relatos ganadores del Primer Concurso Iberoamericano de  
Cuento sobre Discriminación



# Venezuela

## Entre lo real y lo virtual

LUIS MANUEL CORREA-POWER

..—|—..

EN LA GRAN PLAZA CENTRAL DEL CUARTEL los soldados empiezan a llegar y los acomodadores –los reclutas más novatos– les indican sus puestos alrededor del cuadrilátero improvisado. También hay algunos sargentos, e incluso unos cuantos tenientes coroneles, que validan el combate con su presencia. Todos están emocionados, esperando que comience pronto la pelea.

*Recuerdo que era el inicio de junio. Por alguna razón, yo sentí de repente como si estuviera fuera del cuartel, como cuando estaba en el liceo y me la pasaba metido en una sala de juegos computarizados, pero en este caso, nosotros, los soldados, éramos los usuarios, y nos sentábamos en las sillas portátiles que habíamos traído para la pelea, las que por la sensación del momento me parecían pequeñas naves espaciales. Todos nos movíamos como si estuviéramos a punto de comenzar el juego y lleváramos esos anteojos diminutos que centran la atención y limitan la mirada.*

El entusiasmo con el que esperan el primer asalto los hace sonarse la coyuntura de los dedos incesantemente, hasta convertir ese ruido en la pista de fondo.

Al otrocbsl 87

MENTIÓN HONORÍFICA

*En la mañana, durante los ejercicios de rutina y calentamiento, William y Gustavo habían tenido varios roces. Gustavo siempre buscaba la manera de molestar a William. Usted sabe cómo es: uno siempre quiere ver hasta dónde el otro puede aguantar. Y bueno, ese día parece que William no estaba de buenas.*

—¿Se te perdió algo en las duchas y te quedaste ahí agachado recogiendo o encontraste algo interesante y no querías soltarlo?

*Eso fue lo primero que le dijo Gustavo tan pronto vio a William salir de las duchas. Todos nos reímos. Yo también. Y no era la primera vez que eso pasaba. Son las bromas que uno siempre echa aquí en el cuartel; bromas de soldados, entre hombres. Es lo que se espera de uno: buscar la manera de llevar todo al sexo. Uno aprende a hacer lo que se espera de uno, ¿verdad? Se vuelve hábito, y con todo el tiempo que uno pasa metido aquí solo... esa es una forma de descargar, me imagino, o quizás ya me he acostumbrado a eso, aunque sea a expensas de los otros. Lo mismo harían conmigo, si yo no... Y bueno, como William siempre era tan calladito... daba qué pensar. El no era así, que usted diga, amanerado, pero sí era como muy tranquilito. Además, más de uno dice que a él le gustaba ver a los otros soldados en las duchas... más de lo debido... ¿Me entiende? Los rumores comienzan y Gustavo es un echador de broma. Yo creo que él nunca pensó que llegaría hasta esto. Creo que nadie lo pensó.*

*Casi todo el cuartel estaba ahí, y los que no, ya habían participado en las apuestas de todas maneras, especialmente el coronel Reynas, que le tenía la vista puesta a William.*

—A ese mariconcito hay que sacarlo de aquí, lo que hace es desprestigiarnos a todos.

*Eso era lo que siempre decía el coronel Reynas. Yo creo que la mayoría de las apuestas, si no todas, estaban con Gustavo. En mi caso, yo pensaba que William le iba a ganar. William era realmente bueno en todo lo que hacía, y si había aceptado el reto era porque sabía que podía ganar; pero no me atreví a apostar a su favor... Cuando finalmente todo empezó, las apuestas se cerraron. Había dos sargentos encargados de recoger el*

*dinero. William y Gustavo comenzaron a moverse en círculo sin tocarse el uno al otro. En eso pasaron quizás unos segundos solamente, pero se lo juro que se sentía como si fueran horas. A cada segundo la tensión subía más y entonces todos empezamos a gritarles que si nos iban a dar una función de ballet.*

El frenesí y la frustración hacen que los soldados instintivamente muevan sus manos al frente cada cierto tiempo como si ellos mismos estuviesen peleando también.

*De repente, se lo juro, sentí como si el cuadrilátero fuera una plataforma transparente con cuerdas eléctricas.*

Los dormitorios de los cuarteles que rodean la plaza se transforman, al pasar por el éxtasis que inunda a los soldados, en anuncios de neón con propagandas cuyos colores y mensajes aumentan la adrenalina que se respira en el ambiente. Realidad y ficción se entrelazan en sus deseos. Un soldado se levanta de su puesto y con las manos al frente parece empujar por la espalda a los dos contendientes para que se acerquen e inicien de una vez por todas el combate.

*Gustavo se acercó más, como si alguien lo hubiera empujado. ¡Fue rarísimo! De repente pegó un traspié, pero sin tropezarse con nada, y cayó a los pies de William, que se le quedó mirando desde arriba. Yo creo que si William se hubiera caído a los pies de Gustavo, Gustavo lo hubiese agarrado a patadas ahí mismo, aprovechándose del momento. Pero William, dentro de todo, era muy buena persona, por eso no hizo nada.*

*Cuando Gustavo intentó levantarse, entonces alguien le gritó que si a él también le gustaban las duchas. Usted sabe, la idea era incomodarlo todavía más, a ver si por fin empezaba la pelea. En eso, Gustavo tomó por las piernas a William y lo tumbó al piso.*

Varios soldados estiran sus pulgares como si llevaran esos guantes llenos de pequeños cristales líquidos que en los juegos de video permiten manipular los movi-

mientos y la realidad de una manera más acertada. Al mover sus dedos, William y Gustavo quedan separados en el cuadrilátero, como si fuesen marionetas manejadas por la audiencia.

*Luego por arte de magia se separaron, y como la plataforma se sentía o se veía transparente, podíamos ver a los soldados que estaban en el otro lado moviendo los dedos como si jugaran con un Playstation o un Nintendo. Yo sentía que desde allá ellos nos podían ver también de este lado del cuadrilátero. Mientras tanto, Gustavo y William parecían flotar con pasos cortos y saltos hacia atrás y adelante. Pero de repente, Gustavo pegó una carrera hacia William y le lanzó una derecha que le dio en el pecho. William se la devolvió, dándole por la cara. Gustavo se tambaleó e intentó reaccionar, pero no podía encontrar a William, que parecía que daba vueltas y vueltas a su alrededor, aun cuando no se estaba moviendo. Cuando por fin la cabeza le paró de girar, o al menos así lucía, William le dio otra vez por la cara, y entonces Gustavo se cayó. Todos empezamos a gritarles cosas.*

—¡Ay, Gustavito!

—Te están dando hasta por el culo.

*Uno de los soldados a mi izquierda le gritó con toda su fuerza:*

—¡Tú como que eres el maricón!

*William no mostraba ningún gesto. Gustavo se volteó tratando de encontrar quién le había dicho eso, pero eran tantas las caras que no pudo averiguarlo. Las carcajadas eran tan fuertes que creo que Gustavo se levantó sin entender qué pasaba.*

*Una vez de pie, empezó a buscar otra vez a William, quien lo esperaba como si nada. Empezó a tirarle golpes, uno tras otro, pero sin ninguna puntería. Gustavo estaba empapado en sudor; William también estaba sudando, pero se veía más en control. En eso*

*William como que se cansó y decidió arremeter contra Gustavo dándole con una izquierda que lo estremeció de tal manera que lo tumbó en el piso. El pobre Gustavo trató de levantarse, pero no pudo. William le había dado con todo lo que tenía, como para demostrarle a él y a nosotros quién era el más fuerte.*

En los ojos de los soldados aparece el resultado final: 10 - 0. Malhumorados, empiezan entonces a levantarse e irse mientras se limpian el rostro como si se quitaran una máscara.

*Los sargentos nos dispersaron y mandaron a dos soldados a levantar a Gustavo y llevárselo a su cuarto. Felipe era uno de ellos. Recuerdo que se acercó al cuerpo inconsciente de Gustavo, y justo al agacharse para tomarlo por los brazos, mientras el otro soldado lo tomaba por las piernas, yo lo vi cuando se volteó, como buscando algo, y sus ojos se enfocaron con orgullo en William, su compañero de cuarto, que se estaba alejando. Estoy seguro de que Felipe hubiera querido también apostar por él.*

## ..— II —..

*Esa noche, después de la pelea, Felipe y William se fueron a un bar.*

*Antes de que se fueran, le pregunté a Felipe adónde iba y me dijo que a un bar que quedaba como a una hora del cuartel. Nunca me dijo la dirección. Me dijo que se cansaba de ir a los mismos sitios y encontrarse a la misma gente de siempre.*

—Estás tomándote una cerveza y cuando miras alrededor parece que no hubieses salido del cuartel. ¡Esa vaina no es un día libre!

*Y como William y él compartían el mismo cuarto, me imagino que por eso Felipe lo invitó. Además, era una forma de festejar su triunfo. No salieron juntos, pero yo los vi cuando se encontraron en la esquina. Felipe se llevaba muy bien con William. Él siempre decía que William era un tipo serio y eso era todo, que eso no quería decir que era... tú*

*sabes... de la acera de al frente. Lo que pasa es que él tampoco podía ponerse a defenderlo delante de los demás. Uno tiene que guardarse las espaldas aquí, sino uno pasa a formar parte del blanco también. Pero bueno, el caso es que a partir de esa noche que fueron al bar Felipe cambió con William. Yo no sé qué fue lo que pasó, pero algo tuvo que pasar, porque a partir de ese día Felipe incluso habló de buscar que lo cambiaran de cuarto y empezó a echarle bromas a William también.*

El ambiente está impregnado de realidad: humo, sudor y alcohol. Mujeres de vestidos cortos y maquillajes recargados rodean a hombres ebrios y ansiosos de sexo. Los mesoneros parecen multiplicarse mientras reparten cervezas, ginebras y tequilas.

—Aquella que ves allá, con el pelo que parece una paja, tiene unas tetas buenísimas, lo que pasa es que parece un pedazo de hielo. La tipa ni se mueve. Y aquella de la faldita de flores es toda menudita, parece que se te fuese a quebrar en los brazos. ¡Ah! Y aquella morena se ve bien buena, pero se cree la gran cosota.

—Bueno Felipe, ¿y entonces? Si ninguna sirve para nada, ¿para qué vienes aquí?; ¿hay alguna que valga la pena?, ¿alguna que sea tu preferida?

En ese instante, la *Lola* hace su entrada. Ella es la más alta del bar; más alta incluso que todos los clientes. Tiene una peluca rubia que le llega hasta la cintura y cuyo copete la hace lucir más alta. Tiene dobles pestañas postizas, haciendo que sus ojos puedan observar más que los demás. Ninguna de las mujeres en el bar mueve las caderas como la *Lola* lo hace. Con cada paso los silbidos se hacen más fuertes, hasta alcanzar la pequeña barra en donde se encuentran William y Felipe.

—Bueno, yo no diría mi preferida, pero esta es buena para que se te agache ahí al frente. ¿Me entiendes?

—Se mueve muy bien.

—Y también se le mueven otras cosas.

—¿A qué te refieres?

—Digamos que cuando quieres entrar en el pozo... te salta una culebra.

—¿Qué es lo que quieres decir?

—Lo que estás oyendo.

–¡Que esa mujer es...?

–Así mismo como lo ves. No le ves el tamañote, esa pelucota y esos zapatotes. Por eso te digo que es buena para lo otro.

–¿Pero... pero... y dónde se lo esconde? Mira como le queda esa malla, no se le ve nada.

–Yo no sé dónde lo esconde, pero si sé dónde le gusta esconderlo. Así que cuidado...

–¿Y tú cómo sabes?, ¿acaso te lo escondieron a ti?

–Tú sabes que yo no juego en ese partido.

–Si tú lo dices...

Las botellas de cerveza sirven de relojes que se llenan y vacían con líquidos que marcan el tiempo al desinhibir y exaltar los deseos que de otra manera se mantendrían ocultos. Sus sabores amargos, refrescantes y espumosos hacen el contacto más real entre Felipe y William, quienes se abrazan a cada rato y con cada trago. Sus manos se encuentran entre juegos de amigos que aceleran sus emociones cada vez que William coloca su mano en el hombro o la espalda de Felipe, o cada vez que Felipe reposa la suya sobre la pierna de William.

Los juegos de manos, miradas y deseos continúan sin percibir la presencia cercana de la *Lola*, que con sus enormes ojos hace rato los descubrió, y por eso los observa fijamente. Una carcajada varonil pasa de Felipe a William y le abre la puerta a la *Lola*, quien aprovecha el entusiasmo que manifiestan para acercárseles.

–¿Y cómo están los muchachos por aquí?, ¿estamos bien de tragos?

–Estábamos bien, pero ahora estamos mejores.

William responde mientras desliza su mano por las nalgas de la *Lola*, quien sorprendida por su rapidez, pero complacida por el gesto, se le acerca más. Felipe observa la mano que minutos antes lo empujaba, rozaba y bromeaba con él, tocando a la *Lola* por detrás. Sin explicárselo, una corriente de rabia empieza a recorrerle el cuerpo, mezclando lo que siente con lo que ve; mirando, por ende, la rabia, y sintiendo la piel de la *Lola* en las manos de William.

—¿Por qué no nos buscas unos dos traguitos especiales, así le das la oportunidad a mi amigo aquí para que conozca tus secretos?

—Creo que eso no va a hacer falta. Me parece que su mano ya ha encontrado la respuesta.

Una carcajada de complicidad pasa de la *Lola* a William, mientras la mano de William continúa sintiéndola, tanteándola y reconociéndola. Felipe no sabe cómo reaccionar, pero una onda de confusión lo lleva a erguirse y a estregarse las manos como si con ese gesto limpiase el calor que momentos antes emanaba del cuerpo de William.

La *Lola* se acerca a William aún más, haciendo que Felipe se levante y se dirija al baño sin que ellos se percaten. Camina velozmente sin querer voltear, pero justo cuando llega a la puerta del baño observa a la *Lola*, que llegó a la hora justa donde ya no hace falta el cortejo, llevándose de la mano a William hacia el segundo piso, donde el mundo se hace más tangible y sus participantes pueden disfrutar a plenitud de caricias, formas y texturas.

### ..— III —..

Horas de la madrugada. Ya en el cuartel los sensores se vuelven a encender. William entra en su dormitorio silenciosamente, para no despertar a Felipe, quien acostumbrado a simular respira profundamente como si durmiese en realidad desde hace dos horas y media. William se desviste y queda sólo en calzoncillos blancos; al frente: manchas de la humedad que lo acompañó durante toda la noche.

El ventilador da vueltas y vueltas, y mientras a William lo arrulla con su viento hasta dejarlo dormido con la sábana a sus pies, a Felipe se le mete adentro, moviéndole las ideas de un extremo al otro.

Los ronquidos de William comienzan, y así Felipe siente que puede girar lentamente, recorriendo con su mirada una curva que encuentra su meta y reposo en el cuerpo de William, dejando que la realidad de sus pensamientos se desprenda, alzando vuelo dentro de los límites de su cuerpo.

*¿Qué me pasa?; ¿qué hago compartiendo el cuarto con este maricón? Mañana mismo pido que me cambien. Eso es, con esa carita de yo no fui se te queda mirando cuando estás tomado para confundirte. Bien sabe que los tragos te aceleran y no sabes lo que haces.*

*¡Marico de mierda! Eso era lo que querías, que te la mirara así como me la mirabas tú a mí. ¿Creías que no me daba cuenta? Eso es lo que haces en las duchas, razón tenía Gustavo. Pero la próxima vez quien se va a quedar tirado en el piso eres tú. Con esos calzoncillos que quieres que te los quiten, te volteen y te la metan toda. Eso es lo que te gustaría que yo hiciera, ¿verdad huevón? Eso es lo que querías, por eso llegas y te acuestas así, sin taparte, para que yo te vea. Seguro estás despierto y esperando que yo me acerque para agarrarme la cabeza y ponerme a mamártela. ¡Coño, maldición, qué es esto que me pasa por la cabeza! ¡Esas malditas cervezas!*

*La puta de la Lola con su malla y sus caderas queriendo lucir como una mujer. ¿Operarte es lo que quieres? Bueno, la próxima vez que vaya yo te voy a hacer el favorcito. Me llevo la navaja y te la arranco de tajo. ¡Maricón de mierda! Todos esos que son como tú lo que quieren es confundirlo a uno, porque uno les ríe las gracias y es buena gente. Pero ésta es la última vez que voy a allá y te la dejo enterita.*

*Y en cuanto a ti... ¡Coño, tú sabías lo que era la Lola! Yo te dije para qué servía. Podríamos haberla disfrutado. Pero la preferiste a ella. ¿Qué carajo estoy diciendo? Claro que la prefieres a ella porque tú sí querías que ese marico te la escondiera a ti. No quiero que te me acerques más nunca. No quiero que en la mañana siquiera me dirijas la palabra, porque si lo haces te voy a dejar la cara morada de todos los golpes que te voy a dar contra la pared y luego te la voy a cortar a ti también para que nunca más te queden ganas.*

Felipe se estruja desesperadamente la cara y la cabeza, ahogando sus sollozos mientras las lágrimas le empapan el cuerpo y la cabeza le gira incesantemente, sin poder apagarla. En este mundo y en este momento, al no estar los otros soldados, no necesita de ningún otro dispositivo más que de la presión que le crece en el pecho hasta hacerlo tomar una posición fetal. La cama se agranda mientras las rodillas y

las manos tratan de volverse una sola extremidad alrededor de su cuerpo comprimido. Los músculos de sus brazos se tensan al someter con fuerza su cuerpo, como si intentara hundirse dentro de sí mismo para asfixiarse o encontrar respuestas.

Los segundos y minutos comienzan a acumularse y así desaparece la tensión de su cuerpo que paulatinamente va llenando de nuevo el colchón. Su mirada, ahora más calmada, pero todavía enrojecida, se enfoca en el techo. Desde esa postura, se ajusta la voluntad para imaginarse que se levanta, entrelaza y orienta sus movimientos dentro de una realidad en la que sí se permite ser y así pensarse en dirección a William.

Desde su cama Felipe se ve acercándose lentamente al William real, quien sigue dormido, mientras él, con todos los grados de libertad posible, navega por el cuarto sin temor a ser descubierto. Desde ahí lo observa con ternura, y sólo desde ahí se permite aproximársele y suavemente acariciarle el rostro con un dedo que termina reposando en sus labios. La emoción del contacto de la piel de William en sus dedos lo altera aún más, y entonces, para sentirse en un ambiente de inmersión mucho más real, decide utilizar su voz, ya que no se atreve a utilizar su cuerpo.

—¿Por qué?

Y como si hubiese activado un nuevo sistema, la frontera entre lo real y lo virtual se desvanece ante el estruendo sonoro de su duda, haciendo desaparecer su voluntad. Felipe, sobre el piso, encuentra su respuesta en el olor del cuerpo de William. Sin máscaras, anteojos o guantes lo olfatea de arriba a abajo, llenándose con cada aspiración húmeda y cálida de rabia, deseos y confusión.

#### ..— IV —..

*Yo creo que pasó como un mes después de aquella noche. La tensión entre Felipe y William seguía creciendo cada día.*

Y crece también cada noche cuando se levanta para inhalar, desde la protección de la distancia y del sueño, los sudores de William. Esos olores y vistas que, aunque

inquietantes, Felipe deja que se desborden en horas de la madrugada, cuando sólo él es testigo; pero en la realidad del día desearía que se cohibiesen y lo dejaran en paz. Al llegar la mañana, la experiencia queda latente en la memoria de sus sentidos, como si fuesen señales que traspasan de un mundo a otro y de una hora a otra.

Al salir de su dormitorio, las señales siguen en su cuerpo, en la memoria de su olfato, vista y mente. Señales que parecen tener vida por sí mismas y se muestran abiertamente, sin importarles que puedan ser percibidas por los otros soldados que lo rodean en la rutina del cuartel. Ante la luz diurna, esas señales se llenan de energía, como si fuesen seres vivos, plantas, que ante el sol se fortalecen, especialmente cuando al caminar por el cuartel sienten la proximidad de William.

Así es como una mañana, nuevamente de lejos, desde la protección de la distancia, Felipe ve en la cabina telefónica las botas de un soldado. Las señales se avivan en el olfato y la mente de Felipe, y la imagen de William parece abrazarlo mientras se dirige hacia él, de un modo desesperado, como si hubiese perdido la noción de dónde se encuentra. Si no es porque un grupo de soldados sale trotando a su paso, Felipe hubiese llegado a donde se encuentra William para arrancarle la bocina de las manos.

*Cada día Felipe se veía como transformado, como si no fuera él. Un día yo le vi salir de la sala de correspondencia y...*

Al ver un sobre crema satinado que tenía el nombre de la *Lola* como remitente y que iba dirigido a William, el corazón le late fuertemente y el aroma de pan fresco, que a veces William transpira por las noches, se le reaviva al pie de la nariz.

Así, día a día, señal tras señal, rabia y turbación siguen creciendo con cada nueva evidencia, llenándosele de furia el pecho, el pene y la mente.

*El primero de julio tempranito, cuando me levanté para el entrenamiento, vi a Felipe y a Gustavo hablando. Estaban tan ensimismados en lo que se contaban que ni siquiera me saludaron. Luego, cuando el entrenamiento terminó, ninguno de los dos se fue a su*

*cuarto. Yo fui a reunirme con el grupo encargado de arreglar las cosas para la parrilla: día de descanso, cervezas y hamburguesas para los que nos quedábamos en el cuartel. A Gustavo ya le había cicatrizado la herida de la pelea, pero todavía se le podía ver la huella que William le había dejado. Felipe hablaba con una intensidad increíble. Cuando me les acerqué, cambiaron inmediatamente de tema, pero logré escuchar que nombraban a William. Los saludé, seguí mi camino y los dejé conversando.*

—¿Tú crees que es posible? Me volteo y el huevón ese está ahí mirándome, haciéndose el pendejo.

—No entiendo cómo no te habías dado cuenta antes. Yo desde que lo vi la primera vez supe que esa mirada tímida y esas ganas de sobresalir en todo escondían algo.

—No, si hoy mismo vuelvo a hablar con el coronel Reynas para que me cambien. No quiero quedarme ni un solo día más en ese cuarto.

—Pero no creo que vaya a ser tan fácil que logres el cambio tan rápido.

—Si me tengo que quedar más días con ese maricón, yo no voy a ser el único que la va a pasar mal. Espero tener tu apoyo, mira que la pelea del otro día te dejó muy mal parado delante de todo el mundo. Yo sé que te agarró desprevenido. Además, el carajo es bueno cuando tiene público. Eso hay que reconocérselo.

—A él le gusta ser la diva del espectáculo.

—O la diva del culo, más bien.

Durante los siguientes días el volumen de las bromas, chistes e insultos contra William se hace más fuerte. Sonidos y movimientos repetitivos le hieren la cabeza, el cuello, los ojos, la espalda y los oídos. Los soldados usan las palabras como palancas de mando con las que lanzan tonos y gestos que insultan, golpean y empujan hasta debilitar al adversario, quien tiene que cargar con su papel sin saber cómo y cuándo lo seleccionaron.

*A mí me daba cosa realmente ver a William cuando se iba hacia su cuarto: era un concierto de silbidos y comentarios.*

–¡Ahí va la princesa del cuartel! -

–¿Otra vez a las duchas? Mijito, ¿cuántas veces te bañas?

–No, si él lo que va es a comer allá. A él no le gusta la comida del comedor, sino la de los vestuarios.

*Pero lo que más me sorprendía era cómo Felipe desde atrás los animaba a que siguieran metiéndose con él. Y si los otros no respondían, entonces él mismo lo acosaba.*

–Ven y cómete ésta. Aprovecha aquí delante de todo el mundo porque en la noche no te voy a dar nada.

*Yo creo que la cosa llegó a tal nivel durante esos días que William habló con uno de los coroneles, porque una de esas tardes el coronel Reynas se acercó al pelotón y nos dijo que los chistecitos sobre William habían llegado a los de arriba y que aunque él sabía que lo que ellos estaban haciendo era divertirse, había quejas al respecto.*

*Pero, como siempre, de ahí no pasó. Las bromas continuaron...*

## ... V ...

Las parrillas y las cajas de cerveza se instalan en el escenario y las gradas del cuartel. Cuerpos jóvenes y cubiertos con camisetas blancas de algodón transpiran tanto como ingieren. Las botellas de tequila, ginebra y vodka cubiertas con bolsas de papel salen de las botas, bolsillos y guardidas secretas para alegrar el día de unos... y amargar el de otros.

*Ese es uno de mis días favoritos. Lo único que hay que hacer es echarse afuera a comer, hablar y tomar. Algunos juegan cartas, otros, dominó, y otros simplemente se echan aire en las bolas. Yo estuve tentado a llevarle dos hamburguesas a William, que pasó la*

*mayor parte del tiempo en su cuarto. Creo que ese día ni se bañó. Me imagino que ir a las duchas sería en ese momento para él como ir a la guerra. La cosa ya no era como el día de la pelea. William no tenía amigos. Nadie se atrevía a acercársele. Yo ni siquiera me atrevía a saludarlo. Se corría el riesgo de quedar metido en el mismo saco que él.*

*¿Y Felipe? Bueno, Felipe estaba obsesionado, y encontró en Gustavo a su mejor aliado. Cada vez que podía sacar a William a relucir para joderlo, lo hacía. Es que me acuerdo y no puedo ni siquiera imaginar qué hubiera hecho yo si hubiera estado en su lugar. Hubo un momento en el que perdió la paciencia. Eran como las seis de la tarde ya. Felipe había tomado, pero todavía estaba sobrio. William había salido un momento a leer en las escaleras al frente de su cuarto. Felipe entonces aprovechó para lucirse delante de Gustavo y los demás.*

—Déjenme ir a buscar lo que te dije ahora en el cuarto, sin tener que estar preocupándome de que me estén mirando el culo.

*William se levantó de un salto y agarró a Felipe por la camiseta, que creo que ni se esperaba esa reacción, y cuando Felipe le iba a soltar un golpe, el coronel Reynas salió de uno de los depósitos. Felipe se las ideó para hacer creer a Reynas que era un juego. Yo estoy seguro que Reynas no se lo creyó, pero tampoco hizo nada. Ni preguntas, ni respuestas, ni lo uno ni lo otro, sino todo lo contrario. Esa es la política del cuartel.*

William entra en su cuarto cuando el coronel Reynas comienza a hablar con los otros soldados. El juego se inicia una vez más: los coroneles y generales se posicionan con una mayor capacidad de movimiento y navegación, ya que no hay cables que les entorpezcan la interacción. Tienen la posibilidad de moverse sin necesidad de estar midiendo la longitud de sus conexiones. Tienen el poder de transformar con sus movimientos la realidad en la que se encuentran, pero la inercia es más fuerte y pierden de vista su campo de trabajo constantemente.

## ..— VI —..

William entra en su cuarto, dejando la celebración para los demás. A él, aquí, no le hacen falta efectos especiales para mirar, hablar, escuchar y moverse. Sus ojos, sus manos y sus sentimientos son suficientes: un espacio a solas que hace juego con lo que lleva por dentro.

*Lola, no importa dónde me meta, adonde quiera que vaya me encuentran. No importa cuán fuerte sea y cómo parezca, siempre hay alguien que me encuentra. Ahora es Felipe. Y coño, ¡nos llevábamos tan bien! Después de la forma como hablamos y los chistes que nos echamos cuando te conocí. Yo pensaba que él entendería. ¿Por qué entonces todo este odio ahora? Me mira con desprecio. Nada más entra en el cuarto cuando estoy dormido. Y yo sé que quiere decirme algo cuando lo siento ahí desde su cama observándome, sin saber que yo sé que me está mirando.*

*Una noche me voltee hacia él, y de un salto se volvió hacia la pared. Yo sé que no estaba dormido. Y el otro día, me atrevería a asegurar que lo oí llorando. Pero no me atrevo a preguntarle nada más. Si se pone a gritar y viene alguien y... Y si mis padres se enteran, y si saben que estoy saliendo contigo. Me imagino la cara de mi papá. Yo quiero ser el mejor soldado de esta vaina y llegar a ser general. Yo soy bueno en esto. Yo sé que ellos lo saben, pero no se atreven a aceptarlo. Pero yo voy a seguir. Ellos quieren sacarme, pero no lo van a lograr. Yo sé que Reynas trató de hacerme hablar el otro día. Él sabe que no puede preguntarme directamente, pero si yo le digo es distinto. Él cree que yo soy estúpido. Aunque no tenga a nadie con quién hablar aquí adentro, de aquí no me van a sacar. Esperaré cuando visite a mi familia, o mejor aún, cuando te vea a ti, mi Lola, con quien puedo desahogarme completamente. Pero aquí sigo, por ti y por mí.*

## ..— VII —..

Afuera el mundo también se ha hecho más real. Mientras los dispositivos virtuales van desapareciendo día a día, el cuartel va tomando ahora sus verdaderos colores:

paredes grises y blancas, uniformes verdosos y el sonido de escupitajos constantes que caen en un terreno de cemento y tierra.

Es la hora del gatopardo. Felipe y Gustavo están conversando, como si armaran un juego, en el momento en que Nelson se despide.

*Me acuerdo que eran como las nueve y entonces me les acerqué.*

–Bueno, los voy a dejar. ¿Ustedes se van a quedar aquí? Los fuegos artificiales se ven mejor desde la explanada.

–Nosotros nos acercamos en un rato. Gustavo y yo nos terminamos esta botellita y vamos para allá.

–¡Cuidado, que nos dijeron que cerveza solamente!

–Los coroneles también tienen su botellita escondida.

–Pero ellos son coroneles.

–Y nosotros somos soldados y nos entendemos con ellos. Ellos lo saben todo, lo que pasa es que se hacen los locos. ¿No es verdad, Gustavo?

–Así es.

–Bueno, los espero entonces.

–Vaya con Dios, que nosotros nos quedamos aquí con el diablo.

Nelson se aleja al oír las últimas palabras de Felipe, quien observa intermitentemente a William leyendo a lo lejos, en las escaleras. Unos minutos más tarde William se levanta nuevamente hacia su cuarto. Felipe se voltea hacia Gustavo.

–Ha pasado todo el día entrando y saliendo de ese cuarto. Me imagino que el mariquito ese también se va a ver los fuegos artificiales.

–No, a él no le gustan esos bullicios. A él le gusta leer.

–No, quién te dijo, si los fuegos artificiales lo hacen sentirse como la reina del carnaval.

–Me gustaría verlo en su carroza cuando le explote uno en la cara.

–No se te olvida lo de la pelea, ¿verdad?

- Ya te dije que eso no se queda así.
- Deberías aprovechar esta noche que no hay casi nadie para darle lo suyo.
- Esa es una buena idea. ¿Qué se te ocurre que hagamos? Lo agarramos entre los dos.
- No, tú eres el que tienes que hacerle ver que lo de aquel día fue pura suerte. Yo me encargo de decirle a los demás que lo hiciste trizas.

Pasan las horas mientras Felipe y Gustavo navegan por la noche en espera del momento perfecto. Los ojos del cuartel se dirigen al cielo, volteando la mirada, mientras ellos vigilan impacientemente la puerta del cuarto de William: silenciosos, escondidos como felinos, esperando los cañones de la celebración que anunciarán la partida.

Después de una enorme pausa que carga el ambiente, Gustavo se detiene frente a la puerta del cuarto y visualiza la imagen de William dormido sobre su cama. Esa imagen interna se refleja en sus ojos encolerizados, eliminando así cualquier duda: su objetivo está claro y su posición es la correcta. No hay temor a equivocarse.

Cascadas de luces estallan en el cielo y en los tímpanos de los soldados en la explanada. Gustavo se yergue al levantar de un salto la barra metálica que lo impulsa por los aires para entrar veloz y violentamente en el cuarto de William.

William se despierta. Pólvora de colores pinta las nubes y el cielo mientras la barra se le incrusta en la piel de un solo golpe, pintando las paredes de su cuarto de rojo vivo.

Afuera: luciérnagas multicolores estallan en el horizonte, multiplicándose por los aires; adentro: el metal de la barra parece ablandarle los huesos.

Cohetes de colas estrelladas en verde, dorado y violeta dejan boquiabiertos a los batallones de la explanada mientras los ojos vidriosos de William apenas pueden mirar a su agresor.

Un estallido final de cólera se desborda del cuerpo de Gustavo y atraviesa lo que resta de la mirada de William.

## ..— VIII —..

*Nadie escuchó nada esa noche. Todo el mundo estaba en la explanada. Pero me pregunto: ¿dónde estábamos las otras noches?, porque por meses nadie quiso escuchar nada tampoco.*

*Yo no sé qué pensar. Sólo sé que lo vi antes de que lo sacaran y le juro que ese no era William. Era una masa roja deforme y llena de moretones. Parece que lo hubieran golpeado durante la media hora que duraron los fuegos. Si no, cómo se explica que quedara así.*

*Veintiún años solamente. Dos años menos que yo. Y lo peor es que seguimos sin escuchar. Yo no sé si vaya a seguir aquí. Yo no quiero imaginarme ver a mi familia venir para recoger mis cosas como yo vi a los padres de William. Se le partía a uno el corazón, pero uno tiene que hacerse el duro. Si no, le pasa a uno como a Alexis ahora, a quien vieron limpiándose las lágrimas el día que se llevaron a William.*

Los monitores del cuartel se encienden. Alexis camina rápidamente mientras pasa por uno de los corredores que conducen a su dormitorio. Tres soldados vienen hacia él y, sin verlo, justo cuando le pasan por el lado, uno de ellos comenta:

—A éste también habrá que darle con la barrita para que se le quite la mariquera.

Risas reales dentro de un mundo de simulaciones se alejan, mientras Alexis, Fabián, Carlos, Richard, Marcos, Julio y... apresuran el paso hacia sus dormitorios para llegar a la protección de la armadura de sus mantas. Cuando todos están acostados —y las luces se apagan y la penumbra se acostumbra— sólo se ven sus ojos brillantes, húmedos y atentos, evitando cerrarse durante el transcurrir de la noche.





# Al otrocabo!

Relatos ganadores del Primer Concurso Iberoamericano de  
Cuento sobre Discriminación



Gloria Magdalena Vargas Limón

# Argentina

## La maga

CLAUDIA MARÍA GABRIELA HASANBEGOVIC

NACÍ EN UN PAÍS DE MALTRATADOS Y MALTRATADORES.

Hija de un sobreviviente de la Segunda Guerra Mundial, supe un día de la muerte de cinco sacerdotes de mi congregación religiosa. Los militares los habían asesinado mientras dormían porque en sus sermones condenaban la violencia. Eran tiempos de terrorismo de Estado. Luego supe, casi sin darme cuenta, que había *madres* muy valientes, que abiertamente les pedían a los militares por sus hijos e hijas. La dictadura las trató de “locas”, pues pedían por hijos que no aparecían. Ellas se instalaron en mi crecimiento, así nomás, como ir a la escuela o saber que los milicos eran peligrosos y violentos. Después llegó la guerra y comencé a escribir cartas a esos soldados de 18 años que fueron enviados durante su servicio militar obligatorio a unas islas en el sur, donde el frío les gangrenaba los pies y sus fusiles se atascaban. Recuerdo muy bien cómo alguien, que nunca se supo bien quién fue, se fugó con todo el dinero de la “Colecta patriótica”, a la que cada uno de los ciudadanos y ciudadanas de mi país había contribuido para ayudar a los conscriptos en el frente de batalla. No entendía bien entonces. Mi mamá me despertó un día llorando: “perdimos la guerra”. Tampoco pude entender después. Hasta ayer los militares y sus noticieros decían que estábamos ganando la guerra por la recuperación de las Islas Malvinas. Con la derrota y las *madres* nuevos aires trajeron la palabra “democracia”. Comencé a asistir a las charlas de viejos candidatos políticos. Todos habla-

Al otrocbsl 101

MENTIÓN HONORÍFICA

ban de sus exilios forzados durante los años más duros de la dictadura, pero, en realidad, ninguno de ellos fue tan valiente como las madres. Ahora las *madres* les hacían prometer a los candidatos que averiguarían qué les había ocurrido a sus hijos. El mismo día de la *Declaración Internacional de Derechos Humanos* asumió su cargo el primer presidente desde el golpe militar. Se inició la investigación. Empecé la facultad. Comenzó el juicio a los militares. Yo cursaba derechos humanos, en la cátedra de uno de los pocos obispos católicos que enfrentó a los militares en defensa de la gente. No se permitió transmitir el juicio por televisión con sonido; entonces compré los diarios del juicio todos los días, asistía a clases cada semana. Tenía solamente 19 años, y grité sobresaltada pidiendo que no siguiera el relato aquel profesor.

—¡Los desaparecidos bien desaparecidos están porque eran todos subversivos!  
—dijo el estudiante-policía.

—¡Subversivos? —contestó el profesor, y prosiguió—: ¡Usted puede decirme que una niña de nueve años a quien le pusieron un ratón en la vagina era una subversiva? ¡Acaso era una amenaza para los militares? ¡Es que usted puede decir que esa niña tenía una bomba consigo?

—¡Basta! ¡No siga! ¡No puedo seguir escuchando! —interrumpí yo, horrorizada, aquella batalla de discursos y espanto.

—¡No señorita! —me contestó el profesor—. ¡Hay que seguir repitiéndolo hasta el hartazgo para que esto *no pase nunca más!*

Yo le creí. Como tantos otros jóvenes y no tan jóvenes seguí de cerca la trayectoria de las *madres*, a quienes empezaba a sentir un poquito mis madres también. Fui a las marchas que ellas convocaban, a donde participaba mucha ciudadanía, inclusive aquellas personas que jamás irían a las marchas de algún partido político. Llegó la sentencia. Se investigó, se juntaron pruebas, se escucharon testimonios de más de 800 sobrevivientes y aun de soldados o miembros de las fuerzas de seguridad que habían participado en la represión. Se llegó a un veredicto: *culpables*. Toda la sociedad, desde entonces, sabe los horrores y atrocidades que hicieron los militares con los ciudadanos y ciudadanas en mi país. Se conocen los más de 300 campos

de exterminio que instauraron, se saben las torturas cometidas, tienen nombre las personas desaparecidas y también tienen nombre sus asesinos. ¿Los cuerpos? Los cuerpos jamás aparecieron, salvo mínimas excepciones. Se los sigue buscando.

La gente festejaba en las calles cada 10 de diciembre el retorno a la democracia y confirmaba su decisión de *nunca más*. Los cantantes populares, otrora perseguidos, llenaban los estadios naturales, plazas y avenidas, y la gente iba en forma gratuita a corear con ellos. Cada canción era un canto a la vida y un homenaje a los caídos. Una generación completa, una generación de idealistas adolescentes en muchos casos, una generación que proyectaba una sociedad mejor, más solidaria y más humana, mujeres y hombres con coraje suficiente para arriesgar la vida por sus sueños. ¡Treinta mil personas desaparecidas son muchas vidas! El 60% de ellos tenía entre 16 y 25 años. Yo tenía 11 años cuando aquello empezó, razón por la cual creo yo que me salvé. Crecí sintiendo que me había salvado raspando. Mis sacerdotes asesinados, mi pediatra y su esposa asesinados por tener una hija marxista. Un vecino en cada manzana de mi barrio desaparecido o desaparecida. La líder comunitaria que me llevó, junto a los niños y niñas del barrio a celebrar el *Día del niño* y que repetía desde un megáfono que “en la República de Perón los únicos privilegiados son los niños”, también fue secuestrada y desaparecida. Como mucha otra gente no sólo adentro, sino también en el mundo entero, creí que la tortura y la muerte en mi país tenían un espacio temporal concreto: *el proceso* entre 1976 y 1983; y también nombre y apellido: los milicos, fuerzas armadas y de seguridad; los obispos, médicos, periodistas y jueces comprometidos con ellos. Me equivoqué. Pronto los militares comenzaron a amenazar con hacer nuevos golpes de Estado, y aunque todo el pueblo salió a apoyar al presidente electo, éste se asustó. Cedió en uno de los pilares fundamentales de la democracia: la justicia. Encausó leyes para dejar impunes a torturadores y oficiales varios. Las llamó *Leyes de punto final y de obediencia debida*. Los militares ganaron. Aun cuando se transformaron en aquello que perseguían, *subversivos*, pues subvirtieron el orden constitucional vigente y se armaron contra las autoridades elegidas de la República, aun así no fueron ni torturados, ni desaparecidos, y la inmensa mayoría de ellos está hoy en libertad.

Las *madres* se enojaron e impulsaron los juicios populares a los genocidas. Cruzar la Plaza de Mayo cada día era un experiencia entre teatral y dramática, ya que se teatralizaban el juzgamiento y el encarcelamiento, que en la *realidad* las leyes de impunidad impidieron. Ellas continuaron con sus rondas y sus protestas, y la gente también se enojó. Entonces, los poderosos grupos económicos, a quienes protegieron los milicos, nos golpearon con la hiperinflación. Caos y conmoción total. El fin del mundo llegaría a la mañana siguiente. La gente comenzó a robar en los supermercados para comer. Vecinos contra vecinos. Y los vecinos se juntaron para protegerse de los otros vecinos que iban a robarles, y pasó la policía, y recogió a 14 vecinos que vigilaban sus intereses, desprotegidos porque la policía no vigilaba. Cuatro de ellos tenían entre 14 y 16 años, todos fueron torturados y uno violado. Los torturó la policía. Habían pasado ya seis años en democracia.

Yo nací y crecí en un país surrealista. No hace falta imaginación para escribir novelas latinoamericanas. Alcanza con describir una realidad que por arte de magia, o fuerza de los sobrevivientes, aún no ha producido una psicosis colectiva. La tortura en mi país no llegó con los militares ni se terminó con la democracia. Y eso me da vergüenza y náuseas. Los milicos no son más la única explicación. Mi sociedad, mi Estado, cría hombres y hasta algunas mujeres que torturan. Pero esta sociedad también dio madres, abuelas, hijos e hijas. Esta sociedad también produjo a los poetas del amor y la justicia, y jóvenes que eran felices trabajando por el prójimo. Pero ya sabemos que Caín mató a Abel y que a ambos los criaron los mismos padres. Y como les decía, tuvimos la hiperinflación: 2,000 % anual de incremento en el costo de la vida... y de todo. Abril, mayo y junio fueron los picos más altos. Como por arte de magia un día se acalló el huracán y asumió el cargo otro presidente. Éste se parecía más a Caín que a Abel, y al poco tiempo empezó a mostrar sus uñas ante estudiantes en huelga: “Si no quieren que haya más *madres* dando vueltas a la plaza, hagan que esos chicos vuelvan a sus casas”. ¿Apología de la desaparición forzada de personas expresada por el jefe de Estado, por el presidente electo? ¡Y los europeos dicen que en mi país hay democracia!

Hace unos años los exiliados empezaron a retornar y poblar las calles, tratando de reconocer asfaltos y bares, teatros y librerías. Los torturadores, desempleados también, como las personas forzadas al exilio, deambulaban por las mismas calles. Buscaban trabajo. Allí se encontraron, uno tras otro. ¿Cuántos fueron?, ¿quién sabe? los verdugos y sus víctimas. El poeta<sup>1</sup> a quien le torturaron, mataron y desaparecieron a su hijo, y quien lo hizo, se encontraron allí, en la misma librería: los dos se reconocieron. Los tiempos habían cambiado, y el torturador ya no tenía orden de matar al poeta. Pero el poeta, padre y abuelo, no tenía la paz de la justicia, ni el paradero de su nieto o nieta. Dejó su querido país, al país que le escribía poemas desde hacía más de 40 años. En ese país, mi país, no podía vivir con tanto torturador suelto por la calle.

El surrealismo sigue, y hay comunicadores de miedos... Oh, perdón, quise decir *medios*, que hacen fortuna con el surrealismo. Uno muy famoso y católico invitó a su programa a un conocido torturador. Ex jefe de policía, culpable de 90 torturas, 25 asesinatos y beneficiado con la *Ley de obediencia debida*. El periodista invitó a una de sus víctimas, a un sobreviviente, a un conocido diputado socialista. Al aire, en vivo, el periodista le preguntó al torturador si él había torturado al diputado. “No, jamás hice algo así”. El diputado lloró. Lloró de impotencia. Todo su cuerpo recordaba la violencia y el abuso de poder de ese hombre. El comunicador social y el torturador lograron reírse de la justicia de una democracia que quiso ser y no pudo. Cuando el ex policía dejó el canal de televisión, un grupo de gente –¿sobrevivientes?, ¿familiares?, ¿ciudadanos y ciudadanas?, ¿quién puede saberlo?– le dio una golpiza. ¿Qué democracia es esta en la que los asesinos están sueltos, y encima se ríen en la cara de sus víctimas y de toda la sociedad? Y sigue... y sigue... ¿Quién en el mundo puede honestamente creer que se puede alcanzar una verdadera democracia sin justicia, con impunidad y con 9,000 torturadores sueltos entre sus víctimas?

<sup>1</sup> Me refiero aquí a Juan Gelman [nota de la autora].

Cuando en Europa me dicen que es preciso perdonar y olvidar lo que hizo el vecino dictador Pinochet, porque hay que pacificar y consolidar la democracia, les preguntó por qué no aplicaron esa fórmula con los nazis. “No fue lo mismo: la cantidad de víctimas –dicen– marca la diferencia”.

Un año antes del viaje, en una audiencia por el cobro de un cheque, un abogado me confundió. Una semana más tarde, me irritó aún más. Me había iniciado una querrela criminal diciendo que, porque yo patrocinaba a mi cliente, era “cómplice” de un supuesto delito de “usura”. ¿Qué lógica era esa? Tiempo después supe que aquel abogado era en realidad el teniente Garza, cruento represor. Torturador de abogadas jóvenes que enseñaba a capitanes de la marina a arrojar *desaparecidas* vivas en las aguas del Atlántico. Y volví a sentir que me salvé raspando... Al menos en *democracia* lo único que desapareció fue el expediente, y yo me salvé.

Tomé un avión y viajé. Crucé el océano, como 20 años atrás tantos otros intelectuales argentinos lo cruzaron para refugiarse de la represión en Europa, como 50 años atrás mis ancestros lo cruzaron hacia la Argentina buscando paz, después de la guerra, y otros 30 años antes mis otros ancestros lo cruzaron escapando de la pobreza y la persecución. ¿Y yo? ¿Acaso no me estaba refugiando yo también de la violencia? En el umbral del nuevo milenio llegaba a las puertas del primer mundo, llena de esperanzas y creyendo que había un lugar para mí.



–Me harté de teñirme el pelo. Dejaré de ser *la rubia* y pasaré a tener mi propio color. Está decidido.

Esa noche descubrí que los holandeses les dicen piropos a las mujeres de pelo negro, no a las rubias. Calor y humedad por todas partes. Finalmente un día de verano en este pseudoverano europeo. La noche invitaba a vivirla y recorrerla bajo un cielo que se negaba a oscurecer y estrellas que empezaban a convocar a enamorados. Salimos sin rumbo fijo y elegimos al azar un pequeño rectángulo alargado. Un bar, dos mesas, cuatro sillas. Muchos hombres, una sola mujer. Entramos a Happy Notes y allí un grupo de jóvenes bailaba alegremente. Dos de ellos bailaron

con nosotras, y el más atractivo me invitó a beber una cerveza. Se alegró al saber mi origen.

—Así que naciste en ese país. ¡Qué bien!

—¿Por qué?

—Mi amigo y yo queremos empezar el nuevo milenio en tu ciudad. ¡Es tan exótica!

Él me habló español y... cuando quise dejarlo continuó insistiendo en que me quedara con él. A medida que aumentaban sus preguntas yo veía a mis amigos reclamando mi presencia. Firmemente le dije “no”. Intercambiamos correos electrónicos y allí quedó nuestro encuentro.

Pensé que nunca más lo vería.



La semana sigue. La vida sigue. Mis deseos de amar y ser amada jamás me abandonaron y ahora tengo tiempo y energía para dedicarme a ellos. Como si los hombres lo supieran, lo olieran o lo intuyeran, en esa semana tres holandeses se acercaron a mí. Entre cenas y candelabros hablamos en inglés mal articulado de nuestras vidas y proyectos. De alguno creí estar enamorada. Otro fue un hermoso amigo. El tercero fue el primero que conocí. Quien menos me gustaba, quien me parecía más formal y frío, ese mismo fue con quien me quedé.

—¿Qué te pasa Nina? ¡Qué impulsiva eres!

—Ya pasaron dos meses desde que comenzamos a salir y aún no me besas. ¿Te parece que soy impulsiva por el beso que te di?

De todas formas tuve que esperar una semana más para poder hacer el amor con Julio y adaptarme a su estilo de citarse por agenda para hacer el amor: martes, a las 18 horas.

Cuando empezamos, no pudimos dejar de hacerlo. Cada día que siguió al primer día lo hicimos una y otra vez.

Dos de mis seis mudanzas en ese año matizaron nuestra relación. Empecé mi trabajo de cuidadora de una gata. Mimosa, dulce, cariñosa, exigente, deliciosa, filosa, hambrienta de atención y caricias, Mickey fue una ráfaga de aire fresco en esos

días. Con ella compartíamos la cama, el jardín y la reposera donde tomábamos el sol. Julio venía a visitarnos a las dos y también me invitaba a su casa, donde las horas pasaban enredadas en las sábanas, mojadas en nuestros jugos y sudores, y... cuando el placer era ya insoportable, cuando tantos orgasmos no cabían en la resistencia de los cuerpos... Te amo, te odio, dame más. Y dame más, y más y...

–Dame otra cerveza. ¿Sí?, de medio litro.

–Pero ya tomaste dos de medio litro.

–Yo puedo tomar más y no me hace nada.

Esa noche conocí a sus amigos. La Holy estaba conmigo. Cansancio. Mal ambiente. No sé. En el Happy Notes estaban todos ellos y sus novias, apenas preguntando mi nombre. Holy habló de sus investigaciones sobre aborto: Julio contó los abortos que provocó. Me impresioné y exclamé: “¡Yo lo sabía!, ¡yo vi eso en las cartas!”

Julio se asombró, y decidió que debíamos irnos a otro lugar.

Seguimos las bicicletas que desaparecían en una galería de arte. Al final del pasaje una puerta abría con contraseñas el acceso al *pub* clandestino. Allí encontré a Maurits. Hacía dos días me había pedido que me decidiera por alguno de los dos. Nuestras miradas dijeron todo. Pero mis ojos también pedían auxilio. Julio estalló en celos por nada. Por mi vestido, dijo. Un volcán hizo temblar el empedrado.

–Tengo que ir al supermercado.

–Te llevo. Quiero pagarte la cuenta y cargarte las bolsas.

–No hace falta.

–Por favor, permíteme hacerlo. Te quiero ayudar. ¿Por qué eres tan independiente? Ah... no hagas llamadas al extranjero desde tu teléfono; usa mi teléfono, que la compañía paga. ¿Quieres mudarte a mi casa, así dejas de tener que mudarte cada 15 días? Quiero ayudarte. ¿Te casarías conmigo? Eso te permitiría trabajar aquí.

¿Qué clase de compañía es esta que le da tantos beneficios a un ayudante de contador? Un Alfa Romeo último modelo, viajes pagados al exterior y llamadas telefónicas al extranjero. “Lo descuentan de impuestos”, me decía Julio. ¿Qué clase de propuesta de matrimonio era esta, que ni siquiera nos habíamos besado y ya quería unir su vida a la mía? “Cuando la limosna es grande hasta el ciego desconfía”,

decían en mi pueblo. Yo, desconfié. Empecé a echar las cartas del tarot español: “Traición. Viajes. Muchos hombres a su alrededor. Sexo con una mujer rubia. Drogas. Más vi-cios. Traición”. ¡Yo no aparezco! ¡Cómo puede ser? ¡Estoy con él todos los días y yo no aparezco? Las cartas siguieron indicando todo esto, una y otra vez. Él seguía saliendo antes de su trabajo para llegar a la casa de la gata a mirar *Super Cow*, el dibujito animado para niños. ¡Que extraño es este hombre!

El verano comenzó a parecer más verano. Los días, largos, se volvieron calurosos, y la playa era una tentación para la piel, la vista y el arte. Allí siguieron nuestros encuentros con sus amigos y amigas.

*Querida amiga. Te diré que en este acto de escribirte está concentrada toda mi resistencia. Estoy con mi novio y amigos suyos, que son muy peculiares. No me dirigen la palabra. Todos hablan inglés, pero delante de mí sólo hablan su lengua. Estamos en una playa, es decir, el grupo y yo como un bolso más sobre la arena. No vayas a creer que todo es terrible. En general Julio es muy romántico y caballero. El mar está tranquilo como una piscina. Un velero blanco atraviesa el reflejo del sol en el agua. Faltan... el mate, los vendedores ambulantes, los conitos con dulce de leche, los churros. Nadie está buscando almejas para poner algo en el estómago de vacaciones sin un centavo. Luego de escribirte lo anterior escuché como mi “bien amado” está contándole al grupo la forma en que yo hago el amor. Mi holandés es muy rudimentario pero al menos entendí esa parte; entonces lo interrumpí y le prohibí que siguiera faltándome al respeto. Me dijo que eso era normal allá y que el problema era que yo soy inmigrante y no sé nada de vivir en su país.*

*Me defendí como pude, y pregunté a cada una de las chicas y a los chicos allí reunidos sobre su forma de expresar orgasmos, lo cual lo puso muy incómodo y quiso que nos fuéramos. Pero no accedí, tuvo que esperar dos horas más hasta que todas las mujeres allí reunidas concluyeron sus historias sexuales.*

*Terminé la relación muy enojada. En la casa de la gata lloré. Me sentía sin raíces y frágil. Ese hombre me lastimó.*

*Al día siguiente vino a verme. Lloró y articuló arrepentimientos y de rodillas me dio un poema, flores y promesas...*



Le prometí a Holy llevar a su amiga a pasear. Una mujer chaparrita, morenita, con mirada enigmática, desbordando vida. Vino a una conferencia de mujeres, socióloga de profesión; sin embargo ahora hablaba de magia, de energía y símbolos, de vidas pasadas, de relajación y ejercicios de yoga, chacras energéticas, energía contrita, karmas como cáscaras de cebolla que se desprenden para liberar nuestro potencial. En fin, ahora su pasión era la holografía.

—¿Por qué ustedes son tan arrogantes? —espetó la mexicana en la primera ocasión que tuvo.

—¿Sabes qué ocurre? Las clases sociales existen en mi país, y lamentablemente los que quieren ser lo que no son suelen ser quienes más viajan. Por eso los extranjeros se llevan la impresión de que todos mis compatriotas y yo misma somos como aquéllos. Pero esa gente arrogante *afuera* lo es también *adentro*.

De repente, sus ojos arrojaron una chispa y exclamó:

—Eres la primera mujer de ese país que me cae bien.

Luego de varias cervezas y paseos por las curvas de la ciudad medieval llegamos a la casa. Comenzamos a charlar largamente sobre nuestras vidas. Por la mañana, la maga se reía. Con cada historia de amor desencontrado confirmaba su idea de que yo tomaba el amor por deporte. Inútil fue que le insistiera que no lo hacía por placer, sino por azares de la vida. Ni siete terapias psicoanalíticas habían logrado cambiar dicha situación. Me pidió que yo le leyera las cartas españolas. Me ofreció hacerme una sesión con la ciencia del siglo XXI. “Trueque”, dijo.

*Primera sesión. Regreso al año 1725. Estoy en Holanda, tengo 18 años y soy varón. Estoy casado y a punto de heredar. Hay una lucha de poder. Muchos esclavos y príncipes complotados. Los veo a ellos, los novios y pretendientes que tuve en estos últimos años. Todos ellos fueron desfilando por los papeles, los símbolos, la energía y mi mente. Todos ellos me traicionaron y ahora habíamos reencarnado juntos.*

—Lea, ¿seguís opinando que lo mío es deporte?

—Ya no Nina... lo tuyo es karmático —contestó.

A partir de esa revelación, mis apacibles días trocaron en una vibración constante, orgasmo de magia, miedo y ansiedad. Y de terror a lo desconocido, al abandono, a la no protección, y todo y nada, y uno solo y todo a la vez. Ya no sabía si era de día o de noche, si estaba despierta o dormida, si era un sueño, si era verdad o mentira. Todo era simplemente... magia. Los descubrimientos empezaron a ser realidades concretas. El vértigo me mojó de pronto.



Julio nos invitó a cenar. Desde hacía una semana él estaba muy nervioso. A pesar de su aparente escepticismo manifestó un llamativo interés por las ciencias ocultas. Siempre estaba tratando de probar si yo efectivamente podía ver lo que otros ocultaban.

La cena fue extraña. Julio nos contó sus próximas vacaciones a Guatemala. Él que es tan bebedor casi no bebió. Él, que hacía apenas tres días había comentado en público nuestra intimidad, se ruborizaba cuando le decía que sus ojos eran del color del mar que veíamos por la ventana del restaurante. Durante toda esa velada nos mostró sus habilidades para hablar nuestro idioma y ser el *perfecto caballero*.

Como en una tela de araña me encontraba maniobrando mis miedos y mis deseos, negando evidencias de que ese hombre, frío e inexpresivo, era en potencia un misógino violento. Alguien que despreciaba a las mujeres.

La tarde celeste y amarilla se cubrió de violeta y un chaparrón nos impulsó a dejar la playa y la cantina. Sentí que mi novio buscaba tener a Lea de aliada. Se sentía incómodo y actuaba para disimularlo. Su sonrojarse y su transpiración no eran más que la tensión de ejecutar un papel en el teatro de la vida.

En el trayecto a la casa –ya la tercera a la que me mudaba desde que estaba con Julio– él estaba nervioso. El cónsul me había preguntado si conocía algún estudiante de *marketing* que quisiera hacer una pasantía por el consulado, y le pregunté a Julio, ya que esa era su profesión. Luego de contestarme, comenzó a inquirirme sobre mi relación con el consulado, dónde quedaba, si yo conocía a alguien de allí. Saqué de mi cartera las tarjetas del embajador y del cónsul y le dije que eran ami-

gos de mi padre. Si bien esa fue una broma, no estoy segura de que Julio se haya percatado de que lo era.

–Quiero ir a buscar un *compact-disc* que compré para escuchar contigo. Es muy sensual. Ya vuelvo.

Seguí con mi mirada su partida. La puerta se cerró detrás de él, y luego mis ojos se posaron en la mesa. Allí vi su billetera. Jamás antes la había dejado a mi alcance. Desapareció el mundo y una luz resaltaba la existencia de ese pequeño trozo de cuero. Allí estaba. No pude evitarlo. Me abalancé sobre ella. ¡Fotos! Yo buscaba fotos. Esperaba encontrar fotos de otra mujer. Pero no. Sólo tarjetas. Conocidas tarjetas de su trabajo. Sólo 20 florines. ¿Qué más hay aquí? ¿Más tarjetas? Pero... ¡nunca había visto estas tarjetas!

***Don Julio Pille***  
***Im-Export van neunkertjes***  
***(Russician – Venezolanse-Rumanian)***  
***Telfone 070-6666666      b.g.g.Turid Groen***

Un frío húmedo despertó mi cuerpo. El estaría por regresar. Me apresuré a tomar una de las tarjetas y esconderla entre mis cosas. “Pille” era su alias. Con mis elementales conocimientos del idioma holandés entendí que se trataba de un tratante de mujeres. Solamente faltaba que agregara la nacionalidad de esa nueva presa que tenía entre sus manos. Su teléfono privado estaba allí. Ahora entendí por qué siempre lo desconectaba cuando entrábamos a su casa.

¿Qué es esto? ¡No puede estar pasándome a mí! Todo lo que había aprendido en mis estudios sobre prostitución, y lo que constaté hablando con las trabajadoras del sexo en Ámsterdam, no concordaba. Yo creí estar a salvo de esas situaciones. ¿Qué quería Julio?; ¿qué nuevo mercado de carne humana irrumpía en el siglo xxi?;

¿qué nuevas vulnerabilidades construía la globalización de la economía y el cierre de las fronteras?

—Esas muchachas de Europa del Este, ¡pobrecitas! Tuve que mudarme, ya no toleraba escuchar sus gritos por las noches.

—¿Qué gritos Isabel?

Un hombre tuerto, encorvado, se acercó a la vitrina y le hizo un gesto a Isabel. Ella con la mano se negó y prosiguió su relato:

—Por los golpes. Porque las golpean si no les llevan la lana que les piden. ¿No ves que ellas no pueden hablar con nadie?

Las palabras de la latina retumbaban en mis oídos y me hacían temblar. ¿Cómo a mí?; ¿y el mito de la ignorancia, la pobreza, los hijos? “Yo no soy vulnerable”, me repetía en voz baja, una y otra vez.

Y me fui de allí, dejando tras de mí el reducto de la droga y el sexo, los marginales y turistas, las madres que mantienen la educación universitaria de sus hijos en América Latina trabajando de putas en las vitrinas. La noche me dejó un sabor a cerveza en la boca.



Regresó. Colocó el mismo CD de siempre. Se dejó caer sobre la cama y esperó... El vaho de la noche acunaba su desvelo y tensaba mis nervios. La temperatura estaba cambiando, la humedad, la presión del aire. No sé qué esperaba, pero estaba incómodo. Empezamos a hacer el amor. Comenzamos a actuar. Los dos ejecutamos una comedia. Yo intentaba disimular para que él no supiera que ya lo había descubierto.

Mi mente se separó de mis sensaciones y mientras su cuerpo penetraba el mío yo no lo sentía, solamente tenía sensaciones para mi mente. Un estado de alerta general movilizaba mis neuronas anticipando preguntas y respuestas que él no pudiera asociar con mi descubrimiento reciente. De repente, como entre sueños o pesadillas, escuché:

—¿Cuánto dinero quieres cobrar por hacer el amor? Sólo tendrías que hacerlo con dos hombres por día. ¿Quiénes trabajar para mí? ¿Puedo decirlo? ¡Sos tan exótica!

—Te equivocaste Julio. Yo trabajo en lo mismo que vos. Soy hija del padrino de la mafia albanesa en Holanda y consigo prostitutas para el negocio de mi padre.

Se quedó pensando unos segundos y, sin asombro alguno, continuó:

—En ese caso, seamos socios.

Todo mi cuerpo estaba en *shock*. Temblores de orgasmo, pensaría él. ¿Lo pensaría de verdad?; ¿habría dejado a propósito esas pruebas a mi alcance? La realidad ya me había golpeado el rostro con esa tarjeta, sus palabras no eran fantasía. Me estremecí. Estaba en peligro. El también se sintió descubierto y eso podía ser aún más peligroso.

—No pude dormir. No sé qué me pasa. Debe ser el cambio de presión en la atmósfera. Debo irme a alimentar al gato. Te llamaré más tarde.

No llamó.

Amaneció nublado. La atmósfera cambió para los dos. Yo tampoco pude dormir. Pasé la noche soñando pesadillas. Hablaba con las chicas de la calle roja. Veía a las rusas con moretones escondidos detrás del maquillaje. Por la mañana busqué a la maga. Ella había tenido un sueño sobre Julio que la alteró.

—Nina, la dejé a propósito. Te estaba probando —me dijo Lea. Y mirándome con mucha atención y ternura, directamente a los ojos, me tomó ambos brazos con sus manos y dijo—: No creas que te quiere. Por favor no lo hagas.

—No... pero... ¿cómo la va a dejar allí?

—Nina, yo creo que él quería asociarte para que lo relacionaras con tus clientas de Ámsterdam.

—No... no puede ser. O si... no sé. Pero lo dijo. Ay Dios mío, me siento tan mal. Estoy confundida y tengo miedo.

Lea decidió que yo necesitaba una sesión urgente y ella también. Me estaba ofreciendo su ciencia, su solidaridad y su afecto para contenerme.

–Respira profundo –me dijo. Y a continuación preguntó a la energía–: ¿Tenemos que prepararnos para esta sesión?

*Nuevamente volví a viajar a otra vida. Era el año 1622, Inglaterra. Soy varón, tengo 20 años. Mi padre está moribundo y yo soy heredero de su condado. Mi madre, sin embargo, quiere ser quien gobierne. La veo. Veo a mi madre, la reconozco entre la gente que me rodea ahora. Mi padre, mi padre es Maurits. Mi madre le encarga a un hombre que me mate. Lo veo. La tarde penetra por una puerta antigua ante la cual está preparado el carruaje. Yo estoy dentro del mismo. Es en un establo, están por sacar el carruaje. El cochero se detiene. Saca un puñal. No veo qué pasa. Empiezo a llorar en esta vida de 1998. El cochero es mi novio. La facilitadora pregunta, se contesta, mueve sus dedos, la energía replica.*

Suena el teléfono y no espero que otros lo contesten. Huyo hacia la cocina. Cuando regreso, la mexicana me dice:

–Nina, él no te mató, no logró hacerlo y por eso lo mataron a él. Él busca venganza. Por eso quiere hacerte daño. Debes perdonarlo para que puedas desengancharte de tu karma con él. Te haremos una sesión con una intención positiva –sentenció.



¡Exótica! Sí. Me dijo “exótica”. No sabía que yo podía parecer exótica. No sabía que en el umbral del 2000 existía un mercado de prostitución que las prefiere *exóticamente intelectuales*. ¿A qué país tendría pensado exportarme? ¿Seguiría planeándolo?

–No puedo seguir con vos. Le dedicás más tiempo a tus amigos que a mí –la voz me salió como un trueno y entrecortada.

–No... no puedo darte otra oportunidad. La oportunidad te la di hace una semana. Hoy me estás demostrando que ellos te importan más que yo.

No sabía cómo disimular mis nervios, y resultar creíble.

—Sí, soy cobarde: no soporto verte llorar.

Julio terminó la conversación telefónica enfurecido:

—Nina, ¡voy a buscarte!



—¿No le mostraste la tarjeta?, ¿no le preguntaste si son para hacer bromas? —dijo una compatriota.

—Nina, sos muy exigente. A cada novio que tenés le ves algo malo. Así te vas a quedar sola —dijo otra compañera.

“Mejor sola que mal acompañada”, pensé yo.

—¡Estos tipos son una mierda! —dijo una dominicana que trabajaba en una organización clandestina que rescataba mujeres traficadas.

—Pero, ¿no pensás que pueda ser una broma? —le pregunté, confundida.

—¡Broma? Nina, ¡tú no sabes con quién te metiste!

Las amigas holandesas me creyeron. Ya habían visto suficientes sobrevivientes de tráfico de mujeres en televisión, con caras ocultas y voces deformadas, contando sus historias de horror.

Por un momento me sentí pisando el borde del precipicio entre la vida y la muerte, entre la existencia y el secuestro, entre la *realidad* y la *desaparición*, entre la ley y el crimen. Desorientada caminé sin rumbo fijo hasta que tomé conciencia de que estaba en la universidad, parada frente al policía que la custodiaba.

—¿Puedo ayudarla? —preguntó muy amablemente el policía.

—Sí señor. Mire: recibí esta tarjeta y quisiera saber cómo debo interpretarla —el agente me miró seriamente y empezó a interrogarme.

—¿Quién es usted? ¿Está legalmente en este país? Y a este señor, ¿dónde lo conoció?

—Señor, yo fui invitada a estudiar aquí por su gobierno. Yo le pedí asistencia, no que me culpara por lo que hace su compatriota.

–¡Aléjese de este hombre!, ¡hágame caso! No lo vea más. No pregunte más. Vuelva a su país cuanto antes y olvídese de él.

–¿Y si voy a la policía?

–No se meta en problemas. Esa gente tiene amigos en todas partes.

¡Ay, Dios mío! Siento náuseas. Giro sobre mis pies y encuentro a una profesora. Una especialista en prostitución y tráfico de mujeres.

–Hola profesora, ¿puedo hacerle una pregunta?

En tres minutos sintetice mi relación con Julio y mis hallazgos:

–¡Huye!, ¡escapa cuanto antes de ese hombre!, ¡no te alejes de esta universidad! No vayas a vivir fuera de este radio. ¡Olvídalo!

–Pero, ¡quiero denunciarlo! Si él es un traficante quiero colaborar con aquellos grupos que luchan contra el tráfico de mujeres.

–¡Escapa y olvida el tema! Una monja alumna mía se infiltró en una de estas redes para hacer una tesis y casi terminó traficada. ¡Si te lleva a un país árabe *desapareces*. De allí nadie regresa!

–Pero...

Ahora la confusión era aún mayor. Durante dos años había tomado cursos de cómo involucrarme activamente para el bienestar de las mujeres oprimidas. Cuando quiero poner en práctica esas teorías me dicen: “¡huí!” El policía también me dijo que huyera. Estaba en el país con el símbolo de la justicia en sus documentos para residentes, con varios edificios de la justicia universal en su territorio, con el menor índice de corrupción del mundo en sus estructuras de gobierno, y este policía ¿me decía que huyera? ¡Cuánta hipocresía y doble moral! Volvía a subirme la náusea por los caminos del cuerpo.

Empecé a comprender mi realidad. En estos tiempos que corren ni la educación, ni la edad, ni el dinero pueden salvarme. Soy una *mujer inmigrante* en un país del primer mundo. Soy una mujer *exótica*, como si esa etiqueta significara *subversiva* de la época de la dictadura en mi país, una *no humana*, la señal para dejar la zona liberada a los grupos de tarea que secuestraban, torturaban, desaparecían muje-

res... Ahora, y en estas latitudes, cumpliría una función similar para los tratantes de esclavas. Después de todo, pareciera que la ley en este país protege exclusivamente a sus ciudadanos, y no a todos los humanos, y menos aún si se trata de mujeres. El cosquilleo no me dejaba pensar, dormir, descansar, llorar. Tenía que preparar el siguiente paso.



Paso por paso preparé todo. En un sobre puse las tarjetas y la foto. Lo cerré y lo envié a una organización que ayudaba a las mujeres víctimas de tráfico a escaparse. Fui a la embajada. Le di las pruebas que tenía al cónsul de mi país.

–Si no llamo en siete días ya sabe a quién preguntarle mi paradero.

–¡Me asombra cómo los temas que investiga se le transforman en realidad concreta! –me dijo.

–No se confunda señor. No es mérito propio, sino simplemente el haber nacido mujer y en otro lugar del planeta.

Dejé esa ciudad que tantos recuerdos y emociones me suscitaba. Donde sobreviví milagrosamente a una enfermedad terminal. La dejé casi corriendo, no pensando demasiado ni saludando a mis amigos y amigas. Alguien me estaba llevando en su auto con mi valija, y los trozos de mí que fui creando y afectos que recibí en esos años de estancia allí. Solamente Cornelia sabía a dónde yo iba, y también ella tenía instrucciones por si yo no llamaba en breve. Tenía miedo. Sentía terror de que Julio viniera por mí, pero también me sentía fuerte. Ya sabía quién era él y qué quería conmigo. Había roto el engaño. Estaba preparada y me estaba protegiendo.

Ya en camino, llamé a mi familia. Nadie daba crédito a mis palabras. ¿Cómo iban a hacerlo si en mi país yo era la poderosa abogada que enfrentaba a militares y golpeadores, la que aparecía en los diarios y la televisión? Nina, la que estuvo entre los diputados escribiendo un proyecto de ley. Independiente y activa, que sabía moverse en las estructuras judiciales y políticas. Pero no... este país no es mi país.

Aquí yo pertenezco a una subcategoría. Aquí mis credenciales no valen. Aquí no tengo derechos porque estoy de prestado.

Tal vez sean los aires del nuevo milenio que transforman en débiles a los fuertes de los países del sur. Tal vez soy anticuada y los ofrecimientos de matrimonio en estas latitudes son la puerta al tráfico de mujeres. Lo único que si sé es que yo no viviré con Julio ni con hombres como él.

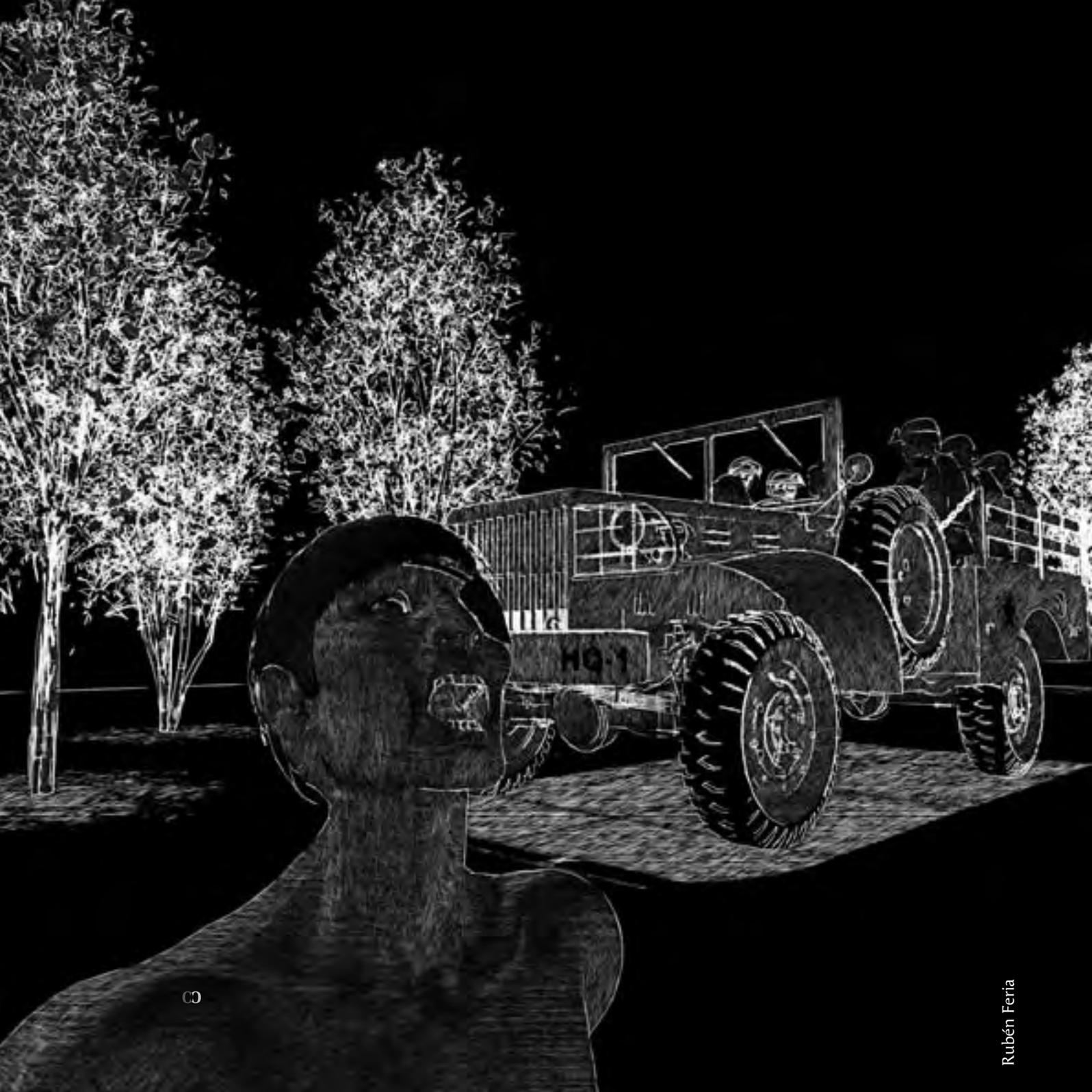


Todo da vueltas. Todo, todo. Una cara sonriente bailando con Maurits. Otra cara sonriente al lado de un viejo capitán de navío holandés. Más caras sonrientes, mis hermanas, mis clientas, mis amigos, los cubanos, los niños, mi infancia, obreros en la Patagonia, obreros en La Habana, gatos y más gatos, marchas por los derechos humanos, fiestas familiares, títeres gigantes, mi padre leyendo sus poemas, mi amiga Cornelia y su ciudad de cuento, su gata haciendo un dibujo contra la ventana; tres locos lindos andando en una sola bicicleta; una mujer haciéndose santo en La Habana Vieja; yo paseando en bote por los canales de Ámsterdam, sonrisas, sonrisas, sonrisas, lugares hermosos por los que he pasado; un retazo de mi calle; los taxis de mi ciudad; el agua de unas cataratas poco conocidas; mi mejor amiga; cemento y más cemento por el norte y por el sur; paraísos naturales y paraísos medievales, un desierto, y un muro que se derriba y la gente lo salta, lo tira, se abrazan...

Todo da vueltas y vueltas. ¿Cuántos amigos que ya no lo son?, ¿cuántos lugares adonde tal vez nunca regresaré? Todo da vueltas y vueltas, me marea, me enrosca en una sensación de confusión generalizada. Me siento vulnerable. Me siento a salvo. Miro a través de la ventana y colores amarillos, rojos, azules, mezclados, hermosos, brillantes, aparecen en hileras que se mueven sobre alfombras de tulipanes. Y no sé si es verdad o es mentira, yo no sé si este será mi último viaje, no sé si encontraré el amor algún día

—¡Pasaporte por favor!





# Argentina

## Los fantasmas del bosque encantado

SEBASTIÁN JORGI

El sacerdote ahora, sentado en el suelo y en otro tono de voz, dijo: -  
-En esta situación, me pregunto, ¿cuál cosa se te hace más dulce? -  
Unas voces de mando se escucharon cercanas y ruidos de sables  
al cambiar alguna guardia, también una alharaca breve de gallinas que  
la tropa tenía encerradas en las jaulas. -  
-La esperanza -dijo el prisionero. -

Héctor Tizón, *Sota de bastos, caballo de espadas*

-En esta provincia, hay alguien que nos tiene totalmente pisados. He visto a los  
delincuentes suplicar por Jesucristo Coronado. El señor Jesucristo se apiada y  
los perdona, pero en esta tierra hay un juez que no se aplaca con palabras  
ni oraciones. Es más poderoso que Dios.

Manuel Scorza, *Redoble por Rancas*

..—|—..

ARCHICONOCIDA ES MI VIDA EN COLONIA CAROLINA y en El Porvenir. Para que ustedes se ubiquen mejor, me refiero a los alrededores de Ciudad Goya, en donde me conocen como *el tuertito* José, el monaguillo que se crió en la iglesia del padre Coll.

Al otrocbsl 121

MENTIÓN HONORÍFICA

Según se dijo en aquellos tiempos, dejaron un bebé en uno de los bancos durante la misa. ¿Qué otra cosa más saludable que haber nacido en la casa de Dios? No sé cuántas otras historias se tejieron en torno al pobre *tuertito* José: desde que era hijo de Amaro Pachi o del propio padre Coll hasta que me había dejado una monja del convento de los benedictinos y otros melodramas más creíbles en las telenovelas. Y si bien algo de todo esto resultó cierto al fin, ¿cuál es mi culpa?

¿A quién puede perjudicar este muchacho de oficio carpintero, establecido en Santa Lucía, aquerenciado como Dios manda con la Coca? ¿A quién? ¿Por qué dejamos Colonia Carolina, eh Coquita? Porque así nos aconsejó mamá Mati y ¡caramba! por todos los sucesos que toditos conocen, acaecidos cuando la banda de Sebastiano asaltó la Parada Carolina, defendida heroicamente por Indalecio y el viejo Amaro Pachi. Los dos solos contra el infierno y cuantos diablos se prefiera contabilizar, sí. Sebastiano, unido a Salazar Rojas, el caudillo que respondía a los milicos de la capital. Así empezó todo esto y el *tuertito*, entonces, luchó por la causa de la justicia. Dios me perdone en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

Qué tendrá que ver aquella historia con ésta, la de ahora, en que me llevan detenido en este camión, sumido en la más triste oscuridad, como si fuera un vulgar ladrón o el peor de los asesinos. En nombre de una llamada seguridad nacional, según argumentan estos militares. ¿Militares? ¡Carajo, que no lo parecen! Ya les expliqué una y 1,000 veces: soy un humilde carpintero de Santa Lucía y no hice nada, nada, para que me lleven preso. Y menos de este modo. Fuerzas de seguridad, he oído decir. Y a mí qué con esto, si no hago política ni nada que se le parezca, sólo enseñé a los niños el catecismo.

## ..— II —..

—Así que a usted lo han levantado en Santa Lucía. A mí en la capital, cerca de la Plaza de Mayo. ¿Conoce? Dígame: ¿cree que nos soltarán pronto? Se comenta que el trámite viene muy pesado con estos milicos. Pero tengamos esperanza. No creo que las cosas pasen a mayores. ¿Cuánto hace que está preso? ¿Tres meses? Eso no

es nada, mi amigo. Yo llevo ya siete y me trasladan de aquí para allá. Y tengo entendido que hay gente que hace un año figura en “averiguación de antecedentes”. Usted sabe, los milicos no son la policía, además, no hay recursos de *habeas corpus* ni ocho cuartos. Hasta he oído decir que estos millos se proponen una limpieza histórica. Yo creo que exageran, en fin...

Josecito, al escuchar a su compañero también detenido, tragó saliva.

### ..— III —..

¿Revolucionario yo? No, en todo caso, si alguna vez hemos peleado contra el Salazar y Sebastiano fue por gente como Indalecio y por una causa justa: la libertad lisa y llana del pueblo. Están confundidos con otro José, uno de esos guerrilleros que ustedes están cazando como a animales. No tengo ideología y mucho menos con la izquierda, apenas trato de llegar a los sentimientos de Dios, de la fe católica. Y si el padrecito Abat resultó de armas tener, bueno, ¿qué se le va a hacer? Él habrá sabido. Yo, ¿qué culpa tengo? Debes guardarte, hijo, de esos frailecitos que hablan muy estilizado, me revenía el padre Coll, pero ¡carajo! si hasta él mismito se plegó aquella vez a la revuelta de Indalecio y toda la gente de su parroquia, para vencer al patriarca Salazar Rojas. Según decían los periodistas, el último dictador ilustrado. ¿El último?

Asociación equivocada la de estos tipos, les dije la verdad una y 1,000 veces: no respondo a ningún grupo ideológico, no soy de armas guardar, sólo soy hábil con los cuchillos. Eso sí. Y si maté a Salazar en aquel tiempo, fue en defensa propia. Además, eso pasó hace ya tantos años, más de 10, si mal no saco la cuenta. Les vuelvo a repetir: no sé lo que es un arma, excepto lo que todo Colonia Carolina sabe: soy un tirador de cuchillos. Tengo fama de puñalero bien ganada. El hecho de haber trabajado en algunos circos que pasaban por Ciudad Goya fue por lucimiento propio y por ganarme unos pesos.

Cuarenta hombres bajados no es juguete, cuando la revuelta. Claro. La leyenda exagera la cantidad y la gente agrega los números. No pasaron de una veintena, a lo

sumo, 25. Muchos más mataron Amaro, Benve, Almirón e Indalecio en El Carancho, con la ayuda del padrecito Abat. Esos sí flor de cojonudos, porque los demás, bueno, se plegaron gracias al padre Coll *in nomine Pater et Filii et Spirit Sancti ora pro* Josecito, ahora en la más tenebrosa oscuridad con este trazo en la cabeza sin saber a dónde me llevan, como si fuera el hombre de la máscara de hierro.

¿Qué pasa, eh? Se ha detenido el vehículo. ¿Habremos llegado a un lugar fijo? Hace calor, presiento que vamos hacia el norte. ¿O será que estamos entrando en la primavera?

#### ... IV ...

El camión se paró frente a la casa de Indalecio Valle. Un hombre descendió. Una sensación de raro escalofrío lo sobrecogió. La tarde había caído y se fundía rápidamente con la noche. Tocó bocina, alargando su brazo fuera de la ventanilla del camión. Era como una forma de saludo que ya había hecho al doblar la esquina. Una costumbre, durante años. Antes de frenar el camión tocaba bocina un par de veces y, entonces, alguien de la casa se asomaba. Ya Indalecio había obtenido su jubilación, pero gozaba de un contrato por horas en la estación del ferrocarril de Carolina. También solía colaborar con la Biblioteca Municipal, como alguna vez lo había hecho en la parroquia del padre Coll, ayudando a los niños de la escuela.

Golpeó la puerta. Nada. Miró a través de la ventana que comunicaba a un amplio vestíbulo, en donde en tantas oportunidades había conversado con los Valle. No vio señales de vida. Una súbita preocupación lo había llevado hasta la casa de Indalecio, a raíz de una charla con la negra Tuyita. Ésta lo había alertado de la detención de Josecito en Santa Lucía, por parte de los militares encumbrados en el golpe de Estado contra el gobierno constitucional, aquel 24 de marzo.

Todo esto pasó por la cabeza del hombre antes de poner en marcha el motor. Puso la primera y salió. Antes de doblar la esquina, volvió a detenerse, miró la casa de Indalecio, se rascó la cabeza y otra vez arrancó. No se convencía de que la ca-

sa estuviese sola, que no hubiese nadie. ¿Estarían en lo de Amaro Pachi? ¿O cortando naranjas en el campo de los Pando? ¿A esta hora?

“Estos milicos son peores que los de la época de Sebastiano”, le había advertido la negra Tuyita. Pero... ¿qué debían temer Indalecio, Josecito o él mismo? Nadita, pues. Hombres cada uno en lo suyo, con sus familias. Excepto él, viajero empedernido, con un amor en cada pueblo.

Observó a lo lejos el río Green y muchas imágenes del pasado se sucedieron en el recuerdo. Parecía ayercito nomás cuando conoció a toda esa gente, a través de aquel encuentro con Bienvenido Díaz, primero, y con Indalecio y Amaro, después. El tiempo había pasado como de un golpe sobre su propia vida. Más lejos alcanzó a ver la estación de Carolina cercada por frondosos árboles. Allá habían resistido a muerte el viejo Amaro e Indalecio contra la banda de Sebastiano y sus milicos. Pero todo no era más que un recuerdo lejano, memoria y anécdota ya.

Ya era noche. Aceleró. De tanto en vez ponía la luz larga. En más de una ocasión se había llevado por delante un par de animales. Y luego tenía líos con los lugareños o los pastorcitos. Varias veces encendió los focos de largo alcance. Y fue en una de estas iluminadas que vio a la muchacha correr hacia el camión, cruzándose con los brazos en alto. Era la chica mayor de los Valle.

—¡Carol ! ¿Qué pasa, niña?

Ella casi lloró con cierta alegría al verlo.

—¡Vicente! Oh, Vicente...

—¿Qué pasa, niña, vamos, qué está pasando?, ¿dónde están tus padres y tu hermanito?

Parecía como ahogada. Al parar el llanto, respiró hondo. Vicente la subió a la cabina del camión.

—¡Se los llevaron los militares!

Rompió a llorar otra vez, abrazada a Vicente Pascua. Pisó el acelerador a fondo. Cuanto antes debía llegar a lo del viejo Amaro. Cuanto antes.

—Si no tienen ningún cargo contra Indalecio deberán dejarlo en libertad pronto, sí —dijo Amaro, no muy convencido.

Vicente lo miró.

—¿Cómo pasó todo, Carol? —preguntó la mujer de Amaro—. Trata de contarnos despacito, ¿eh?

Carol sorbió mate cocido.

—Serían como las cinco, cinco y cuarto de la tarde, cuando se presentaron en casa dos camiones cargados con militares. Pude verlos con mi larga vista desde la loma. Al ver que bajaban soldados, gente de uniforme, y de civil también, no lo pude creer. Diez minutos después se los llevaron a todos. Entonces me fui hacia la quinta de los Rendo. Clorinda estaba medio borracha sentada en su reposera debajo de la galería. No me creyó o no entendió lo que yo le contaba y se largó a reír.

—Debiste venir directo hacia acá —dijo la mujer de Amaro.

—¿Y después?

Vicente estaba impaciente. Ante su respuesta, Carol volvió a tomar un trago de mate cocido y continuó.

—Volví a la loma, me quedé sentada un rato hasta que vi tu camión. Entonces comencé a bajar, pero al ver que te marchabas, corté camino por el campito de los Andújar, crucé el arroyo y salté a la ruta.

—Mira que has corrido —dijo la mujer—. Pobre niña, te quedarás con nosotros.

Vicente se rascó la cabeza. La desesperación de Carol había sido la fuerza para cruzar en velocidad el campito del turco Andújar e interceptarlo en la ruta. Miró al viejo Amaro Pachi: los años habían caído sobre él a mansalva. La barba más larga y descuidada, si bien le disimulaba las arrugas, lo envejecía al fin. Sus ojos de águila parecían haberse achicado en todo este tiempo y su cuerpo estaba adelgazado. Ya no ofrecía aquella contextura ni tampoco la predisposición de los viejos tiempos.

—¿Por qué se los habrán llevado?

La pregunta de Carol sonó con cierto estrépito contra el silencio que se había suscitado en el comedor de los Pachi. La mujer y los dos hombres se miraron.

—Siempre está el recuerdo de Salazar y de ese malvado de Sebastiano —dijo Amaro, con amarga expresión—. Son como dos fantasmas endiablados que parecen burlarse y que buscan venganza a través del tiempo. Es como la reencarnación de la mismita maldad que vuelve sobre la buena gente.

—¿Venganza?

¿El viejo Amaro Pachi desvariaba?

Seguro —reafirmó Amaro—: venganza a través de los que piensan como han pensado Salazar y los otros caudillos, el famoso Ger, que dicen que fue héroe nazi, Sebastiano y los milicos de aquel tiempo. Ustedes saben muy bien de quién les hablo. Hagan memoria. Yo siempre, les confieso ahora, y les pido que no me tomen por loco ni por borracho, he estado esperando el regreso de ellos, encarnados en una ferocidad terrible. Tengo noticias al respecto, por la gente que ha viajado a la capital estos días.

—Oh, Dios, no digas eso —exclamó su mujer.

Vicente dudó.

—¿Te parece, che Amaro, que es tan dura la cosa? Mira que he andado con el camión de un lado al otro del país. Sí, hay vigilancia y están tomando empresas y negociando con el exterior, pero de ahí a algo más grave, no sé.

—Vaya si me parece. Estoy seguro. Estos milicos, que se creen salvadores de la patria, son poseídos por un ansia hambrienta, como los caníbales. Y lo peor es que estamos viejos e inservibles para la lucha desigual y silenciosa que ellos han emprendido. ¿Entienden? ¿O se creen que sólo han levantado a Indalecio?

Todos tragarón saliva.

Vicente pensó en lo que había dicho la negra Tuyita sobre el tema Josecito.

—Por lo pronto, cuidaremos ahora de Carol —propuso ahora Amaro—. Nadie debe saber que estás aquí, con nosotros. Mientras tanto, iremos con Vicente a lo del negro Casares y sondearemos lo que anda pasando con los milicos y, si es posible, averiguar a dónde se han llevado a Indalecio...

–Debemos *colaborar* con las nuevas autoridades...

Rió el viejo Amaro. Vicente entendió que lo de colaborar era en sorna.

–No hay que enfrentarlos de entrada. De cualquier manera, estoy dispuesto a morir peleando. Allí está mi carabina siempre lista.

Un aire de resignación envolvía las palabras de Amaro Pachi. ¿Era un roble caído? Vicente tuvo esa impresión. En la pared, de una correa-estuche, pendía la carabina. Vio cómo se llevaba a la boca un porrón de ginebra. El camionero experimentó como un hálito dentro de sí. Lo que no imaginaba era que el porrón contenía jugo de naranja.

## ..— VI —..

Siempre chupado el *tuertito* José, decían las guainas de La Marucha. Esas que rompen el corazón y los bolsillos de cualquiera. Sobre todo la negra Tuyita, ¡qué cuerpo, hermanito! Ella es de todos los hombres habidos y por haber en esta tierra caliente pariendo humores de tristeza, hombres que entre caña y caña la visitan en el quilombo del ruso Spitalnik, todas las horas de todas las noches. ¿Cuándo llegó la negra Tuyita al lugar? Se dice que ella apareció después de la revuelta de Indalecio y Bienvenido contra Sebastiano y la bestia falsamente ilustrada de Salazar Rojas. Se cuenta que la trajo el camionero Vicente Pascua desde el sur y que ella venía en busca de un hombre. Algunos comentan que ese hombre era el terrible Sebastiano, muerto en una emboscada. Es que Salazar se lo sacó de encima, pero quedó como que lo habían matado por venganza. Había violado varias mujeres y tenía un pronuario voluminoso al respecto.

Ojos felinos y manos artistas para el amor y el placer la negra Tuyita, labios carnosos que parecen comerte mejor, como loba hambrienta, furiosa como ninguna otra hembra que hayas conocido. ¿Por qué la recuerdas a ella y no a Coquita, tu mujer y esposa, ahora que tienes el presentimiento de que no volverás a ver la luz del día?, ¿por qué a la negra Tuyita y no a tus propios hijos, eh?, ¿por qué entras en un recuerdo-pecado? Oh, Dios mío... no volverás a Santa Lucía ni a Empedrado ni

a La Marucha ni a ningún otro lugar de esta bendita tierra que extrañas tanto. Ah, no puedes resistirte al pecado ni siquiera en un trance como éste.

¿Habrá conseguido ayuda la Coca?, ¿te estará buscando?

*Estos vuelven, siempre vuelven.* Les he repetido una y 1,000 veces que no conozco a esos tipos que me nombraron, jamás los he visto ni he oído hablar de ellos. ¿Subversivos? Tampoco he leído el libro *El Capital*, poco y nada tengo que ver con esos temas, jamás me gustaron la contabilidad y la aritmética, no, nada que estuviese relacionado con los números y las cantidades. Padrecito, que me crió, quiso enviarme a estudiar de perito mercantil a Ciudad Goya y no hubo caso. No acepté. Me encantaba leer desde niño a Safari y a Dumas, a Hugo y a Sabbattini, eso sí. Como decía siempre padrecito, la novela del siglo XIX tenía escritores de la san puta... ¡Perdón mi Dios por personificar y santificar la prostitución, perdón por acordarme de la negra Tuyita, perdóname!

Sí has leído a Maupassant y también, claro, las *Memorias de una princesa rusa*, ¿quién no? Las tenía escondidas a *Bola de Sebo* y las *Memorias* en un rinconcito de arriba, tras un pequeño santuario con la Virgen del Carmen. Y sí, tan grave como guardar galletas de sémola y queso gruyère en el cofre de los viejos juguetes y de las primeras cartas de amor. Veinte padrenuestros y penitencia de ayuno mañana todo el día. ¿Mañana? Penitencia es esta de tanto dolor y de llorar, responder siempre las mismas preguntas. Es que contesto lo mismo porque es la verdad, se los he jurado a estos milicos. Por mis hijos y todos los santos que les he dicho la verdad de mi vida, nada más que la verdad. ¿Estaré pagando mis pecados, Diosito?

¿A quién le hablas, eh? A ti mismo, como si fueras otro, el prójimo soy yo, desdoblado en desesperación. El próximo...

## ..— VII —..

—¿Qué más sabes del sacristán Josecito?, ¿sabes que lo hemos detenido y quién sabe si volverás a verlo, eh? Acaso no me has contado sobre él todo lo que necesito saber. Después de tantas encamadas con Josecito tienes que contarme algo, hasta me

han dicho que para él eres mucho más que una puta de tantas. Es cierto, ¿no? Vamos, cuéntame, como coronel de la patria y en beneficio de la misma, te pido que me cuentes todo lo que sabes acerca del tuerto mal parido. Tenemos el dato de que fue quien emboscó a Sebastiano hace casi 10 años.

–Josecito jamás ha usado armas de fuego.

–Pero sus amigos sí. A propósito, ¿qué nos cuentas de Indalecio y de ese viejo carcamán borracho de Amaro Pachi? ¿Eh, qué nos dices? Mira que nosotros no nos chupamos el dedo y te advierto que la mano viene muy dura, muy pesada para todos aquellos que entorpezcan el Proceso de Reorganización Nacional. Durísima viene la manito.

–No he conocido a sus amigos, son de buena familia y no andaban putaneando.

–¿Tampoco el camionero?

–¿Qué camionero? He conocido muchos...

–Sabes a quién me refiero.

–No... no sé.

¡A Vicente Pascua! Tenemos entendido que intervino en ayuda de Indalecio Valle en contra del general Ganía y de Rojas Salazar. Acaso Vicente sí pudo haber matado a Sebastiano, ¿no? ¿No te avergüenza proteger al asesino de tu esposo? ¡Putas asquerosas! ¿Dónde está ahora Vicente Pascua? Poseemos la precisa información de que fue él quien te trajo desde el sur.

–Eso fue hace más de 10 años... no recuerdo... ¿Cómo es el tal Vicente? Descríbame, coronel.

–¡Mientes!

–No, es que he conocido tantos camioneros que... descríbame.

–No puedo describírtelo, manejamos datos y nombres y, sobre todo, ¡órdenes!

## ...— VIII —...

–Tenías razón, la cosa es para mucho. ¿Qué hemos hecho para merecer esto?

–Debemos ser pacientes y agradecer que todavía estamos con vida. ¿Te estarán buscando tus amigos de Santa Lucía y de Ciudad Goya, Josecito?

–Espero. Pero ha pasado tanto tiempo que... no sé. Deben estar desperdigados: Indalecio es el único que está en Carolina. Los demás, qué sé yo. El negro Casares andará chupado en su propio negocio y haciendo trabajar de puta a la negra Tuyita, el turco Andújar más o menos lo mismo y además está medio veterano, igual que el viejo Amaro Pachi.

–Para peor, mis contactos están cortados... muchos se han exiliado en España, en Europa, otros están debajo de la cama y la mayoría tratando de escapar de alguna manera. Pobres nuestras familias. A un par de prisioneros que venían con nosotros los han trasladado.

–¿Trasladado?, ¿adónde?

–Al infierno, Josecito. Al mismo infierno. ¿O te crees que eso del *traslado* es cierto? Para mí que los hacen desaparecer, che. Tendría que haber algún movimiento, ¡carajo, ya es mucho tiempo sin saber nada y con los ojos tapados! Oh, Dios.

–Sí, habrá que rezarle a Dios, che Pancho.

–¿No me vas a decir como la otra vez: “Quédate Pancho” y seguir haciéndome bromas?

–No, en serio, nos queda rezar.

–Tú estás acostumbrado a las cosas de la iglesia, según he podido apreciar, pero yo jamás he creído en frailes ni en santos, pero...

–Pero ¿qué?

–Hace mucho tiempo que pienso en Dios.

## ... IX ...

Vaya si he entendido pero, ¿qué podría inventar? Podría decir que Josecito es un ardoroso amante, como son la mayoría de los hombres que he conocido y con los que me he revolcado por las tardes como lo hice con Vicente o por las mañanas calurosas con el turco Andújar o en las cansadas madrugadas con el negro Casares en su boliche. Que he mancillado el nombre de Sebastiano. Esposo, sí, por conveniencia, por obligación. Nada más. Un ladrón, un pendenciero al servicio de los milicos,

al que fui fiel durante un tiempo pese a su brutalidad. Dios bien lo sabe y lo puede atestiguar con sólo ver las marcas en mi cuerpo. Fue el propio Sebastiano quien me empueteció hasta la humillación, me convirtió de María del Carmen Maldonado en la negra Tuyita, la puta de todos los hombres.

¿Honor? ¿Qué significa esta palabra para una mujer arrastrada como yo? Y el coronel y el capitanejo o cabito o qué sé yo qué mierda son estos tipos –porque el uniforme que llevaron de San Martín y Belgrano está manchado, lleno de barro–, dele amenazarme, hasta con propinarme una paliza o una tortura ejemplar. Hasta me vienen con el cuento que las mujeres de Ciudad Goya y de La Marucha me han sentenciado a muerte. Sólo podrán argumentar celos porque me he cogido a sus maridos. Sí: he sabido que doña Josefa Andújar se ha acercado al quilombo más de una noche y también la gringa Stiker. No hablarán cosas lindas de mí, igual que la Coca, la mujer de Josecito. “Somos mujeres de familia”, han dicho en forma de proclama frente a la parroquia del padre Coll. Falsas santulonas. Quisiera saber hasta dónde les han sido fieles a sus esposos.

Y encima me acusan de guerrillera o algo por el estilo. Y me denunciarán si no hablo más de Vicente, un simple camionero que según ellos ha atentado contra la seguridad nacional. ¿Hablarán en serio estos milicos?

Josecito, el único hombre que he amado en mi vida, después de meterme con el Sebastiano, que el infierno lo tenga en las llamas.

Para estos milicos, ¿cómo puede una mujer revolcada como yo hablar de amor? Lo amo y requeteamo a Josecito. Las mujeres putas, además de tener cajeta y tetas, tenemos corazón. Y el mío es de Josecito... ¡Ay, mi negrito lindo, por dónde estarás?

..— X —..

¿Hasta cuándo podremos hacer esto, mi coronel? No vaya a ser que llegado el momento de rendir cuentas e informar debemos pagar los platos rotos nosotros, los militares de abajo. Y los que, como usted mismo, siendo coronel, y yo, un simple capitán, no hacemos más que obedecer órdenes ciegamente, impartidas desde el

poder central de la capital. ¿Le parece, mi coronel, que debemos excedernos tanto, quiero decir, prodigarnos así asustando a la gente, a familias sin importancia como los Valle?

—No hay inocentes para el país que espera un nuevo proyecto.

—Sí, entiendo, pero con franqueza, no le veo agallas de subversivo al tal Indalecio, un simple ex empleado del ferrocarril en esa estación de mala muerte que es Carolina. Otra cuestión: ¿debemos detener a mujeres y niños también?

—Ya le dije: no hay inocentes para la causa del Proceso de Reorganización Nacional. Además, la Junta Militar sabe muy bien lo que hace, está todo muy precisamente planificado. ¿A dónde cree que nos llevaban los guerrilleros con sus ideas? ¿O usted no cree en los apostolados liberales y en el honor de la patria?

—Y sí, creo, mi coronel.

—No parece muy convencido.

—De lo que no estoy convencido es de los métodos. Disculpe mi coronel, pero así es como pienso.

—No estamos formados para pensar sino para ejecutar órdenes, querido capitán, presiento que usted no ha nacido para esta carrera. Nuestra institución se hizo para hombres duros... Le diría cómo están las cosas para el país, sin escrúpulos. Estábamos invadidos de peronachos y de bolches, y usted me habla de métodos. ¿Cuáles eran los métodos de esos loquitos, eh? El robo y el crimen, el desorden y el caos. Nos tenían de atentado en atentado, haga memoria.

—Sí, merecen un castigo, pero hay que juzgarlos, hay una ley y una *Constitución*. No vaya a ser que el día de mañana nos endilguen los cargos. No veo bien esto de encerrar gente y ponerles una capucha y tenerlos incomunicados tanto tiempo. Se va corriendo la bola, mi coronel y la gente... en fin. Creo que una vez investigados y al no encontrar culpas debe dejárselos en libertad. ¿A usted le cabe que el tal Garmendia, con esa cara de cagón y de boludo, pueda haber sido guerrillero o algo parecido?

—Esos con anteojos y cara de boludos son los peores. Créame. Son los ideólogos. Es usted, mi querido capitán, un caído del catre. Además, no se olvide que figuraban en la lista.

-[...]

-Y la lista es más extensa de lo que se imagina. Usted la vio. Hemos seleccionado los nombres más comprometidos en acciones anteriores y de acuerdo con fidedignos informantes. Si nos equivocamos, mala suerte. Siempre hay un margen de error. ¿Qué le ha contado que no me ha contado a mí la puta de la Tuyita? No olvide que ella se ha acostado con media ciudad, hasta con ese Josecito y con casi todos los políticos de la zona.

-Parece que ella está aflojando, mi coronel.

-¡No lo estará engatusando, che!

-Para nada, mi coronel.

-Búsquele la vuelta por las buenas, endúlcela diciéndole que es la viuda de un valiente como Sebastiano, que la patria tiene una deuda con el difunto héroe y que es obligación moral de ella ayudar a nuestra causa. Pero también hágale saber que de no colaborar puede peligrar su pensión.

## ... XI ...

“Porque no hay autoridad que no venga de Dios...La noche está avanzada y se acerca el día. Desechemos, pues, las obras de las tinieblas y vistamos las armas de la luz. Andemos como de día, honestamente”. Estás recordando, Josecito, la *Epístola a los Romanos* de San Pablo.

También estás tratando de reconstruir pasajes de tu vida y de reconstruirte, mientras... ¿qué estarán haciendo Indalecio y Vicente?, ¿estarán buscándote con el viejo Amaro? Y sí, Josecito, nadita temas, pues. Continúa rezando porque permaneces en la memoria de tus amigos y de Coca, tu único y verdadero amor, y porque estás en el anhelo de tu regreso por parte de tus hijos Esteban y Amandita. Y que la memoria de ellos te saque de este martirio. “Padre nuestro que estás en los cielos...”

## ..— XII —..

Entonces los árboles en el diálogo solitario y misterioso con el río Green en el lenguaje único de la naturaleza o de la vida misma en un determinado punto de la historia en el preciso momento que los feligreses cruzan el puente abandonado y rodean el alambrado de los Pachi hasta llegar a la parroquia del padre Coll sí allá van Torterolo e Indalecio Valle acompañados de Suñé van todos cruzando el paisaje porque es domingo y es la hora de la misa ¿es domingo? sí debe ser domingo ¿octubre? es posible ha pasado tanto tiempo

Entonces la Zulemita con la hija del negro Casares y la canasta llevando naranjas y paltas cortando camino por la quinta del gringo Stiker en medio del sol escanciado entre los pinos y palmeras y sauces del Bosque Encantado o El Paraíso de Antonio Díaz por detrás de la quitita de Metro Álvarez porque hoy es sábado y habrá milonga en lo de Rendo meta vino y caña y ginebra quién se encamará con la Clorinda ¿es sábado? sí porque un acordeón desgranando los compases de un chamamé suena y suena y porque también se escucha un sapucay

Entonces el aire conteniendo el silbo de los pájaros y la ruta de las palomas y a ras de la tierra calentita casi roja como el cuerpo de la Tuyita y van los paisanos ladeando el Cocotero Grande donde el viejo ladino Amaro Pachi atracó a la Celina pero eso pasó hace tantos años mucho antes de los sucesos de Indalecio y el Bienvenido Díaz contra la bestia ilustrada de Rojas Salazar el diablo lo tenga bien guardado en el infierno como lo desean de seguro los paisanos que estarán yendo a lo de Paco donde se habrá armado la partida de truco Santos y Rico contra Roque y Vicente que suele llegar algún viernes en su camión. ¿Hoy será viernes?

Entonces Eugenia Valle y sus hijos con la Coca y los de él cruzando todo el ámbito arriba de la volanta bordeando la laguna de los hermanitos Silva que se perdieron luego de correr despavoridos ante los fantasmas del Bosque Encantado donde se forma una neblina espesa y húmeda ¿es noviembre acaso? lo mismo le da que sea noviembre o diciembre y que sea este mundo o el otro y un alma en pena más que flota en la memoria de

### ..\_\_\_ XIII \_\_\_..

Y nadita temas, Josecito, ten fe, se dirá una y otra vez en sus ruegos ante el paso inexorable del tiempo él mismo, lejos y requetelejos de toda posibilidad de regreso. Acaso el desenlace típico de esta historia devenga en la eventualidad de que él saliera airoso de esta trampa que le ha deparado vaya a saber qué designio. Y sí, algún que otro Josecito que ande por ahí, por el norte o por el sur, dando vueltas, llevado con los pies atados y la cabeza tapada, encapuchado. Es sólo un pobre muchacho que anduvo a las andadas en otros tiempos. ¿O es que tiene una deuda, Diosito? Para nada, él se ha comportado como un héroe en aquellos tiempos en que el Rojas Salazar tenía a todos en una bolsa. El mandamás de Ciudad Goya y de la colonia El Porvenir y de Carolina y de todas las colonias habidas y por haber.

Airoso, tal vez, si viniese en busca de él el camionero Vicente Pascua o un tipo de agallas como Indalecio o el viejo Amaro Pachi. Esos sí que fueron y son valientes. ¿O es que tienes una deuda con Dios, eh? Vamos, puede ser, todos somos cristianos y pecadores. Porque de seguro que tanto la Coca su esposa como los demás amigos lo andarán buscando, desesperados. Pero el tiempo no parece *haya sido*, o tal vez, es, porque la esperanza se apoca en medio de las noches que lo vienen a torturar. En que le preguntan y le recontrapreguntan si conoció a fulano de tal o la guerrillera mengana o a tantos otros que le nombran, a los que no ha visto ni leído en la guía telefónica. “Pues si nos conocemos toditos en la colonia, en Santa Lucía, en Empeдрado, ¡carajo, qué diablos coronel!” O teniente o capitán, según quien dice ser a la hora de los interrogatorios. Si él no sabe nada de armas, sólo de nombres y de verlas en las cintas. Ésas de vaqueros que dan los sábados en el cine de la parroquia o en el Centro Único, o los jueves en el Atlantic.

Ya ni ganas de rezar, más que todo, fuerzas le quedan para seguir rezando, ya irán como 1,000 avemarías, la oración que más le gusta a Josecito, “Dios te salve María llena eres de gracia...”

#### ..— XIV —..

—Y nos vamos, tatita, antes que los milicos nos vengán a buscar.

—Dicen que se han llevado a Indalecio otra vez, según parece con toda la familia.

—Han visto al camionero Vicente Pascua, anda rondando con su vehículo de aquí para allá... Los milicos le han echado el ojo.

—Tienen a la negra Tuyita prisionera en el cuartel de bomberos y dicen que ha cantado hasta la *Traviata*. La han apretado.

—Dicen que lo hacen por la patria.

—A Josecito lo están llevando al norte, según ha tenido noticias su esposa, la Coca.

—Están interrogando a los Almirón en la comisaría. Parece que oculta con el viejo Pachi a Carol, la hija de Indalecio.

—No andan con vueltas y se llevan a la gente en nombre del Proceso de Reorganización Nacional.

—Todos obedecen órdenes desde la capital.

—Sí, no andan con vueltas.

#### ..— XV —..

Y de aquí para allá va pasando el no-tiempo, con Josecito navegando en un río de sangre y tratando de salir de la pesadilla que no tiene fin. Un largo túnel laberíntico, del que saldrán heridos sin carne ya, con sólo el espíritu auestas. Era mejor morir como los hermanitos Silva en la laguna tras cruzar el Bosque Encantado y ser fantasma, ser leyenda y no una entidad sin existencia, al costado de los caminos y apenas constatarse, apenas con algún que otro hálito de pensamiento. ¿Aún silban los pájaros?, ¿habrá algún gnomo que oficie de donante-ayuda para un alma en pena y todavía con andrajos de memoria pero memoria al fin?

Y de allá, desde la parroquia del padre Coll, cargado con un sin fin de padrenuestros y avemarías, para acá, donde no se divisan los sauces llorones ni el sendero de

la quinta de los Rendo... tampoco se oye el acordeón de Torterolo ni el bullicio de los niños en la Escuela Municipal. Ten fe, Josecito, nadita temas, el soldado cumplirá con su deber de *obediencia debida* y tú continuarás el viaje –“hasta cuándo”, te preguntas– y sin *punto final*... para convertirte en recuerdo, en niño otra vez, saltando en el recreo de la escuela, cantando la *Canción a la bandera, que te ha dado Dios*. Tienes frío, claro, la bandera no te envuelve, no estás en tu patria, *no estás, te fuiste*.

Y allá, en la colonia Carolina, una volanta baja la cuesta hacia el río Green, cruza la chacra del gringo Stiker y se detiene frente a la escuela municipal. Bajan dos niños y la madre continúa con la volanta hasta la parroquia que alguna vez fue del padre Coll.

Todo es silencio y frío de invierno, la escarcha blanca embadurna el paisaje que semeja una tarjeta de navidad.

Amanece.





# Al otrocabo!

Relatos ganadores del Primer Concurso Iberoamericano de  
Cuento sobre Discriminación



México

Mujer frontera  
VICTORIA SANTILLANA ANDRACA

*Con amor para Camila, mi hijita,  
mi patria, mi sueño de una vida mejor.*

CIUDAD VIEJA RÍO SUCIO TEJIDA PARA REPOSAR EL DOLOR. Ciudad caliente humedad con sol de lejos, y olor a sudor y café. Ciudad escondida, cercada. Ciudad pequeña temblando esperando con temor que caiga la noche. Ciudad lenta con apenas ciertos rincones para los amores imaginados. Ciudad tiembla, ciudad río, ciudad nada. María y su hija se han ido. Pequeñas muertas ciudad.

*Ha llegado, viene armado, está detrás de mí. Está fatigado. Está cerca. Escribo rápido, era mi compromiso. Siento su respiración caliente. No volteo. No volteo. Estiro las letras, las últimas, las más propias, las que, finalmente, acabarán por nombrarme, con todo y apellido –e historia.*

Me gustaba imaginar, junto con todas ellas, a cada víctima como una ciudad inmaculada a la que defienden dragones y sueñan poetas.

*Soy María, la primera mujer que se quedó en el albergue de la madre Antonia, laberinto de ciudades perdidas. Mi hijita y yo llegamos en el mismo tren que Casiana. Somos*

Al otrocbsl 1-21

MENTIÓN HONORÍFICA

*mujeres de frontera, mujeres de regiones perdidas de la mano de Dios y la ley y el orden. Nos dio a todas nosotras por buscarnos un mejor mundo más allá de donde se quedaron plantados nuestros orígenes.*

*A pesar de todo, desde adentro y hasta afuera conservaba el último de mis sueños —el de una vida mejor, el de cualquier migrante, el de todo extranjero que se rehúsa a comprender que en la globalización se globalizan los muros, las leyes, los lenguajes duros de la policía, pero los sueños no, los sueños y sus consecuencias son de cada uno, y el nuestro, como el de muchos, fue truncado.*

*Apenas hace dos lunas las mujeres ciudad nos habíamos reunido a beber licor de café. Si bien es cierto que era un acuerdo no hablar ni preguntar esas historias de antes, de sueños rotos, ilusiones canceladas, de amor roto. Si por lo general intentamos no recordar los motivos que a cada una de nosotras nos ha traído hasta aquí, ese día, al amparo de la crisis, decidimos romper el silencio. ¡Qué bueno que lo hicimos! Este es mi testimonio. Aquella vez, aquella única vez, no les conté un cuento, sólo les conté la verdad, así, cruda y llena de cicatrices.*

*Cuando una ha permanecido amarrada, escribir lo propio se convierte en un asunto que late desde el corazón, cuesta ordenar las ideas, mover la mano, seguir sin llorar.*

*Estamos solas. Mi niña se adelantó, yo la ayudé. Nada más termino y la sigo. Es sólo un momento más.*

*Los hombres y las mujeres que trabajaban en el albergue se marcharon hoy en la mañana. Hasta la madre Antonia ha decidido ir a ver si puede ayudar. Ella no les teme a los de Migración. A nosotras nos ha pedido que no nos movamos, es peligroso, podríamos volver a caer en la violencia infinita y circular de la no migración: cada quien de su tierra, cada quien a su cárcel, de cada quien su pequeña y quebrada ilusión de emigrar para mejorar.*

*Dicen que han matado a muchos. Ya nadie podrá pasar. Eso dicen. Les creo. Los muros crecen, como nuestra necesidad.*

Estamos cerca de la frontera sur.

Los muros crecen.

Cada que usted camina las calles de estas ciudades –que se inventan una a la otra a la otra a la otra al infinito– aprende una historia y llora una esperanza rota, así es como se nos atrofia la ilusión de ayudar. Los niños están ahí, intentando sobrevivir en trabajos que sólo les enflaquecen el cuerpo y les quitan su derecho a jugar.

*Sonido de oboe, piernas abiertas, caricia de hombre. La ciudad niña cierra sus ojos para que le nazcan perlas collares caminos. Pero a cambio, le nace un río de sangre. Ha dejado de ser niña, la niña ha dejado de ser. Casiana la extraña. Extraña su situación de mujer inocente y libre.*

*Casiana decía que le hubiera gustado aprender a amar, pero la dañaron tanto, tuvo tanto que pagar, que ya sólo esperaba que el amor la tomara desprevenida, olvidada de la brutalidad de los hombres y las mujeres que en su camino la despojaron no sólo de sus quetzales, sino de sus fotografías, su ropa y su dignidad.*

*Casiana es mi amiga, por eso, cuando empezamos a alzar la voz, me miraba con temor, sabía que tendría que repasar su historia para que yo la escribiera. Y al hacerlo los hilos que la han sostenido se romperían para desnudar su cuerpo de memoria aún caliente por las manos del último hombre que la golpeó. Soy una mujer fuerte, me dijo un día, pero cuando me da por pensar en mi vida, antes de que me trajeran para acá, entonces, soy sólo una pendeja más, que cayó en las garras de la promesa.*

*La casa donde la madre nos dio refugio llegó a ser más nuestra que nuestros cuerpos, más nuestra que nuestros niños. Casiana tiene un hijo. Yo, una hija. Yo tenía una hija.*

*Como otras y otros que pasaron por aquí, sólo venimos a curarnos, pero nosotras decidimos quedarnos y denunciar. Mi hija está conmigo, al hijo de Casiana lo vendieron. El agua del río está muy crecida. La corriente nos llevará a mi niña y a mí. Huele a lodo. De nada me sirvió estudiar y escribir, de nada me sirvió querer salir adelante. No hay adelante.*

*Ni atrás.*

*A cambio de nuestro testimonio, los policías que vinieron ayer nos ofrecieron una especie de refugio político. Esa sería nuestra recompensa por ayudar a otros que necesitan miradas educadas y conocedoras del delito para que de sólo verlos se les identifique como víctimas y no como delincuentes.*

*Pero en las leyes de este país la trata de personas no existe, sólo existen sus víctimas, y por eso no pueden castigar a los delincuentes. No hay delito. A pesar de todo esto dicen que no hay delito.*

*Ni Casiana, ni yo, ni las otras y los otros que pasaron por este albergue ya deshabitado tenían vida afuera, ni siquiera mi niña. Por eso jugamos a que cada una es una ciudad y nos visitamos cuando nos miramos. Estamos locas. Sólo un poco. Sólo lo necesario para seguir con vida. A mi hija ya no la tocaron. La logré salvar de la violencia.*

*A mi niña le contaba cuentos de hadas. No tenía caso ya que volviera a Guatemala; ¿a qué?, ¿a que la despreciaran por tener una madre sucia y fracasada, a que se burlaran de su sueño de mejorar? Mejor que se quede con sus hadas.*

*La madre Antonia dice que si esta vez escribo la realidad, nuestras historias no se volverán a repetir. Que si escribo, denuncio. Y hoy ando denunciando.*

*Sólo eso tengo ya, a mis palabras que no tocaron, a mi niña que no violaron, a mi testimonio que dejaré acá, antes de meterme al agua.*

*La respiración de Julián se tranquiliza, pero no me toca, sólo me mira, siento su mirada golpeándome la espalda, el corazón me late en la mano, perdón por la letra, perdón por la palabra, perdón por el silencio.*

“El hombre, con sed de mariposas en los dedos, toca el oboe”. Así iniciaba el mejor cuento de María. La primera vez que lo leyó, Casiana le preguntó: ¿cómo es un oboe? Después no le preguntó nada más. “Toca y llora. Así son los hombres que entran al laberinto azul, un poco torpes, un poco extraviados, un poco solos”.

Al final lo hemos capturado, pero dicen que por falta de cargos lo pueden liberar y entonces romper la cadena de esa delincuencia que de tan organizada parece natural. Él es una pieza clave de la red de tratantes. Por eso era importante tener este testimonio que ahora les leo, es el testimonio de una víctima: María.

*Dejo la pluma un momento. Mi niña ya no respira. Sólo continuó para terminar la carta antes de alcanzarla. Me iré con mi chiquita. Ya no nos molestarán más.*

*Es triste ver llorar a una mujer, pero ver llorar a los hombres que han sido abusados es un dolor que todavía no puedo digerir. El hombre que se fue hace tres días no iba a regresar a Guatemala, me lo confesó. Se fue para quitarse el resto de su sufrimiento, se fue a morir por su propia mano.*

*Lo entiendo. No pudo olvidar.*

*Nosotras tampoco.*

La soledad fría que ahora la habita, sucia manta para concluir su vida, principio del tiempo seco, fue la mejor de sus compañías. Robo del aire una palabra que me nombre quebrada, que me oculte la vida con su estúpida certeza de futuro. No tenían ya esperanza, ni amor ni dolor ni vida. Estaban secas en el camino de la primavera. Sin siquiera esperar ya que las pisaran. Todas ellas víctimas. No las pude salvar. No las pude salvar. Dios, tú me has abandonado. Perdón, continúo.

*Todas, de algún modo, con su presencia aquí, con sus risas, sus gemidos, su respirar, me demostraban que no debía esperar, que así se desespera. Y me he puesto a guardar ilusiones en el costal de la realidad. Mi cuerpo está cansado, como mi fantasía.*

*Amaba a un hombre al que desprecio.*

*Tengo miedo. Los ruidos de la noche están encima nuestro. Vendrán a comernos los animales, seremos el almuerzo de los gusanos. Abrazo a mi niña que cada vez está más azul.*

*Continúo. Cuando conocí a Julián yo era escribiente de cartas para los que estaban del otro lado, que es éste, y es, por si alguien me lee, exactamente igual. No hay país de las maravillas.*

*Murmullo de viento viejo. Dejo que Julián pase por mi carta, que deje su huella, aunque esté sucia, aunque huela a plomo, aunque sepa a policía.*

*Julián es un hombre de atrás, pero lamentablemente sigue siendo un hombre de adelante, de un lado, de arriba y, también, de abajo, sobre mí, pero también adentro. Soy una víctima y no dejaré de serlo aunque lo encarcelen. Hombre luna, lunares de una*

*canción apenas recordada. Nostalgia. Hombre nostalgia, que dijo amarme y me prometió una vida mejor. Sólo me dejó preñada de esperanza y de mi hija, la que ya no espera nada, como yo.*

*Estoy borracha.*

*Julián me vendió.*

*Como a las otras, como a todas las que estamos acá, cuidadas de la mano delgada, vieja y venosa de un Dios que en el último momento volvió su mirada hacia acá, pero no nos vio.*

*Yo era una migrante en potencia: tenía lo suficiente para emprender la aventura: la necesidad, el sueño y la valentía.*

*Julián me contó una historia linda, corta, muy corta quizás, y muy simple, pero yo sólo esperaba una palabra distinta y él la traía y yo quería escapar y él se dio cuenta. Lo cierto es que no soportaba más los días secos y de hambre, el trabajo que no da frutos, la enfermedad de mi padre y la falta de respuesta sobre mi petición de trabajo para irme a la ciudad. Me sentía sola e incomprendida. Lo invité a pasar a mi vida. Me tomó de la mano, sonrió, y como el mejor de los mentirosos me contó una historia en la que yo, bella protagonista, triunfaría sobre la calamidad.*

*Después, claro, yo, sin papeles, no podía ir a denunciarlo. Nosotras, sin papeles, no tenemos ningún derecho, ni siquiera el derecho a la dignidad.*

*Lo odio. Pero no tocaré a mi niña. Logramos escapar.*

El viento silva enojado, son árboles histéricos que susurran una discusión de siglos. Regresan al viejo tema de la violencia. Yo me río mi risa de monja loca. No me preocupa nada. Sólo quiero morir. Mañana mismo cierro el albergue. No hay nada que hacer. Nadie nos apoya. Y no puedo ver más sufrimiento.

*A Casiana le nace de la mano una ciudad verde mar que murmura ríos acariciados por casas piedras hombres soñados solos con su tierra que son sus piernas y sus brazos que son sus letras y sus amores que son imposibles. Ella también se quitó la vida. No me alcancé a despedir.*

*Cuando miro a Casiana y miro a las otras, es como mirarme en un espejo, en sus ojos se reflejan las ciudades, las abiertas, las cerradas, las de murallas, las poseídas, las locas, las delirantes putas santas tibias calientes frías heladas ciudades de piel de llanto de hierba sin tierra, de mujer. Ciudad es mujer.*

Casiana no sólo fue prostituida, a ella también se la llevaron a un campo de cultivo. Y junto con los hombres la penetró el cansancio, la suciedad, la falta de libertad, las horas eternas agachada y trabajando, el hambre, la sed y el sudor de quien sólo puede dormir cuatro horas al día ¿Lo imaginan ustedes?

*A la vieja Casiana le cansaba su propia historia, tenía pereza porque no encontraba ya ventanas ni espejos ni los ojos de alguien que la nombrara al narrar. Tan sola estaba la pobre, tan necesitada de que alguien le diera valor, tan desposeída de ella misma. Casiana necesitaba todavía los golpes. Pero los necesitaba porque después de que la golpeaba, este hombre la acariciaba y la limpiaba y le pedía perdón, como si fuera su hija, como si de verdad le doliera estarla prostituyendo, como si de verdad la amara, el mal hijo de Dios.*

*En el fondo, todas nosotras extrañamos la caricia primera, la de la madre que te recibe en el mundo y no te pide nada a cambio. O al menos no el primer día, en la primera mirada, con la primera sonrisa.*

*Cuando les dije esto Casiana interrumpió:*

*—¿Que no te pide nada a cambio?, ¿qué me dices?, ¿qué no sabes que yo tenía que cogerme a mi abuelo porque él y la abuela me cuidaban? Si tu madre te quiso bien, pues qué suerte la tuya. Mi madre fue una cabrona y nunca le voy a perdonar que me haya dejado con mis abuelos con el pretexto de irse a la ciudad a conseguir plata. A mí de qué me servía que mandara dinero si sólo me tenían ahí de su pinche sirvienta, que en las noches calmaba las ansias cerdas de mi abuelo.*

*Sigo con mi historia. Cuando conocí a Julián, a quien me regalé para que luego me vendiera, me enamoré enseguida. Un hombre algo viejo, pero miré que en sus ojeras se mecían dos sueños de invierno de ciudad. Me presenté, soy María, escribo cartas y leo mucho. Él dijo que me conseguiría trabajo del otro lado.*

*Este es mi relato. Seguro resultará uno de esos relatos acongojados en los que nos gusta regodearnos a las mujeres. A los hombres menos, porque se les ha negado ese derecho, derecho a la cursilería, a la inmediatez, al arrebató que se aleja de la razón. A cambio de ello, a los hombres les regalan una botella y una puta. Pueden ser alcohólicos y tener mujer, pero no pueden embriagarse y amar.*

*Por increíble que parezca, Julián, el mejor enganchador de la región, puede tener mucho dinero y muchas mujeres y mucho poder, pero no puede acceder al arrebató ni a la pasión, por lo mismo no puede ser amado, por eso se va, porque sabe que nadie lo podrá amar. O eso quiero pensar. Quizá ni siquiera tiene corazón.*

*Me sirvo más licor. Mi niña es un ángel.*

*Una de nuestras ciudades era un pequeño con discapacidad que cuando escuchó que Julián y sus hombres llegaban se puso a reír. Así lo dejé, riendo. A él lo filmaron haciendo cochinas para luego venderle los videos a viejos pervertidos y cerdos. El niño reía risa larga, de esas que acaban en una queja sorda. No lo pude salvar, sólo podía con mi hija.*

Llena de emociones encontradas, me sumo aquí, ante ustedes, ante las cámaras, ante los buenos jueces y la buena justicia, en la desilusión, en la seriedad de un mundo que ni siquiera da los buenos días.

*Tiempo de quebrados dioses, aves sin alas, sueños sin carne. Para sobrevivir, dejé de sentir.*

*Cada día debía hacer el amor con más de 10. Ya ni siquiera me dolía. Ni les miraba la cara. Ya ni siquiera miraba mi propia cara, me daba miedo encontrarme con mi cuerpo manchado y herido.*

*Julián, al que sólo le pedí que me amara, aunque fuera un poco, me enseñó el sutil arte de destruir a una mujer. Ahora tengo que hacer un gran esfuerzo todos los días para seguir esperando algo de mí, de este cuerpo que me habita, de esta alma que me late, de este corazón sin voluntad de más. No es a Julián al que extraño; extraño mis ganas de vivir.*

*Cada vez menos, cada vez más desdibujada, sombra apenas, lirio muerto, me decido a dejarme llevar por la marea de una frontera contaminada, de un trabajo de superficie, de unos amigos que nunca existieron. Amante de la gran república, mi pueblo se derrumba conmigo, nos agotamos en la proliferación de imágenes y nos fascinamos ante nuestro rostro tantas veces reproducido y distorsionado en los espejos despostillados y sucios de los cuartos oscuros de los botaneros en donde a todas nosotras, las muertas sin nombre ni nación, las desaparecidas, las que no retornarán, les tocaba cada tarde y cada noche acallar el hambre de mujer de todo aquel que tuviera algunos billetes para perder su resto en la apuesta del comercio sexual.*

Detrás de las imágenes no hay nada, ni siquiera ellas, ni siquiera ellos, ni nuestros sueños imaginados, nuestros sueños escritos, inventados, mutilados y destruidos. Detrás de los reflejos de las ciudades no queda ya nada. ¿Dónde quedó la ley?, ¿en dónde hay aunque sea un rastro de legalidad?, ¿qué fue de ese Estado que nos prometió seguridad?

*Ojalá hubiera podido ayudar a mi hija a disfrutar el resto de su inocencia. Pero el tiempo del cinismo y la desesperanza hizo nido en su cabello sucio, sus uñas negras, sus zapatos viejos de caminar, en el resentimiento que hace trenza y baja por su espalda para acomodarse encima de su espaldita flaca de hambre.*

*Mi niña no tendrá la infancia de Casiana que creció en la soledad. Su madre la abandonó en la casita de los abuelos que la sumieron en un cuarto oscuro en el que apenas y dormía tres horas y en el que debía comer a oscuras su ración diaria de frijoles con tortilla.*

*Cuando la madre de Casiana llegaba a ir al pueblo ni siquiera hablaba con ella, no la tocaba, no le cantaba o contaba cuentos, apenas y la mantenía con vida, como a un animal que se ha heredado, como con miedo a mirarla y descubrir el infierno en el que la había abandonado.*

*Escucho esa respiración cerca, no quiero ni siquiera voltear, seguiré escribiendo hasta que esto acabe. No le daré el gusto de matarme. Lo haré yo misma. Si te quedas esta*

*carta, Julián, sólo espero que cada una de las letras se grave en tu piel y te quemé en la conciencia.*

*Cuando a Casiana se le abultó el vientre, fue el abuelo el único en darse cuenta.*

*–Ya ve, hija, por andar de puta... Ande, la llevo a que le curen la inflamación.*

*Y la llevó a abortar. Pero el médico del pueblo salió más caro de lo que el abuelo creía, y además Casiana ya iba para siete meses de embarazo. Total que salía más barato que la criatura naciera. Y nació. Fue un niño. Y fue el mismo abuelo el que se encargó de venderlo. Todo fue muy rápido, tan rápido que la madre de Casiana no lo pudo ver y ojos que no ven responsabilidad que no nace, así que sólo la consoló un poco cuando ella le pidió llorando que no la dejara en aquella casa.*

*–Pronto podrás venirte con nosotros, hija. La señora de la casa en la que trabajo dice que si sigo ahorrando, en unos dos años ya me alcanzará para rentar un departamentito.*

*¿Dos años? Una eternidad. Por eso Casiana caminó hacia la frontera. Creía que en México todo le iría mejor.*

*La huella del camino accidentado hace sombra en las ojeras de mi amiga. Viajó en camiones llenos de manos que la violaron, de voces que la insultaron, de instrucciones que no entendía. La han vendido y regalado y tocado y usado. Su piel está dañada de sol y hambre, pero ni la tierra ni los hombres y mujeres que pasaron sobre su voluntad han logrado, ni lograrán, tenerla completa. Casiana es resistente. Seguro escapó. Seguro escapó.*

*De mí sólo puedo decir que Julián no me mandó a volar, me mandó a aterrizar, a hacerme una con el pavimento para que me pisen, para que me escupan, tiren chicles en mi espalda, pasen botas por mi cabeza y me entierren viva en mi cuerpo aplastado, atropellado, malsana carne con la que ni siquiera puedo amar a plenitud.*

*Julián trabaja en tallar su imagen de hombre de una pieza, se aprende tan bien las promesas y las dice tan clarito, que una se las cree. Es un enganchador de prestigio. Es un hombre poderoso y yo junto a todas las que ha enganchado sólo fui su juego, la pieza que le faltaba a veces, la mujer fuerte que no espera nada de él, fui su amante de a ratos, y de a ratos fui su burla.*

*Casi puedo sentirlo, es él, que se acerca. El lodo moja mis piernas que se han quedado dormidas.*

*A pesar de que ahora sé que es un delincuente, debo reconocer que siento pena por él. Julián fue un niño abusado. Fue su tío el que lo inició en el camino de la violencia. Él me lo contó. Pobre. Un niño de siete años al que su tío le pide que con calma, con precisión y en silencio, lo ame.*

*Julián ya está un poco viejo. Tiene los dientes delanteros separados. Y las manos gruesas chatas torpes, pero las miré tan llenas de una pasión encerrada que me llamó a tomarlas entre las mías.*

*Cada que hablo de Julián mis ojos se llenan de lágrimas.*

*Lo odio.*

*El viento sopla y todas las ciudades nos movemos en abanico de puertas, ola de susurros, canciones de cuna de cuando éramos niñas y nos amaban con el mejor de los amores.*

*Escucho la respiración. No son los judiciales ni los policías. Es Julián, me mira, escucho claro que ha sacado su pistola. Estoy aterrada, el corazón se me va a parar. Abrazo a mi niña. Y me despido.*

*Siempre es lo mismo, antes que la justicia llegaran los criminales. Esta carta no llegará a su destino. Te la quedarás tú Julián, para que te retuerzas de culpa, maldito. Sí, tengo miedo, todavía te tengo miedo. No, no voy a voltear. Dispara ya. Aquí yace una mujer valiente, que se salió de tu poder. Dispara. Dispara. Tengo frío. Mi niña parece descansar.*

Llegamos justo cuando Julián disparaba. Ahora él está en la cárcel. Pero sé que pronto saldrá. No encontraron a Casiana. Pero la sombra del sufrimiento va con ella. A María y a su niña las enterramos hoy. Pero las víctimas crecen como los árboles. Soy la madre Antonia. Y les pido justicia, no en nombre de Dios, sino en nombre de todas las víctimas. Es todo.





¡HUYE,

SHAKA!

# Colombia

## Nuevas esperanzas

RAMIRO GARCÍA MEDINA

*A la memoria del Negro, mi padre.*

— I —

ERICK NO SE ENCONTRABA EN LA CASA, a las seis de la tarde, cuando Shaka llegó del mercado con la satisfacción de haber tenido un buen día: había rescatado de la basura tres papas y había guerreado con un perro un trozo de carne hasta quedarse con él. El perro la siguió varias cuadras con un trotecito lento, algunos niños la señalaban y se reían, convocaban a otros y seguían un poco... al perro. Ella estaba concentrada en evitar una nueva contienda con el animal. Ya se había resignado a que los días de buena alimentación estaban supeditados al auxilio de la Divina Providencia, y este era un día de esos en los que había estado con ella. Cuando la sopa estuvo lista Erick aún no había llegado y ya pasaba de las ocho de la noche. Recordó que debía acomodar el plástico del techo y lo hizo con el palo de la escoba. Vio, en lo alto del cielo, la luna creciente y los recuerdos se le vinieron a la mente con un escalofrío. “Que Dios me lo proteja”, pensó. Cuando terminó de arreglar el plástico para que las goteras no se colaran en la casa, en caso de lluvia, apagó los trozos de leña del fogón y decidió esperar a su hermano para cenar. Se sentó en el

piso y se dio cuenta de que el cansancio del cuerpo y la lentitud de sus razonamientos eran por el hambre acumulada: no había comido nada en todo el día. Reconsideró su decisión y comió de la olla con cuidado de dejar el mejor trozo de carne y la papa más blanca para su hermano.

Shaka había decidido hacerse cargo de Erick desde el mismo momento en el que fue consciente de su situación. Habían sobrevivido juntos a la masacre. Erick –que en ese entonces no se llamaba Erick sino Wara– se encontraba al lado del Cristo sobre el que había estallado la pipa de gas cargada con pólvora y aún así, cuando el estropicio de fin de mundo terminó y cuando lo que ella creyó que era el juicio final había llegado al final, se dio cuenta de que Wara continuaba allí, con sus ojos abiertos y la mirada asustada, pero sus otros 12 hermanos, su madre, su padre, los cuatro padres de sus hermanos –hijos de su madre con ellos– y las tres madres de sus hermanos –hijos de su padre con ellas– habían muerto. Quizás, el buen uso que había hecho la familia de la cultura poligámica era lo que había permitido que los dos salieran vivos de la iglesia y del pueblo. Un pueblo del que pocos de los miembros de las 24 familias que lo conformaban habían quedado para recordar lo que pasó.

Después de cenar Shaka pensó en acostarse a dormir. Solía acostarse con la esperanza de despertar en otra realidad: en una realidad de sueño, también diferente al temor que sentía cuando soñaba. Estaba cansada, pero no podría dormir mientras su hermano no llegara a la casa. En los últimos meses Erick había comenzado a trabajar. Ya había cumplido los 17 años y había terminado quinto de primaria. En Bellavista, el pueblo del que salieron después de la masacre, no estaba bien visto que una persona estudiara toda la primaria, porque después de la lectura del nombre, la escritura del mismo y una cierta habilidad para las matemáticas prácticas, cualquier interés de estudio no era más que un indicador de dos posibilidades: haraganería o intención de evadir el trabajo. Por eso, Erick había dejado la escuela al terminar quinto de primaria, a los 17 años, y era más de la educación que necesitaba para vivir. Ahora había comenzado a llevar a la casa algunos víveres, principalmente arroz. Después del arroz todo era ganancia y lujo. Aun así, el trabajo de Erick, del que no tenía mayor conocimiento Shaka, no era estable; estaban supedi-

tados a los días en los que la Divina Providencia se acordaba de él y le proveía la ocupación para llevar algo a la casa. Era un día particularmente bueno.

Shaka sentía una gran alegría por la suerte con la que contaba Erick. Ella, que estaba segura de ser una mujer que sabía hacer de todo, no había logrado conseguir un trabajo, por simple que fuera. Dos meses atrás había llevado la última hoja de vida. Estaban requiriendo una mujer para trabajar en el aseo de los baños públicos de la terminal de transportes. Tuvo que esperar a que la psicóloga de la empresa pudiera recibirla. Después todo fue tan rápido que Shaka se sorprendió y en ocasiones pensaba en la entrevista y la reconstruía buscando en qué se había podido equivocar. Recordaba que al entrar estaba alegre y que alcanzó a ver a la psicóloga con una cantidad inclemente de papeles en las manos. La vio descargarlos y preguntar, sin saludar:

—¿Usted qué sabe hacer, señorita?

Shaka sonrió con la certeza que le dejaba el orgullo propio.

—De todo, *dотора* —le contestó.

La psicóloga asintió con la cabeza y le echó un vistazo sombrío y severo.

—¿Qué es de todo?

Shaka continuó sonriendo, como impulsada por una fuerza interior.

—De todo es de todo, *dотора* —hizo una pausa, recapitulando—. Sé hacer todo lo de la casa: arreglar el tejado y los plásticos del techo, organizar y clavar las tablas de las paredes, hacer los huecos y clavar las estacas, sembrar la yuca, el plátano y el maíz. También sé cocinar y hacer el aseo... y cuidar a los niños...

Hizo una pausa para sonreír con mayor seguridad.

—...también sé escoger y amontonar leña seca, deslizar y manejar una canoa por el río Atrato, pescar con anzuelo y atarraya —levantó la mirada, escudriñó en su pensamiento qué podía faltarle y finalmente exclamó—: ¡Ah!, también sé hacer mates de totumo y fermentar el *biche* para las fiestas.

La psicóloga siguió afirmando con la cabeza, como si se tratara de un movimiento compulsivo.

—¿Qué grado de educación tiene? —le preguntó.

Shaka se sintió extrañada por la pregunta. La psicóloga notó el desconcierto al verla desdibujar la sonrisa de sus labios. La cuestionó de manera diferente:

–¿Hasta qué año estudió?

Shaka recuperó la sonrisa y, aunque no comprendía qué relación podía tener el estudio con lavar los baños, consideró que en ese asunto también estaba con ventaja.

–Quinto de primaria –contestó con orgullo.

La psicóloga se levantó y sin dejar de afirmar con la cabeza la despidió:

–Que tenga buena tarde, señorita –le dijo–. Vamos a estudiar su hoja de vida y en caso de resultar seleccionada para el cargo la estaremos llamando.

–¿Ya? –preguntó Shaka con incredulidad.

–Es suficiente por el momento, señorita. Que tenga buena tarde.

Shaka no lograba ubicarse en la vida, en su nueva vida. Durante años había hecho todo lo que requería para el futuro. Había aprendido todo lo que su entorno le exigía y estaba completamente segura de haberlo hecho bien. Pero en Nueva Esperanza no sólo la vida era distinta, también era distinta la forma de entender la vida. Al pensar en la entrevista se había dado cuenta que el teléfono servía para eso, para que la llamaran a trabajar. Le parecía inaudito que sabiendo hacer de todo hubiera perdido una oportunidad por no tener algo tan inútil como un teléfono. En ocasiones pensaba que la habrían podido buscar –la forma correcta de hacer las cosas, según su consideración–, pero como Nueva Esperanza era un barrio en crecimiento diario, dar con la casa era un asunto complejo. Shaka consideraba el teléfono uno de esos aparatos lujosos y estorbosos, con la única utilidad de complicar el desplazamiento de las personas en la casa. No le encontraba significado a un televisor que reproducía gente con la que no se podía hablar. No entendía cómo podía sustituirse el *rayo* o la piedra de refregar la ropa por una máquina con la que se podía hacer dormir a los niños con sus ruiditos musicales, ni cómo se podía cambiar el delicioso sabor de la comida cocinada con leña seca por una comida hecha en fogones que encendían solos y le quitaban el sabor al maíz. Pero de todos los cambios, ninguno le parecía tan radical como las personas y su forma de ser, principalmente las mujeres. No encontraba razón para subirse en peligrosos artefactos,

con estructuras complicadas que exigían un ejercicio de equilibrio, en lugar de su natural costumbre de andar a pie descalzo, nutriéndose de los minerales del suelo, o en su defecto, en delgadas sandalias de fique que le permitían conocer la forma de la tierra, todo por verse cinco centímetros más alta. Tampoco consideraba lógico cambiar las faldas cómodas, que le ventilaban el cuerpo, por apretados pantalones que no permitían respirar; ni el cambio de las blusas con sus colores resplandecientes por apagados colores mortuorios, e incluso, cambiar el transparente natural de las uñas por nacarados colores artificiosos que se descascaraban con el paso de los días. En todo caso, lo único que lograba sacar en claro era que la gente hacía un gran esfuerzo por ser diferente a lo que realmente era.

Con el paso de los días se ocupó de un tema realmente cardinal. Shaka nunca pensó en el color de su piel en Bellavista. Argumentar en razón del color negro de la piel habría sido inútil porque no era diferenciador. Estaban todos tan incluidos en esa cualidad, que nombrarla a través de un adjetivo con intención peyorativa era inimaginable. La seguridad de inclusión era mucho más que una forma de regular las relaciones entre todos, era un principio fundamental de igualdad que respaldaba el respeto sobre el que se fundaba la comunidad. Por eso, no lograba comprender a cabalidad que ser nombrados, con su hermano, como los *Negros*, tuviera una intención ofensiva. Por el contrario, lo sentía como un reconocimiento a los muertos que había dejado en la masacre. También eran sus muertos la razón por la que se llamaba Shaka. Era el último nombre con el que había vivido en Bellavista. La habían bautizado Ana, la habían registrado Ana Yirleza, pero cada tanto tiempo, cuando pensaban que el nombre se había desgastado, lo cambiaban y el último, el que tenía el día que salió de la iglesia, era Shaka; a diferencia de Wara, que un año después de estar en Bellavista había decidido que su nombre ya se había desgastado con el uso y entonces lo cambió por Erick, que de acuerdo a lo que le explicó a su hermana se ajustaba más al lugar en el que estaban viviendo. Para ella era tan natural el cambio de nombre de su hermano como el color negro de su piel. Sólo cuando uno de los vecinos asoció a su color una expresión que representaba una forma abierta de ofensa pensó que al nombrarla *Negra* se tenía la seria intención de

faltarle al respeto. Sucedió en una mañana de martes, cuando la Divina Providencia llevaba tres días sin acordarse de ellos y resolvió que no podía continuar pensando como pensaba toda la gente en Nueva Esperanza, y que ella, que sabía cómo se sostenía un hogar, estaba en la obligación de hacerlo. Sembró en la tierra, frente a la casa, unos granos de maíz que había seleccionado por la buena calidad de la mazorca. Uno de sus vecinos, a quien llamaban el *Colorado*, por tener la piel tan roja que daba la apariencia de que la sangre le circulara por fuera del cuerpo, la vio en la tarea. Se acercó con la sonrisa en los labios, la observó sin hablar y cuando Shaka había cubierto el maíz con tierra y lo regaba con agua de la acequia, la miró de frente y negando con la cabeza le dijo:

—¡Negra bruta!

Ella no entendió la lógica del pensamiento de la gente que no tiene plata para comprar maíz, pero espera a tenerla en lugar de cultivarlo. No entendió la relación que establecía su vecino entre la inteligencia, la alimentación y el color, y terminó pensando que no era un asunto de color ni de inteligencia, pensó que era un asunto de desprecio, no tanto por las palabras sino por el gesto agresivo que hizo con el rostro cuando se lo dijo. Al ver su expresión sintió miedo. Al amanecer del día siguiente, faltando cinco minutos para las seis de la mañana, las palabras que había escuchado del padre Pescador, después de la masacre, sonaron en su sueño como una premonición:

—¡Huye, Shaka!

## ..— II —..

Atún regresó a Bellavista convertido en el padre Pescador. Llegó con el corazón limpio y sin amargura después de haber llorado durante todo su proceso formativo en el seminario. No se dio un solo día de tregua en el análisis de la situación moral del país y de su pueblo, pero tampoco lo tuvo con la comprensión de lo que no sabía y había comenzado a saber. Añorar lo que no se conoce es como imaginar algo que no existe, pero a medida que avanzaba en sus estudios comenzó a comprenderse a

sí mismo, su situación en el seminario, las actitudes frente a él y hasta la burocracia eclesiástica, para la cual él no era más que una cuota de cumplimiento en relación con las negritudes, de acuerdo a las leyes nacionales y las necesidades clericales.

El seminarista Atún se convirtió en un libro más de la biblioteca. A la par con los tratados teológicos bordeó los estudios de sociología, antropología, psicología y lingüística, hasta llegar a la conclusión de que la situación de Bellavista no era una fortuita circunstancia en la vida, sino una sistemática y estructural forma de ser excluidos del desarrollo social. Comprendió la importancia del mantenimiento del *statu quo*, del discurso dominante, de las estructuras de poder y también comprendió cómo, aun al interior de la iglesia, un grupo de hombres consideraba que le había sido dado el argumento inmanente de decidir sobre los demás y la potestad de mandarlos a morir de hambre, sin resquemores sociales, en el olvido de las instituciones y el Estado.

Trató de comprender las *Estructuras elementales del parentesco* para descifrar el intrincado tejido social de su familia extensa, donde la poligamia se conjugaba en los dos géneros y era tan regular la poliginia como la poliandria, y la diferenciación de géneros no hacía una gran diferenciación de tareas culturales, sino que se daba más en función de las actividades reproductivas. Examinó la ontología buscando las notas inherentes de la realidad; la epistemología, para desentrañar la verdad, y buscó una metodología que le permitiera compartir lo que había aprendido con su gente, sin temor al error o al engaño. Pensó que hablar de desarrollo social era hablar de desarrollo humano, y que el desarrollo humano necesariamente tenía que pasar por estrategias sociales de inclusión, principalmente en la educación, y que hablar de educación no era hablar de aprender a leer y escribir el nombre, era darle a la gente las herramientas para analizar y comprender la realidad compleja de la vida. Desde esa reflexión llegó a la conclusión de que eran excluidos de la educación para evitar que ejercieran sus derechos como sujetos sociales, con capacidad de disertar y exigir, y que se trataba del más complejo andamiaje histórico que había comenzado cinco siglos atrás. La exclusión de la gente de su color provenía desde las épocas inmemoriales de la colonización, cuando los negros africanos eran descar-

gados en el puerto de Cartagena para ser comercializados por todo el país. La libertad de papel que se les había dado era una triquiñuela social: eran libres para morir de hambre. Y así, habían terminado reducidos a pequeños caseríos olvidados, en los que la seguridad social, la igualdad de oportunidades, la democracia y hasta la esperanza de la Misericordia Divina no existían, porque su gente no tenía conocimiento de ellas.

Fue una época de emociones encontradas, de dolores sentidos en el alma, de darse cuenta que el saber no libera y que de alguna manera obliga. Su primera intención fue armar una gran revolución social, un estruendo de puta madre para que el país los escuchara. Pero entonces, se dio cuenta de que los mecanismos sociales para gritar tan fuerte que todos los pudieran escuchar estaban también en manos de quienes habían ahogado, históricamente, su voz. Pensó en el suicidio. El corazón se le llenó de odio y frente al Cristo pidió perdón por sus sentimientos. Sumido en la oscuridad que le había dado el conocimiento comenzó a reflexionar sobre Bellavista. En ese momento salvó su vida.

El dolor de la discriminación y la exclusión social fue menguando al reconocer en el desarrollo de su pueblo unas características comunitarias utópicas. Bellavista era un caserío de afrodescendientes que no conocían la envidia y en el que el dolor físico o psicológico de uno de sus miembros era compartido por todas las personas. Un lugar donde la búsqueda de las soluciones no estaba marcada por un mezquino interés particular, y la ambición de la riqueza material no existía porque nunca habían tenido la oportunidad de saber lo que era riqueza material. Por eso, por ser así, por vivir en un ambiente lacustre, con lluvias inclementes que podían durar todo el año, siendo productores, recolectores y pescadores habían logrado sobrevivir a la corrupción social, a los inclementes embates de la violencia política, a la desgracia de ser fichas del ajedrez nacional, en el que claramente se podían identificar los intereses económicos de ciertas familias colombianas. Familias que cada 40 años han tenido un presidente en el trono del poder regulando las finanzas e intereses sociales de su familia, para los próximos 40 años. Habían sobrevivido al hombre blanco de intenciones igualmente blancas, porque las intenciones negras de los negros eran

sin lugar a dudas intenciones más humanas, más filantrópicas y más bellas a los ojos de Dios. A sus ojos, el color que debía llevar la novia en el altar era el negro, porque las intenciones y el alma negra eran las que realmente representaban la pureza de corazón. El dolor que le salvó la vida fue el de comprender que lo que ahora sabía y sus propias reflexiones lo estaban acercando a un sentimiento igual al que *otros* argumentaban para discriminarlo: un recalcitrante resentimiento por el hombre. Terminó extenuado con sus reflexiones y concluyó, en su trabajo final, que un hombre podía llenarse de razones para odiar o para amar y que escogerlas, para sembrar sus semillas en el corazón, era “libertad”, la libertad de vivir aun a pesar del olvido. Se llenó de amor por su pueblo para sobrevivir al dolor que le causaba el reconocimiento de la discriminación del ser humano por el mismo ser humano, en función de un sistema axiológico ininteligible, basado en una construcción social desigual conservada en el tiempo a través del abuso del poder político y económico.

Sintió una gran alegría al comprobar que iba a volver a Bellavista, el lugar sin lugar en el mapa y sin recuerdos construidos para la historia del país. Desembarcó en Vigía del Fuerte y con la certeza de llevar en la mano el Cristo del amor caminó hasta Bellavista. Pero la ruta de regreso, que lo llevaba a su gente, le mostró el macabro espectáculo de la transformación. No tardó en comprender que el pueblo se había convertido en una ruta importante para el tráfico de drogas desde el sur y con proyectos gubernamentales –embolados en la consecución de la tierra– para la construcción de una carretera tan ancha y larga como el río Atrato, que uniera con asfalto lo que ya estaba unido por la naturaleza. Bellavista, el pueblo olvidado, había adquirido importancia para los guerrilleros, los paramilitares y los políticos. El paso estratégico hacia la costa atlántica y Panamá, para el tráfico de drogas y armamento, había puesto al lugar –y no sus habitantes– en las bitácoras del desarrollo nacional. Pero todavía quedaba un asunto por resolver y era el de determinar cuál de las fuerzas en conflicto lograba el dominio de la región. Cuando Atún llegó del seminario convertido en el padre Pescador, los guerrilleros habían comenzado a imponer su doctrina ideológica, basados en el metódico ejercicio de la violencia.

El padre Pescador comprendió de inmediato que la realidad del desarrollo del país los estaba alcanzando, y que en el fondo ellos no eran más que una piedra en el zapato para quienes habían trazado el curso de la carretera transatlántica y supo, además, que había sido una sorpresa para el Estado saber que en esas lejanías selváticas e inhóspitas existían seres humanos. A los pocos días reunió al pueblo y les pidió que sacaran una consigna pública en la que se rechazaba abierta y radicalmente cualquier forma de intervención militar y se le pedía a los “extraños” que se retiraran. Los habitantes, que habían comenzado a sentir temor del sonido de las botas militares, lo apoyaron. Los guerrilleros quisieron dar una muestra de su carácter pacífico y prometieron retirarse, tranquilamente, en cuanto terminaran de desarmar sus carpas de campaña y lograran abastecerse, adecuadamente, de los víveres necesarios para una travesía de 15 días. La ilusión de recuperar la calma hizo que contribuyeran no sólo con una inmensa remesa comunitaria de pescado salado, gallinas, plátanos, yuca, ñame, maíz y arroz, sino que además lo hicieron con trabajo para el alistamiento de las tropas: desclavando carpas, doblándolas, aprovisionando morrales con los víveres y cantimploras con agua hervida. Los guerrilleros tomaron la ruta que los internaba en la selva y la gente celebró con biche haber recuperado la tranquilidad de respirar el aire soporífero de su libertad.

El padre Pescador intuyó la estrategia, pero nuevamente le rogó a la Divina Providencia que le diera sabiduría en el asunto. Llamó a la arquidiócesis de Quibdó para pedir auxilio antes de que fuera tarde, aun con el temor de que ya lo fuera. Sabía que no había forma de saciar la ambición una vez que estaba sembrada en el corazón y se llenó de estupor al pensar que en nombre del desarrollo, desde la época del silencio, se dejaba a un lado cualquier dialéctica social y se instauraba la irracional razón de la guerra.

Nadie vio bajar la comisión. Era increíble que siete planchones, cargados con más de quinientos hombres, pudieran hacerse invisibles a dos retenes de la Armada Nacional y uno del Ejército. Pero lo lograron. Embarcaron en el Urabá antioqueño y descendieron por el Atrato hasta quedar anclados frente a Vigía del Fuerte y después marcharon hasta el centro de Bellavista. Se instalaron como en su casa, por-

que no reconocían casas ajenas. Llegaron con la intención de quedarse para actuar como una fuerza de entropía negativa, en el caótico vaivén de una comunidad que sólo quería vivir su libertad del olvido. El padre Pescador les explicó su forma de entender la realidad, de pensar y vivir la vida en la coherencia de sus necesidades:

—Aquí no somos auxiliares de la guerrilla, pero tampoco de los paramilitares.

Sacó fuerza de las entrañas para ser hombre y no sacerdote, y escupió una frase que lo hacía caer en el pecado de la soberbia:

—Y el Estado se puede ir a la mierda.

Sintió que se quitaba 500 años de encima. Pero fue devuelto a la realidad macabra en la que se encontraban. El hombre gordo, blanco, de barba, lentes oscuros y fusil al hombro le sonrió y le preguntó:

—¿Y quién putas le dijo a usted que venimos a preguntarles qué quieren?

Desde ese momento Bellavista dejó de ser el lugar sin lugar en el mapa en que habían sembrado sus esperanzas e ilusiones, y se convirtió en un escenario nacional. El gobierno les reclamaba, a distancia, el derecho a la institucionalidad; los guerrilleros les exigían unirse a la causa del pueblo, aunque ellos no comprendían cuál pueblo; los paramilitares les exigieron pruebas de su imparcialidad, para lo que debían prestarles apoyo; la prensa clamaba por su derecho a la información, porque nada era más democrático que compartir el conocimiento de lo que pasaba; y ellos sólo pedían que se fueran todos por donde habían llegado. El Ejército Nacional, que había salido del cuartel para garantizar el orden público de todo el país (después de las guerras de la independencia de 1810), aún no había terminado de hacer la ruta del reconocimiento de lo que eran los bastos territorios de la nación, y el ministro de Justicia declaró, en televisión, que todo estaba bajo el control y el imperio de la ley. Llegó primero el único medio de comunicación autorizado por el gobierno. Los habitantes de Bellavista vieron caminar por sus calles a un ser humano que se parecía a las figuras que el padre Pescador les había mostrado de los ángeles. Era una periodista que llegaba con su equipo de trabajo. La gente la vio con el cabello de color dorado como los pelos de la mazorca, la piel blanca como la carne del pescado y tan delgada y alta como una palma real. Entrevistó a algunos de los

paramilitares, al padre Pescador y a uno de los habitantes, improvisado como líder comunal. Las declaraciones no resultaron relevantes durante el proceso de edición que se hizo en Bogotá. La joven rubia salió dos días después de haber llegado. Durante ese tiempo tuvo que ser desatracada cuatro veces del lodazal en el que los habitantes caminaban como si fueran palmípedos, pero ella no lograba identificar dónde pisar y dónde no; trató de quitarse del cabello las nubes de mosquitos que la seguían como a una presa deseable y ayunó con una convicción religiosa. Los habitantes del pueblo trataron de ayudarla y la vieron como una atracción extraña con sus cabellos de colores, su dicción embarazada de musarañas, la fragilidad del cuerpo que no parecía resistir un aguacero y su extraño hábito de evitar el contacto físico con ellos. Terminó instalándose en Quibdó con dos argumentos contundentes: todavía no había noticia y el lugar no era apto para la vida humana, o por lo menos para la de ella.

La noticia comenzó a desarrollarse en la mañana del miércoles siguiente a su partida. La guerrilla que, en apariencia, había cedido con el comunicado promovido por el padre Pescador, dejó que los paramilitares se aclimataran y los cercaron desde la selva y la cordillera. Sabían que habían llegado para instalarse y que un triunfo militar era, a la par, un triunfo económico de grandes proporciones. El combate iba a ser desigual: 500 hombres, acorazados en el pueblo, debían resistir la arremetida de 2,500 guerrilleros usando como escudos a los habitantes del caserío, y así lo hicieron, con una consigna siniestra pero histórica: *los negros lo aguantan todo*. Los primeros disparos se escucharon faltando cinco minutos para las seis de la mañana y funcionaron como un despertador macabro. La gente realizó la rutina que el padre Pescador había preparado, y como si siguieran en una pesadilla ajena a la vigilia corrieron hacia la casa cural y la iglesia. Los acompañó, en su trayecto, la luz tímida de una luna en cuarto creciente y el temor de la incertidumbre con el silbar de las ráfagas de metralla. Cerca de 400 personas en los dos lugares oraron a la Divina Providencia hasta las 10:45 de la mañana. A esa hora, el cuarto de los cinco cilindros bomba que lanzó la guerrilla destrozó el techo de la capilla y se fue a estrellar contra el Cristo. El padre Pescador alcanzó a ver los fragmentos de la virgen de yeso, las

heridas de Cristo palpitando en trozos de carne humana, aún viva, y escuchó los ecos de una guerra en nombre del desarrollo, en el cual nunca habían estado incluidos. Sacó fuerza para levantarse del piso, donde lo había arrojado la onda explosiva, y se dio cuenta de que le había arrancado de cuajo el brazo de lanzar las bendiciones; sintió que se le habían agotado todas las fuerzas de su existencia. En una de las bancas, con los ojos abiertos y la mirada asustada, alcanzó a ver a Shaka que aún no dejaba de rezar, y entonces sacó fuerza del más allá para que alguien tuviera una nueva esperanza en el más acá. Se llenó los pulmones con la última inhalación y sabiendo que se estaba acabando su revolución, gritó:

—¡Huye, Shaka!

### ..— III —..

Shaka se despertó faltando cinco minutos para las seis de la mañana. Era la sincronía perfecta del sueño desde la masacre. Se había quedado dormida después de cenar y en la plasticidad de las imágenes mentales que soñó todos los recuerdos aparecieron juntos, sin yuxtaposiciones. En armónica convivencia los cultivos de plátano y maíz, la salida de pesca, el arreglo de las hojas y plásticos del techo, el eco pavoroso del crujir de las botas militares sobre la pantanosa superficie de Bellavista, el sonido de la metralla que interrumpía la música del agua del río. Los recuerdos eran parte de la masacre. Era el congelamiento de un momento en la vida que se había quedado para consumirla diariamente. Cuando recordaba el sueño debía volverlo a la forma secuencial en la que todo había ocurrido, pero cada mañana le agregaba a sus recuerdos uno nuevo que se le develaba la noche anterior. Así, había comprendido que algunos de los cuerpos que se reconstruyeron durante las investigaciones eran terribles deformaciones de los seres humanos reales. Habían armado a unos con los brazos de otros, le habían puesto una cabeza a otro cuerpo, unos dedos a otra mano, un pie de mujer a una pierna de hombre. Los funcionarios públicos que realizaron el levantamiento no lograron comprender el berenjenal de los múltiples nombres, y además, la mayoría de los sobrevivientes del caserío huyeron

aterrados con la amenaza de la guerrilla, al retomar el control, de rematar a cualquiera que llorara a sus muertos, porque de esa forma demostraban que lamentaban la muerte de los paramilitares caídos en el combate, y que en la lógica de causa y efecto eso indicaba que eran sus auxiliadores. Sólo fueron quedando los cuerpos sin vida, apilados como ladrillos, insepultos y sin identidad, cuerpos que nadie lloró y que se perdieron de la memoria del mundo, porque quienes pudieron llorarlos también murieron con ellos, o huyeron con nuevos nombres y la esperanza irracional del olvido. Sus entierros, varios días después de intentar armar una figura humana coherente, fueron más un asunto de salud pública que de humanidad, y la cifra de muertos reconocida fue más un asunto de la matemática, al sumar hijos, restar padres, dividirlos entre las madres y contar brazos y piernas: 119. Shaka recordaba la iglesia y el Cristo caído, la virgen sin fuerza para lamentarse en medio de sus propios fragmentos de yeso, la ruptura de las ilusiones con las que había aprendido a hacer de todo, para un lugar en el que ya no había nada que hacer. Todo había sido borrado y sobre la hoja limpia de Bellavista se continuó el trazado del hermoso paisaje del desarrollo: el curso de la carretera transatlántica.

Shaka corrió, con su hermano, en busca de una nueva esperanza hasta Nueva Esperanza. Allí se despertaba en su nueva vida, en la desilusión de levantarse y no tener enfrente los cultivos, de no escuchar el rugido del Atrato ni las canoas deslizándose en sus aguas para esculcarle las entrañas. Se despertaba en la añoranza del desfile de sus hermanos, su madre, su padre, los padres y las madres de sus otros medios hermanos, para tomarse un agua de yerbas aromáticas cultivadas en el terreno de la casa. Extrañaba las temporadas lluviosas que los dejaban sin techo y sin paredes, sólo para que la familia en pleno se diera a la tarea de clavar pilotes, elaborar sogas con hojas de plátano, hacer amarres, clavar tablas, levantar cobertizos y seguir viviendo, porque vivir era de una complejidad simple en Bellavista.

Pero en Nueva Esperanza la vida no era tan simple. En un principio había comenzado a ser poblada por habitantes de las riveras del río Cauca, que en las temporadas más cruentas de invierno se iban quedando sin donde vivir. Cuando el río comenzó a ganar terreno, los habitantes de sus riveras comenzaron a perderlo y

entonces se instalaron en el norte de la ciudad, alejados de las últimas construcciones para no molestar a nadie y que nadie los molestara. Llegaron con lo poco que lograron rescatar de las inundaciones en un mes de abril y comenzaron a diseñar sus casas con cartones, madera, plástico y todo material que les fuera proporcionando un cuadrado de intimidad que diferenciara a su familia de las otras familias. Eran pescadores que no conocían otra forma de trabajo en la vida, y de un momento a otro se habían quedado navegando en la incertidumbre. Iniciaron el intento de reconstrucción de sus vidas y poco a poco fueron logrando la articulación de nuevas ilusiones para no dejarse morir, para batallar hasta el último aliento y tratar de arañarle una alegría al destino de los excluidos. El grupo de personas, que fue incrementándose en número, se vio en la obligación de establecer sus propias formas para regular las relaciones entre unos y otros, y también de conseguir los recursos económicos mínimos para el sostenimiento de sus familias. Algunos compraron cajas de lustrar y se fueron a luchar un lugar entre los lustrabotas que habían heredado la profesión de sus padres. Buscaron nuevos sitios de la ciudad para instalarse con pequeñas bandejas de dulces, chicles o cigarrillos. Compraron termos para salir a vender tinto, perico y aromática, pero cada vez se hacía más denso el ambiente. Comenzaron a ser invadidos en su invasión por personas que también alegaban haberlo perdido todo: por olvido del Estado, por temor a los militares en sus manifestaciones legales e ilegales, por la necesidad de tierra de los narcotraficantes, por la naturaleza, o simplemente porque el nombre les había sonado a algo bueno, cuando no habían conocido ninguna forma diferente de vivir que la mendicidad, o como Shaka, que corrió hasta que el fique de las sandalias se desgastó y al levantar la mirada se encontraba, de frente, en la lucha de los hombres contra el hambre y como si se tratara de una realidad natural, y no de una construcción cultural, pensó que ese era su lugar.

Cuando llegaron a Nueva Esperanza el único tema, con su hermano, era el intento de comprender lo que había pasado, la forma como habían salido de su casa. Trataron de desentrañar por qué se habían quedado solos y atemorizados; por qué, ahora, ser negros era de una dificultad inusual. Al pánico inicial siguió la extraña

alegría de saber que estaban vivos, que habían sobrevivido aun a pesar de haberlo perdido todo, pero el sentimiento de saberse vivos sólo duró el tiempo suficiente para reconocer que estaban muriendo de hambre, de sed, de frío, de soledad, de impotencia y del repentino temor de no saber cómo seguir viviendo ni mucho menos para qué. El choque emocional los debilitó, no se podían sentir culpables de la masacre, pero todos los que murieron en ella les recordaban una suerte que no habían tenido y entonces, en silencio, se fue incubando el dolor de sentirse culpables por estar vivos. Como todos los que habían llegado a Nueva Esperanza, la primera tarea, la más titánica e inverosímil, era la de encontrar una razón para no tenderse sobre la tierra y esperar que de una vez por todas la Divina Providencia se acordara de ellos y les mandara la muerte. Allí, uniendo sus penas a cientos de penas más, pensaron que podían comenzar a construir una comunidad, la comunidad que les había sido arrebatada.

Pero Shaka no lograba entender las razones sociales que hacían de Nueva Esperanza un lugar tan diferente a Bellavista. Era difícil encontrar el principio del nudo ciego que parecía hacer del tejido social un ovillo sin orden. Nueva Esperanza había comenzado su construcción ajena a las personas de la ciudad y a sus intenciones. Nadie se interesó en reconocer que otros –los que no tenían educación, ni dinero, ni *importancia*– estuvieran perdiendo su vida frente al río; al fin y al cabo cualquiera puede sufrir una acometida de la naturaleza. Tampoco se interesaron cuando los vieron ocupar unos terrenos baldíos e inútiles al norte, más allá del límite de su realidad y sus vidas. Nueva Esperanza, como un apéndice de la ciudad, comenzó a sentir la presión del incremento de su población.

Shaka ya había comprobado la dificultad de conseguir un trabajo, por simple que fuera, y por una razón tan simple como no tener un teléfono –y otras accesorias, que había ido entendiendo con sus vecinos, como ser negra, mujer, sin bachillerato, sin un padrino en la ciudad. Pero su caso no era el único en Nueva Esperanza. Muchos se echaban encima la ropa dominical para dejar la mejor impresión en entrevistas de trabajo, y regresaban con la esperanza diluida en los recuerdos del trabajo en el que eran profesionales, en el que no se requería el conocimiento de sistemas

de gestión de la calidad, de normas técnicas o competencias, ese trabajo en el que tenían toda la vida de experiencia y que habían conocido en lugar de las escuelas y colegios.

Familias completas pasaban días y hasta semanas sin que la Divina Providencia, o alguna providencia más humana, se acordara de ellos. Llevaban al fogón sus ollas con agua de la acequia y la aderezaban con desperdicios de la gente de la ciudad, como las papas que Shaka había rescatado, o con yerbas que cada vez eran más escasas en los costados de la acequia, para intentar darle al agua turbia un extraño sabor a vegetales. La inseguridad aumentó, el hambre adquirió el rostro de la muerte, y la antropofagia alcanzó el brazo de algún niño recién nacido. Los robos de quienes no tenían nada buscaron a quienes tenían menos y se fue generando la necesidad de que se unieran unos a otros para intentar protegerse. Se apoyaban en el consumo de sustancias psicoactivas y la intención primera de protección degeneró en pandillas sofisticadas, con nuevas metodologías y tecnologías, capaces de hacer del robo y el atraco una actividad económica productiva. Pudieron realizar intempestivas entradas a la ciudad para saquear almacenes, apartamentos, atracar niños o mujeres y regresar a Nueva Esperanza, donde escuadrones élite, formados por sí mismos, fueron consolidando focos de resistencia a las autoridades. El consumo de licor, marihuana, cocaína y otras sustancias estimuló, al interior de los hogares, nuevas dinámicas familiares, agresivas y agrestes. Los hombres alicorados golpeaban a sus esposas y a sus hijos; los hijos se enfrentaban a ellos y no era extraño encontrar un hombre muerto en la acequia, víctima de su propia familia, como tampoco era extraño que algunos consideraran su entierro un desperdicio de alimento. Los niños dejaron la escuela y el colegio, no porque consideraran que no era la educación que necesitaban para vivir, sino para ingresar en los nacientes grupos que ofrecían una oportunidad laboral y un futuro al otro lado del mundo. Así, comenzaron a ser reclutados por funcionarios del narcotráfico para ser convertidos en sicarios a sueldo o en *mulas* para el transporte de drogas ilícitas, solicitadas en todo el mundo, y poco a poco fueron comprendiendo que al otro lado de sus esperanzas los estaba esperando su propia sentencia de muerte o los barrotes de las celdas en los países de las

maravillas; quienes lograron arrastrar un botín hasta Nueva Esperanza lo gastaron en fiestas que duraron lo que el dinero duró, porque ese era el futuro que tenían plasmado en sus ilusiones. Las venganzas, las deudas y los desacuerdos entre unos y otros fueron haciendo del ambiente una bomba de tiempo a punto de estallar en la cara de una ciudad que, hasta el momento, no se había dado cuenta que al otro lado de las arcas de las iglesias, los hoteles y el comercio había gente muriendo de hambre. Fue, como en Bellavista, el momento en el que el Estado reclamó el derecho de la institucionalidad. La estrategia fue simple y fulminante, había que poner a Nueva Esperanza en los planes de embellecimiento urbanístico de la ciudad.

Cuando Shaka despertó, faltando cinco minutos para las seis de la mañana, se dio cuenta de que Erick no había llegado y de que el viento se había llevado el plástico del techo. Vio en lo alto del cielo, por el orificio que había dejado el plástico, la luz tímida de la luna en cuarto creciente. Le bastaron los primeros ruidos para entender lo que estaba pasando, no lo había visto pero había aprendido a sentirlo. El día del desalojo había llegado. Alcanzó a escuchar el crujir de las botas contra el suelo húmedo y escuchó la lentitud con la que se movía el enorme aparato mecánico, indestructible, del que salían personas, igualmente indestructibles. Los ruidos conocidos, repetidos, comenzaron a ser una constante en la calle. Los hombres con inverosímiles trajes que todo lo soportaban comenzaron a rodear Nueva Esperanza. Las casas construidas de tabla, cartón y plástico comenzaron a ceder al paso de La Justicia. La Justicia Social comenzó a ganar terreno y fue entonces cuando un grupo indeterminado de personas encapuchadas saltó de la nada, armadas con piedras, palos y revólveres hechizos. Shaka supo que debía vivir el día del juicio final hasta el último día de su vida. Los aguerridos defensores de Nueva Esperanza se encargaron de detener, momentáneamente, el andar de la tanqueta. El encuentro violento de las dos fuerzas sociales recordó que existen fuerzas que procuran que la entropía no acabe con el normal curso de la naturaleza, y que el normal curso de la naturaleza es aquel que conviene a determinadas personas que sí tienen un futuro en el horizonte de sus vidas. El combate, desigual, fue minando la resistencia y la tanqueta volvió a ganar terreno. El más temerario de los combatientes reventó las piedras contra los trajes

omnipotentes de los hombres comandados por las fuerzas omnipresentes de la institucionalidad. A las 10:45 de la mañana, unas salvas inofensivas –según declararía después un funcionario público– fueron disparadas y el hombre, cansado de batallar en la vida, cayó al piso herido de muerte con un proyectil hecho de discurso social e impulsado con una razón emocional histórica: el odio. Los otros se replegaron frente a la evidencia de la sangre. Shaka vio al hombre quitarse la capucha que cubría su rostro, sólo para comprobar lo que ya sabía. Erick se quitó la capucha sólo para que ella lo escuchara gritar:

–¡Huye, Shaka!



Argentina \* Bolivia \* Brasil \* C  
República Dominicana \* Ecuador \* T  
Honduras \* México \* Nicaragua \* T  
Puerto Rico \* Uruguay \* Venezuela  
Colombia \* Costa Rica \* Cuba \* Rep  
lor \* España \* Guatemala \* Hon  
Paraguay \* Perú \* Portugal \* Puerto  
\* Bolivia \* Brasil \* Chile \* Co  
Dominicana \* Ecuador \* El Salvador

# Glosario

Los siguientes listados pretenden aclarar algunas de las palabras empleadas en cada cuento que, dada la particularidad de cada país, podrían resultar oscuras para algunos lectores y lectoras. Se define únicamente la acepción usada en el relato pues, como cabe suponer, cada voz suele presentar significados distintos. Algunas entradas no se refieren a americanismos ni regionalismos, pero sí a términos de nuestro idioma poco utilizados en ciertas regiones. Seguramente habrá voces que se echen en falta: ello puede obedecer a que simplemente no las hallamos o a que no advertimos que representaban alguna dificultad especial para lectores de otras latitudes. Las fuentes de este breve glosario son diversas y van desde diccionarios especializados hasta consultas directas a personas del país en cuestión. Las definiciones consignadas no tienen mayor pretensión que facilitar la lectura de los cuentos reproducidos en el libro y deben considerarse un mero auxiliar que se sabe falible. En su elaboración fue invaluable la ayuda de Rosa Elena Ríos Jasso.

## *Perú, Casacas de cuero negro*

**bajar:** matar. -

**cabro:** homosexual -

**caleta:** escondido, discreto.

**FAL:** siglas de fusil automático ligero. -

**huevoón:** muy tonto.

**loco, loca:** término informal para dirigirse a una persona, generalmente un -  
amigo(a).

**luca:** sol, moneda peruana; *luquitas verdes:* dólares. -

**maceta:** fuerte, marcado por el ejercicio. -

**maldito:** muy bueno, excelente.

**mancha:** grupo de personas.

**pampón:** terreno baldío.

**pase:** chisme, comunicación. -

**pata, patita:** amigo, amiguito. -

**pelucón:** greñado, de cabello largo. -

**rollo,** discurso. -

**subte:** corriente marginal juvenil en música y cultura. -

## *España, Bordón, esclavina: peregrino*

**cayuco:** embarcación construida artesanalmente, similar a una barca, con capaci-  
dad para incluso 50 personas. -

**chirona:** cárcel. -

**Colacao:** marca de chocolate soluble. -

**correrse:** eyacular o experimentar un orgasmo.

**cotilleo:** chisme.

**desconchar:** descascarar. -

**hostia:** golpe, bofetada.

**jas:** hachís. -

**locus amoenus:** lat. lugar ameno. -

**magín:** imaginación. -

**Orfida:** marca de un psicofármaco. -

**patera:** balsa, embarcación rudimentaria.

**pinchito moruno:** brocheta, generalmente de carne de cerdo adobada, aunque los auténticos pinchitos morunos (de “moros”) son con carne de cordero.

**sudoku:** pasatiempo de carácter numérico.

**trompeta:** cigarro de marihuana o hachís.

## *Argentina, Cosas de niños*

**austral:** unidad monetaria de Argentina entre el 15 de junio de 1985 y el 31 de diciembre de 1991.

**birome:** bolígrafo.

**bocho:** cabeza; por extensión designa a la persona inteligente.

**bol:** ponchera, tazón sin asa.

**bolita:** canica.

**bombacha:** calzón, braga.

**bosta:** mierda.

**cartuchera:** caja o estuche que sirve para guardar plumas, lápices, etcétera.

**chamullo, chamuyo:** palabrería que tiene el propósito de impresionar o convencer; manera de hablar poco clara.

**chispero:** encendedor.

**despabilar:** desvelar.

**guita:** dinero contante.

**huevear:** haraganear.

**lobby:** grupo de personas influyentes organizado para presionar en favor de determinados intereses.

**minga:** exclamación que significa “nunca”, frente a algo inaceptable.

**mistagógico:** que pretende revelar alguna doctrina oculta o maravillosa.

**pirinchos:** aves de plumaje hirsuto; en la cultura popular da lugar a apodos que se aplican a la gente con cabellos revueltos.

**placard:** armario adherido a las paredes.

**pucha:** interjección un poco más educada que "¡puta!"

**ustorio:** quemante, incandescente.

## *Venezuela, Entre lo real y lo virtual*

**carajo:** muchacho atrevido y grosero.

**huevón:** estúpido, taimado, tonto.

**[ser de o pertenecer a] la acera de al frente:** ser homosexual. -

## *Argentina, La maga*

**lana,** dinero. -

**milico:** se dice de militares, policías y otros miembros de los cuerpos de seguridad. -

## *Argentina, Los fantasmas del bosque encantado*

**bajar:** matar. -

**bolche:** persona que milita en la izquierda política o que tiene ideas de izquierda. -

**boliche:** bar, establecimiento popular donde se expenden bebidas alcohólicas; comercio pequeño.

**boludo:** que tiene pocas luces, tonto; con el tiempo, se ha transformado en un modo cariñoso de trato entre amigos.

**cagón:** medroso, cobarde.

**cajeta:** órgano sexual femenino.

**chupado:** borracho.

**cojonudo:** estupendo, magnífico, excelente.

**guaina:** mujer joven.

**milico:** se dice de militares, policías y otros miembros de los cuerpos de seguridad.

**millo:** abreviación de millonario.

**quilombo:** prostíbulo.

**revenir,** insistir.

**truco:** juego de naipes tradicional con baraja española.

## *México, Mujer frontera*

**botanero:** sitio donde se expenden botanas y bebidas alcohólicas. -

**cabrona:** arbitraria, molesta, de mal carácter. -

**pinche:** ruin, despreciable. -

## *Colombia, Nueva Esperanza*

**biche:** se dice de un fruto que no ha logrado su plenitud o culminación.

**embolatar:** perderse, extraviarse. -

**fique:** fibra vegetal de la que se hacen cuerdas. -

**mate:** infusión. -

**mula:** persona que contrabandea droga en pequeñas cantidades, a menudo escondida dentro de su propio cuerpo. -

**perico:** café con leche. -

**tinto:** infusión de café negro. -

**totumo:** fruto de la güira, árbol tropical. También se llama así al árbol mismo. -



# Al otro lado

Relatos ganadores del Primer Concurso Iberoamericano de  
Cuento sobre Discriminación

editado por la

DIRECCIÓN GENERAL ADJUNTA DE VINCULACIÓN, PROGRAMAS EDUCATIVOS Y DIVULGACIÓN, -  
del CONSEJO NACIONAL PARA PREVENIR LA DISCRIMINACIÓN (CONAPRED),

se terminó de imprimir en agosto de 2008

en Impresora y Encuadernadora Progreso SA de CV (IEPSA), -

San Lorenzo Tezonco núm. 244, col. Paraje San Juan, -

Delegación Iztapalapa, 09830, México DF, -

tirándose 5,000 ejemplares más sobrantes para reposición. -